Geoffrey Jukes

la defensa de MOSCÚ

San Martin Historia del Siglo de la Violencia



batallas libro nº 9

Barrie Pitt presenta la historia ilustrada del siglo de la violencia que edita San Martín

La cronología del siglo XX es un catálogo de violencia como jamás hasta ahora conociera el mundo. Dos guerras a escala mundial han señalado las cimas de la inevitable inclinación del hombre hacia la violencia; pero el período no ocupado por esas guerras no ha sido menos violento: la humanidad no ha cesado de prepararse para la violencia, de ejecutar actos violentos o de ocuparse de sus consecuencias.

Cuanto más capaz se hace la raza humana de controlar el medio que la rodea, más le empuja su ansia de autoafirmación a poner en peligro ese medio con el uso de la violencia. El instinto de luchar y destruir parece ser tan básico en la naturaleza humana como el instinto de amar y crear.

Para comprender mejor este siglo de violencia, **San Martín-Ballantine** inicia ahora la publicación de una extensa colección, la **Historia Ilustrada del Siglo de la Violencia.** En ella se integrará la historia ilustrada de la Segunda Guerra Mundial, que tan enorme éxito tiene, y que continuará ofreciendo las series ya conocidas por sus lectores. Seguirán apareciendo los libros de Batallas, Campaña y Armas de la Segunda Guerra Mundial, y se ampliarán para incluir otras batallas, campañas y armas de todo el siglo de otros períodos y diferentes países, desde Corea hasta Vietnam y desde la España de 1936 hasta las luchas revolucionarias de América del Sur. Aparecerán además series nuevas. **Personajes** presentará biografías de los hombres: unos, de reconocida grandeza; otros, de infausto recuerdo, que arrastraron a la humanidad a la violencia o que emplearon la violencia para dirigir la lucha por la paz. Ya se han publicado las biografías de **Patton, Skorzeny** y **Hitler.** Pronto les seguirán las de **Tito, Churchill,** etc.

Los libros irán, en todos los casos, profusamente ilustrados. El siglo XX ha sido la era de la cámara fotográfica, gracias a la cual han podido desarrollarse nuevas técnicas de presentación. Hemos demostrado bien el dominio de dichas técnicas con la **Historia Ilustrada de la Segunda Guerra Mundial.** Dondequiera que haya tenido lugar un hecho de violencia ha habido una cámara pronta a registrarlo. El equipo de investigadores de la colección ha recorrido los archivos públicos y las colecciones particulares de todo el mundo en busca de las mejores fotografías, para que todos los libros vayan inmejorablemente ilustrados. Los textos se deben a las plumas de los escritores y comentaristas más competentes del mundo, cada uno experto en su campo. Todos son concisos y de fácil lectura; textos e ilustraciones componen juntamente una nueva forma de presentar la información. Los libros ilustrados de San Martín son un nuevo tipo de libros para el lector moderno.

La defensa de Moscú



El autor de la defensa de Moscú: Geofrey Jukes

Geoffrey Jukes, especialista en asuntos soviéticos, sobre todo en lo que respecta a la historia y estrategia militar, ha trabajado en el Ministerio británico de Defensa y en el Foreign Office, y ha sido miembro del Comité Consultivo para Asuntos Soviéticos del Instituto de Estudios Estratégicos. En 1967 ingresó en el Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional Australiana.


Geoffrey Jukes
La defensa de Moscú

Director Editorial: Barrie Pitt
Director Artístico: Peter Dunbar

Asesor Militar: Sir Basil Liddell Hart
Director Gráfico: Robert Hunt

Editor: David Mason
Diseño: Sarah Kingham
Dibujos Especiales: John Batchelor
Cartografía: Richard Natkiel
Cubierta: Denis Piper
Ayudante de Investigación: Yvonne Marsh

Las fotografías de este libro han sido seleccionadas de los archivos siguientes:
de izquierda a derecha, pág. 2-3. Agencia de Prensa Novosti, 8 Novosti; 10 Novosti; 11 Novosti; 14 Novosti; 15 Novosti; 16-17 Novosti; 18 United Press International 20-21 Search Press Ltd; 22 Novosti; 24-25 Ullstein; 24 Suddeutscher Verlag; 27 Bundesarchiv; 30 Novosti; 31 Novosti; 34 Ullstein; 38-39 Sado Opera Mundi; 42-43 Sado; 44-45 Ullstein; 46-47 Sado; 47 Ullstein; 48-49 Ullstein; 50-51 Sudd. Verlag; 52 Sado; 55 Sud. Verlag. 56 Sado; 57 Sado; 58 Sado; 59 Sado; 62 Sado; 64-65 Sado; 70-71 Ullstein; 74-75 Ullstein; 76 Novosti; 80 Novosti; 81 Bibliothek für Zaitgeschichte; 85 Ullstein; 87 Sudd. Verlag; 88 Sudd. Verlag/Bibliothek; 90 Sado; 92-93 Novosti; 93 Novisti; 94-95 Novosti; 97 Novosti; 98-99 Novosti; 100-101 Novosti; 102 Novosti; 104-105 Novosti; 107 Novosti; 109 Novosti; 110 Bibliothek; 111 Novisti; 112 Bibliothek; 113 Imperial War Museum; 114-115 IWM; 116-117 Novosti; 119 Sudd. Verlag; 122 Novosti; 126-127 Novosti; 128 Novosti; 129 General Hasso von Manteuffel; 131 Ullstein; 132-133 Novosti; 134 Novosti; 135 Novosti; 136 Novosti; 138-139 Novosti; 140-141 Novosti; 142-143 IWM; 144-145 Novosti; 147 Bibliothek; 148 Bibliothek; 150-151 Novosti; 154-155 Novosti; 145-157 Novosti; 159 Novosti.

Traductor: Diorki
Primera Edición Publicada en Estados Unidos por Ballantine

LIBRERIA EDITORIAL SAN MARTIN
Puerta del Sol, 6
MADRID-14
Printed in Spain - Impreso en España
Por Altamira-Rotopress, S. A.
Carretera Barcelona, Km. 11,200 - Madrid-22
Depósito legal: M. 14.673/74
I. S. B. N.: 84-7140-080-4

Indice

La primera derrota de Hitler

Introducción por el general von Manteuffel

En su Directriz N.º 21, del 18 de diciembre de 1940, Hitler definió el objetivo de la Operación Barbarroja: «Hay que aplastar a la Unión Soviética en una *rápida* campaña antes de terminar la guerra con Inglaterra; los ataques iniciales prepararán el camino para la ocupación del centro vital de comunicaciones y armamento: Moscú». Sin embargo, en las conversaciones celebradas después para determinar la estrategia de la campaña se hizo cada vez más visible la divergencia existente entre las concepciones de Hitler y sus asesores del Alto Mando de las Fuerzas Armadas (OKW), por una parte, y el Cuartel del Alto Mando (OKH), por la otra. Hitler trataba de llevar a la práctica las teorías expuestas en *Mein Kampf* y le preocupaban los factores políticos e ideológicos tanto como los económico-militares. Esta dualidad en la mente de Hitler y de sus colaboradores más allegados entorpeció la campaña desde las primeras fases del ataque contra la Unión Soviética (el 22 de junio de 1941) y a lo largo de los meses siguientes hasta las mismas puertas de Moscú. Además, al haberse aplazado cuatro o cinco semanas el ataque inicial como consecuencia de la campaña de los Balcanes, debían haberse circunscrito las operaciones a una zona más limitada, concentrándolas sobre un objetivo único.

El Grupo de Ejército Centro, que había infligido graves reveses a las fuerzas enemigas en una serie de amplias maniobras envolventes, tenía que haber atacado Moscú por la ruta Minsk-Smolensko-Vyazma, pero fue incapaz de quebrantar la residencia rusa. Los veloces avances de las columnas Panzer que en anteriores campañas habían servido de preludio a una rápida victoria no surtieron el mismo efecto en el Este. En aquellos vastos espacios abiertos, las unidades acorazadas aisladas no podían realizar maniobras envolventes sin esperar la llegada de la infantería. Así, una vez alcanzada la zona de los bosques y los pantanos, fuertes contingentes enemigos pudieron cruzar las líneas, eludiendo la persecución. Hitler tenía conciencia de este problema cuando dictó su Directriz N.º 33, el 19 de julio de 1941. En ella eliminaba a Moscú como objetivo principal del grupo de Ejército Centro y ordenaba a éste dividirse: algunas unidades fueron destacadas hacia el flanco meridional para reforzar al Grupo de Ejército Sur en su marcha sobre Kiev, con el fin de cortar al enemigo la retirada hacia el Este. Kiev cayó en manos de los alemanes el 19 de septiembre de 1941, aun cuando los combates se prolongaron hasta el 26 de ese mes. Esta «batalla involuntaria» no tuvo ningún efecto decisivo. Por el contrario, dejó inmovilizadas a las unidades Panzer y ocasionó una considerable pérdida de tiempo; se había frustrado el objetivo de derrotar a la Unión Soviética en una campaña rápida. Al reanudarse la ofensiva contra Moscú el 2 de octubre, después de la toma de Bryanks y Vyazma el 6 y 7 de ese mes, el Grupo de Ejército Centro consiguió romper las líneas defensivas de la capital. A mediados de octubre, las primeras nieves invernales se transformaron en lodo helado, que cogió desprevenidas a las tropas alemanas. No estaban preparadas para esa eventualidad y su equipo era insuficiente: no se había contado con tal contratiempo. A fines de noviembre, las posiciones alemanas eran las siguientes: la 3.ª División Panzer se encontraba en Klin, sobre la carretera de Kalinin a Moscú, y las unidades avanzadas de la 7ª División Panzer ocupaban una cabeza de puente en la margen oriental del canal Volga-Moscú, en Yakhroma, a unos cuarenta kilómetros de Moscú; por el Sur, la 2ª División Panzer se batía por la posesión de Tula, al mediodía de la capital; la 4ª División estaba empeñada en un ataque frontal a cuarenta kilómetros de Moscú; atacadas por el frente y por las alas, las tropas alemanas no pudieron avanzar más. Desde el 22 de junio de 1941 habían estado constantemente en acción y tanto su moral como su resistencia física estaban muy bajas. Detrás de sus líneas no había reservas para tapar las enormes brechas que dejaban desguarnecidos miles de kilómetros de frente. El Ejército Rojo nunca había puesto en juego todas sus energías para contener un ataque alemán, y los soviéticos comprendieron que había sonado su hora. A partir de ese momento no serían ni Hitler ni las órdenes del OKH los que dictarían los acontecimientos que se desarrollarían sobre el campo de batalla, sino el verdadero enemigo: Zhukov. En las semanas y meses que siguieron, las fuerzas alemanas tuvieron ocasión de comprobar a sus propias expensas lo mucho que había aprendido el Ejército Rojo mientras resistía sus ataques, tanto en el plano táctico como en el operativo.

Contemplada en el contexto más amplio de la Segunda Guerra Mundial, la incapacidad de derrotar a la Unión Soviética en cuatro o cinco meses marcó el fin de la «Blitzkrieg».

Hitler había subestimado a la Unión Soviética desde los puntos de vista políticos, económico y militar. En 1939 había considerado como «un acierto digno de un gran estadista» el que Alemania tuviera que combatir en un solo frente, pero ahora se encontraba ante una realidad idéntica a la ya experimentada en la guerra de 1914-1918. Era evidente la desilusión de sus aliados y en las zonas ocupadas cundía la resistencia. Turquía, a la que Hitler hubiera querido ver participar en «su guerra», seguía esperando detrás de la barrera. Al mismo tiempo que la resistencia recibía un estímulo considerable, Inglaterra encontraba el respiro que tanto necesitaba para acelerar sus preparativos militares y desenvolver sus alianzas. La Unión Soviética podía confiar en las potencias occidentales y volcar todos sus recursos contra Alemania y, desde el 7 de diciembre de 1941, día en que el Japón atacó Pearl Harbour, los puertos del gran arsenal de la democracia estuvieron abiertos para los gobernantes soviéticos.

Con razón se considera la batalla librada ante Moscú en el invierno de 1941 a 1942 como una de las decisivas de la Segunda Guerra Mundial. Fue el último y tardío acto del plan alemán para derrotar a Rusia. Todo lo que emprendiera Hitler a partir de ese instante no haría más que retrasar su derrumbamiento definitivo.

El autor de este libro, Geoffrey Jukes, se dio a conocer con sus libros *Stalingrado: la batalla decisiva*, libro de Batallas n.º 4, y *Kursk: encuentro de fuerzas acorazadas*, libro de Batallas n.º 3. Poseedor de un profundo conocimiento tanto de la Wehrmacht como del Ejército Rojo, ha trazado un cuadro fiel de la batalla de Moscú, en el que la suprema objetividad se combina con el vigor y el colorido. Su obra es digna sucesora de sus libros anteriores. En mi condición de jefe de tropas y testigo del principio de la campaña alemana hasta la victoriosa ofensiva a través del canal Volga-Moscú, así como de la retirada final, estoy capacitado para confirmar la exactitud de este relato.

La ascensión del mariscal Zhukov



Si en la Segunda Guerra Mundial las limitaciones militares de Alemania se revelaron por primera vez en la Batalla de Inglaterra, en la de Moscú volvieron a ponerse de manifiesto. Por lo demás, apenas cabe establecer otras comparaciones entre ambas batallas. En el primer caso, las fuerzas de choque rivales, el Mando de Caza de la Royal Air Force y las *Luftflotten* 2, 3 y 4 no sumaban más de mil pilotos por el lado alemán, salvo en los momentos de máxima presión, y menos de esa cifra por el lado británico. Fue una lucha entre fuerzas intensamente tecnificadas, cuyo resultado se debió en gran parte a factores científicos, tal como la posesión del radar por los ingleses, y en la que no pudo participar el arma principal de Alemania: sus fuerzas acorazadas.

La batalla de Moscú, en cambio, fue un choque de titanes, en el que intervinieron más de un millón de combatientes por cada bando. Constituyó el primero de los varios encuentros de esa índole que se produjeron en el Frente Oriental, y en él las fuerzas Panzer, orgullo del ejército alemán, arremetieron de frente contra un Ejército Rojo herido, al parecer, de muerte en unos meses de defensa extenuante e infructuosa, trataron de apoderarse confiadamente del supremo galardón, la capital del único estado comunista del mundo, vieron cómo ese trofeo se les escapaba de entre las manos, y tuvieron, por último, que emprender una retirada que por poco no se convirtió en derrota. La resurrección del Ejército Rojo, después de haber visto devoradas casi todas las fuerzas regulares con que inició la guerra (en diciembre de 1941 había cerca de 3.500.000 soldados soviéticos en los campos de prisioneros alemanes), fue una proeza admirable a la que contribuyó todo el país de un modo u otro. Pero la coordinación de la defensa, que hubo de llevarse a cabo con una amalgama de unidades *ad hoc*, restos de ejércitos desbaratados, divisiones de la reserva movilizadas a toda prisa y milicias populares, carentes casi por entero de instrucción militar, fue obra ante todo de un hombre. Como lo fue también la elección del momento preciso en el que lanzar a las reservas, entre las que figuraban casi las últimas fuerzas regulares de tiempo de paz, las divisiones siberianas del Ejército del Extremo Oriente, contra unas tropas alemanas cuyo empuje ofensivo había decaído poco a poco, pero que todavía no se habían atrincherado por la lucha defensiva. Ese hombre era el comandante del (Grupo de Ejército) Frente Occidental Soviético, el general del Ejército y después mariscal de la Unión Soviética, Georgy Konstantinovich Zhukov.

Zhukov, el mejor general de Stalin, el hombre que desbarató la operación «Barbarroja» ante las puertas de Moscú.

Zhukov nació en 1896 en la aldea de Strelkova, perteneciente a la sazón al gobierno de Kaluga, al Sudoeste de Moscú. Su familia, al igual que la de otros muchos victoriosos generales del Ejército Rojo, era extremadamente pobre, y su padre, zapatero remendón, se pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa en busca de trabajo. Al contrario que muchos otros chicos de su edad, Zhukov pudo asistir a la escuela con aprovechamiento hasta los diez años, edad a la que empezó a ganarse la vida. En 1907 le colocaron en Moscú con uno de sus tíos maternos para que aprendiera el oficio de peletero y curtidor, y allí pudo continuar su educación acudiendo a las clases nocturnas. En agosto de 1915, debido a las enormes pérdidas humanas del Ejército ruso en la Primera Guerra Mundial, fue llamado a filas antes de tiempo, ingresando en el 189 Batallón de infantería de la reserva. Terminada su instrucción, le destinaron a caballería, al 10 Regimiento de Dragones de Novgorod, en el que ascendió a «vicesuboficial» (graduación más o menos equivalente a la de sargento) y resultó herido en acción de guerra, recibiendo en dos ocasiones la suprema condecoración zarista al valor, la Cruz de San Jorge.

Poco después de regresar del hospital estalló la revolución de febrero de 1917. Siguiendo la corriente general en el ejército, su escuadrón eligió un comité de soldados, y se le designó a él presidente y delegado ante el Soviet del regimiento. Pero el Soviet votó en marzo su apoyo al partido bolchevique de Lenin, y con ello quedó escindido el regimiento

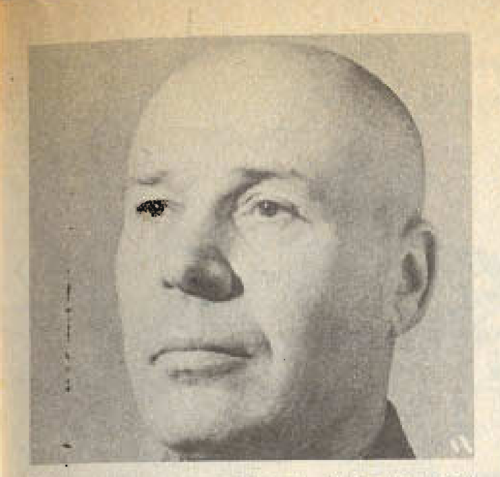


Reliquia pintoresca de la Guerra Civil: el mariscal S. M. Budenny.

en tres facciones hostiles: una favorable a los bolcheviques, otra al gobierno provisional, que deseaba continuar la guerra, y la tercera a los nacionalistas ucranianos, partidarios de la independencia. La facción pro-bolchevique se encontraba en franca minoría y Zhukov tuvo que permanecer oculto varias semanas antes de dirigirse clandestinamente a Moscú, adonde llegó a fines de noviembre de 1917. Por entonces los bolcheviques ya se habían apoderado del poder en Petrogrado (capital a la sazón, la actual Leningrado) y había estallado la guerra civil, que duraría hasta 1922.

Zhukov, que ya había ligado su suerte al partido comunista, decidió incorporarse como voluntario a los guardias rojos, núcleo del ejército que por entonces se aprestaba a formar el gobierno revolucionario, pero antes de poder hacerlo cayó enfermo de tifus y tuvo que demorar sus propósitos seis meses. Transcurrido este plazo logró alistarse como soldado raso en la 1.ª División de Caballería de Moscú. El Ejército Rojo se encontraba sumamente escaso de oficiales preparados, ya que la mayoría de los de carrera se habían unido a los blancos, y un suboficial con aspiraciones, veterano de un buen regimiento imperial, podría confiar en un rápido ascenso. Así fue. Concluida la guerra civil, Zhukov mandaba un escuadrón del Primer Ejército de Caballería (a cuyo comandante, otro antiguo suboficial de caballería del Ejército imperial, Semyon Mikhailovich Budenny, reemplazaría en el mando de la defensa de Moscú en 1941) y estaba dispuesto a seguir la carrera de las armas. El Primer Ejército de Caballería constituía el orgullo de las fuerzas armadas del nuevo estado y de las filas de sus oficiales saldrían muchos de los más destacados generales soviéticos. Pero tal vez fuese más importante para su futura carrera la influencia ejercida por el comandante de su brigada, Semyon Konstantinovich Timoshenko, quien, dieciocho años después, siendo ya mariscal y comisario del pueblo para la Defensa, hizo de él su principal ayudante, como jefe del Estado Mayor.

En el período comprendido entre las dos guerras, Zhukov, que figuraba ya entre los mandos jóvenes más prometedores del Ejército Rojo, había pasado de la caballería a las fuerzas acorazadas, abrazando la moderna doctrina de la guerra blindada propugnada por los alemanes y de la que se había convertido en ardiente propagandista el jefe del Estado Mayor soviético, el brillante mariscal Tukhachevsky. No era, sin embargo, por fortuna para él, una personalidad tan relevante que atrajera la atención de la policía secreta cuando Stalin emprendió su funesta y sanguinaria depuración de los mandos militares, y esto le proporcionaría su primera ocasión de destacar como comandante de una gran unidad en campaña. Al igual que muchos otros mandos que habían sobrevivido a la depuración por haber sido juzgados «dignos de confianza», fue rápidamente ascendido a puestos que la «desaparición» de jefes superiores durante los terribles años de 1938 y 1939 había dejado vacantes. En julio de 1939 se le encomendó el mando de las tropas soviéticas y mongolas destacadas para luchar contra un ejército japonés de 75.000 hombres que, desde China, había invadido la República Popular de Mongolia. Contraatacó el 20 de agosto y el 31 del mismo mes los japoneses (o, mejor dicho, lo que quedaba de ellos, pues sufrieron 41.000 bajas entre muertos, heridos y prisioneros) volvían a cruzar a la desbandada la frontera china. Con el tiempo, este triunfo ejercería gran influencia sobre la decisión japonesa de

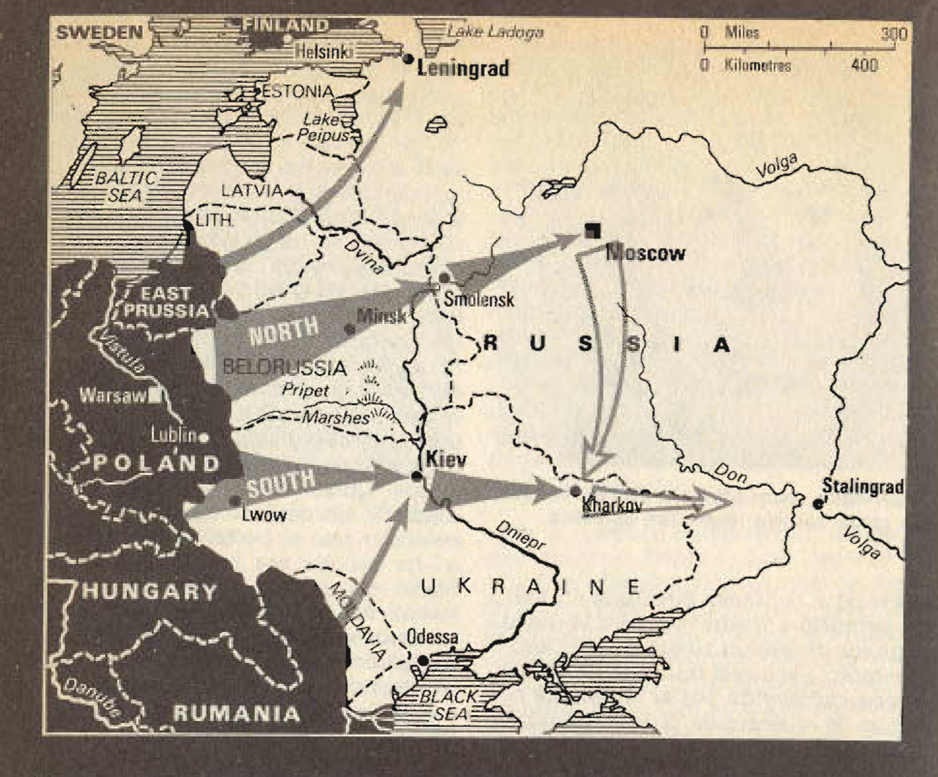


Timoshenko, vencedor de Finlandia, que más tarde sufriría repetidas derrotas.

no atacar a la Unión Soviética en 1941, que permitió a Stalin trasladar la mayoría de sus divisiones siberianas al Oeste; en cambio, pasó casi inadvertido en una Europa conmovida por el inminente comienzo de la Segunda Guerra Mundial. La invasión alemana de Polonia y el ultimatum francés y británico desplazaron de los periódicos del 1 y 2 de septiembre las noticias de Mongolia, de manera que Europa enjuició luego al Ejército Rojo y a sus caudillos por su desdichada actuación tres meses más tarde en la guerra contra Finlandia. Sólo los japoneses consideraron formidable la potencia militar soviética. En cuanto a Zhukov, la victoria le deparó su primer encuentro con Stalin y significó el comienzo de una relación que se consolidó rápidamente y que le dotó de un poder decisorio en cuestiones militares superior al que gozara nunca ningún otro soldado.

Primero fue nombrado adjunto de su antiguo jefe, Timoshenko, en la comandancia del distrito militar de Ucrania, y cuando este último fue destinado al Norte en enero de 1940 para dirigir la guerra con Finlandia, le acompañó al frente de su Estado Mayor. Entre los dos concluyeron airosamente aquella desastrosa campaña, tras lo cual Stalin nombró al primero comisario del pueblo para la Defensa, con la misión de restablecer la efectividad militar del Ejército Rojo. Timoshenko designó a Zhukov para el puesto que él mismo había ocupado antes, aunque ahora el distrito había sido rebautizado «de Kiev», sin merma, no obstante, de su importancia, ligada a sus extensas fronteras con la Polonia ocupada por los alemanes. Fue entonces cuando Zhukov pronunció su primer discurso en público, en el que subrayó la prioridad de las cualidades militares (en contradicción implícita con la lealtad al Partido), atacó a algunos de los miembros más antiguos del Estado Mayor Central, dedicando especial atención a los que habían ascendido más por su fidelidad a Stalin que por méritos militares, acabó insinuando la necesidad de prepararse para una guerra con Alemania. Quizá esta última fuera la más osada de sus declaraciones, pues daba a entender que el pacto germano-soviético no excluía esa posibilidad y que a Stalin era posible embaucarle. Ni Zhukov ni los historiadores soviéticos han aclarado el porqué de ese discurso ni de su posterior impunidad: muchos de sus compañeros fueron castigados por menos. Lo que sí es cierto es que la manera de pensar que expuso en aquella ocasión, basada en la necesidad de dejar las operaciones militares en manos de jefes competentes, evitando la división de criterios inherentes al viejo sistema de los supervisores políticos, siguió informando toda su trayectoria hasta encontrar expresión concreta cuando ocupó el Ministerio de Defensa tras la muerte de Stalin.

Cualesquiera que fueran las razones para manifestar públicamente su discrepancia con algunos aspectos de la política gubernamental, lo cierto es que no le perjudicó en su carrera. Muy al contrario, volvió a ser ascendido tan sólo dos meses después. Ocurrió esto con motivo de una conferencia de jefes superiores en Moscú, en la que se abordaron diversos temas de la guerra moderna y se realizó un simulacro bélico basado en la hipótesis de una agresión alemana. Zhukov desempeñó un papel relevante en todo momento. El día de la clausura, Stalin convocó una reunión de los mandos superiores con dos horas de antelación y ordenó al jefe del Estado Mayor, el general Meretskov, que informase sobre el ejército. Con tan poco tiempo para







Arriba izquierda: **El plan de Marcks: poderosos avances hacia Moscú y Kiev, reservándose los flancos de los mares Bálticos y Negro a unas fuerzas bastante más reducidas.** Izquierda: **El plan del OKH: Leningrado se convierte en el tercer objetivo primordial, al tiempo que el avance sobre Moscú queda reforzado a costa del de Kiev.** Arriba: **La variante «Barbarroja» de Hitler: la captura de Leningrado se considera como algo fundamental, previo al definitivo avance sobre Moscú.**

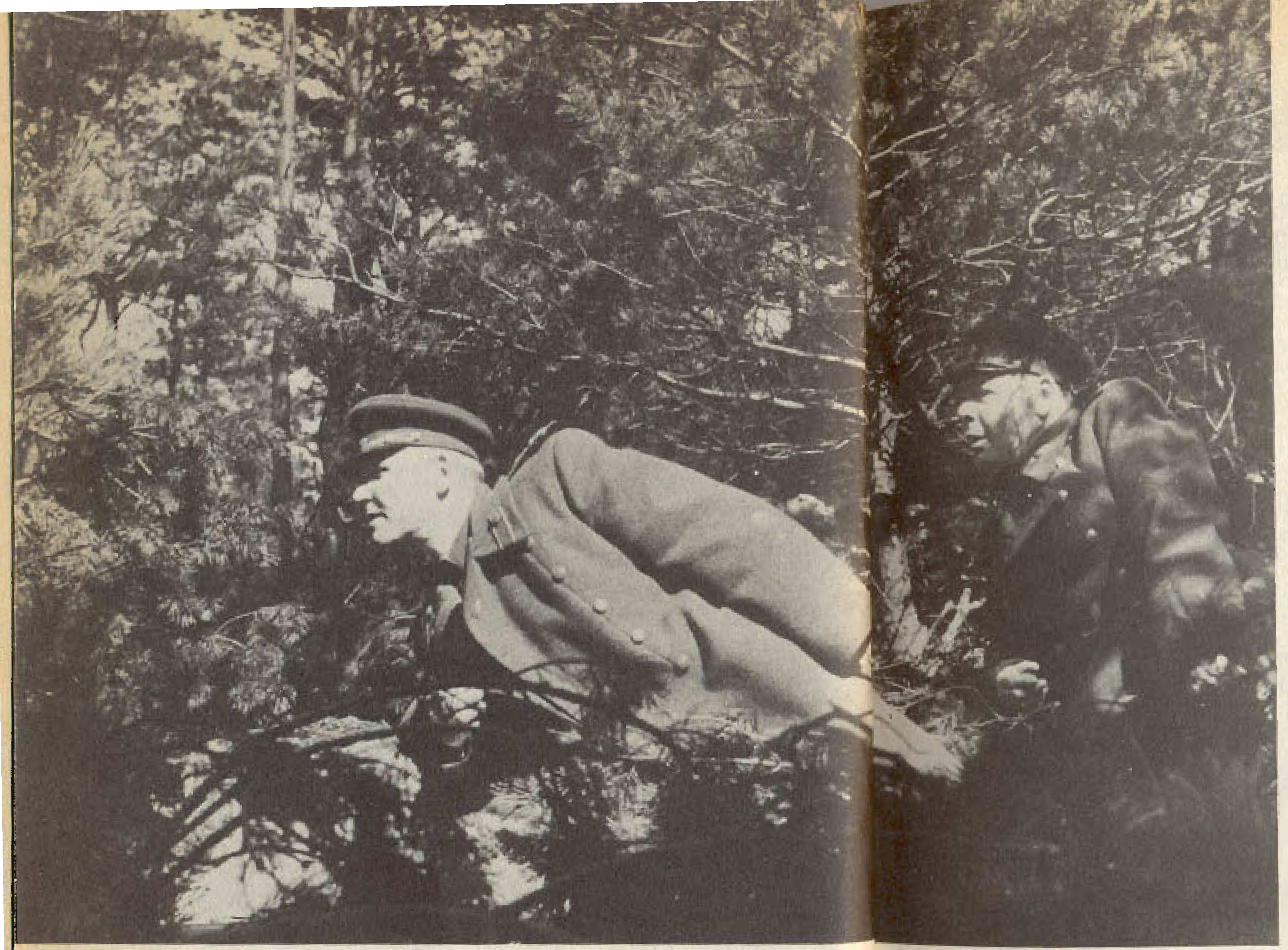


Arriba: **El jefe supremo Stalin, cuyas drásticas depuraciones de militares al final de los años treinta diezmaron el cuerpo de oficiales del Ejército Rojo.** Derecha: **El mariscal B. M. Shaposhnikov, que sustituyó a Zhukov como jefe del Estado Mayor Central del Ejército Rojo.**

cumplir sus instrucciones, Meretskov presentó un informe nada satisfactorio, como pudiera haberle ocurrido a cualquiera en su lugar. Stalin le dejó terminar y entonces se volvió hacia Zhukov. «El camarada Timoshenko me ha pedido que se nombre al camarada Zhukov jefe del Estado Mayor. ¿Están todos ustedes de acuerdo? Nadie se atrevió a oponerse, y así fue como el 14 de enero de 1941 Zhukov se vio elevado al segundo puesto del Ejército Rojo, a los cuarenta y cuatro años de edad, por delante de otros muchos que quizá se creyesen con más méritos para esa distinción.

En ese nuevo destino su cometido estribaba principalmente en ayudar a su antiguo protector Timoshenko a eliminar las deficiencias reveladas por la guerra de Finlandia y a preparar al Ejército Rojo para una lucha con Alemania que cada vez parecía más inevitable. La misma magnitud de la tarea y el hecho de estar convencido Stalin de que podría aplazar el conflicto por lo menos hasta 1942 significaban que no cabía esperar resultados espectaculares del programa de modernización antes de un año. Y Hitler atacó a los seis meses y ocho días de la fecha del nombramiento de Zhukov. Al sobrevenir el ataque, Timoshenko y Zhukov vieron desvanecerse a sus huestes en los campos de prisioneros alemanes y a su aviación destruida en tierra, mientras Stalin, o bien no dictaba orden ninguna, con lo que paralizaba la maquinaria militar soviética, pues las depuraciones habían enseñado a todos que era peligroso tomar cualquier iniciativa, o bien ordenaba a las tropas resistir, cuando una elemental prudencia hubiera aconsejado ganar tiempo cediendo terreno, y retirarse para evitar envolvimientos. En Kiev quedó aniquilado todo un grupo de ejército porque Stalin no quiso permitir la captura de la ciudad; los alemanes se ufanaron de haber hecho 665.000 prisioneros. Las fuentes soviéticas desmienten esa afirmación pero admiten haber sufrido 527.000 bajas en dos meses, al paso que eluden toda mención de por lo menos diez divisiones de la reserva enviadas a Ucrania tras la ruptura de las hostilidades y que probablemente también se perdieron, con lo que a ese total habría que sumar otros 100.000 hombres. En el período comprendido entre el 22 de junio y el principio del asalto alemán contra Moscú, el 30 de septiembre, el único encuentro que puede calificarse de victorioso fue el sostenido por Zhukov en Yelnya en agosto y septiembre, en el curso del cual los alemanes fueron expulsados de esa ciudad, y lograron escapar apuradamente a su tentativa de envolvimiento. Todo lo demás se redujo a estrepitosos reveses, o a costosas acciones dilatorias en las que se ganaba tiempo con sangre, sin que fuera posible apreciar su utilidad hasta el futuro, cuando se libraron aquellas batallas para las que se trataba de ganar tiempo.

A principios del otoño hacía ya mucho que Timoshenko y Zhukov no ocupaban cargos sedentarios en el Ministerio de Defensa. Stalin había asumido las funciones de comandante en jefe, y el mariscal Shaposhnikov, ex coronel del Ejército imperial y uno de los pocos mandos de graduación relativamente alta que habían abrazado la causa comunista, se había hecho cargo del Estado Mayor. Se había constituido un Consejo Supremo Militar (STAVKA), y al anterior comisario del pueblo y a su adjunto, como miembros del mismo, se les



El general I. S. Konev, ayudante de Zhukov en el mando del Frente Occidental durante los días de la Batalla de Moscú.

enviaba ora acá, ora allá, para estabilizar un frente en rápida disolución. En esa tarea de árbitro de situaciones comprometidas fue cuando detuvo temporalmente a los Panzer en el saliente de Yelnya, desplegando hacia adelante los seis ejércitos del Frente de Reserva para librar una batalla de veintiséis días que contuvo el avance del Grupo de Ejército Centro sobre Moscú. El 10 de septiembre fue llamado a Moscú por Stalin. Leningrado se encontraba sitiada por el Grupo de Ejército Norte y su caída parecía inminente. Se le ordenaba hacerse cargo del mando y allá se presentó el 12 de septiembre. A los tres días, su energía feroz había restablecido el orden entre los vacilantes defensores; destituyó a muchos altos mandos, a algunos de los cuales envió ante el pelotón de fusilamiento por retroceder sin autorización, y cortó el paso a los alemanes. Aunque él lo ignorara entonces, su brío indomable hizo que Hitler considerase fallida la acción del Grupo de Ejército Norte y que desviara hacia el Sur las fuerzas acorazadas que lo componían, el Grupo Panzer 4 del coronel-general Hoepner, para participar en la ofensiva contra Moscú. Pero esas unidades sólo habrían desempeñado un papel secundario en la toma de Leningrado, porque para las fuerzas móviles los peores terrenos de acción son las ciudades. La conquista de Leningrado tendría que haber sido obra de las divisiones de infantería, y si los defensores hubieran dado señas de desfallecimiento, aquellas habrían arremetido contra un objetivo reputado por Hitler como superior a la misma Moscú por su posición estratégica y por su valor simbólico como cuna de la revolución comunista. Posteriormente la ciudad resistiría un asedio de 900 días en el que gran número de sus habitantes perecieron de hambre e inanición, pero sin que nunca estuviera tan cerca de caer como en los días inmediatamente anteriores a la llegada de Zhukov.

El 6 de octubre Stalin hizo volver a Zhukov a Moscú. La situación era de sumo peligro. Las defensas de los tres grupos de ejército (los Frentes Occidental, de la Reserva y de Bryanks) habían sucumbido ante la acometida alemana, las columnas Panzer habían roto las líneas y no existía prácticamente ningún obstáculo entre ellas y la capital. Más adelante se narrará en este libro cómo afrontó Zhukov coyuntura tan desesperada. Baste decir aquí que su intervención hizo volverse las tornas y supuso para los alemanes su primera gran derrota, quebrantando de tal suerte la confianza de Hitler en sus generales que destituyó al comandante en jefe del Ejército, a los tres comandantes de los grupos de ejército y a otros treinta y un generales. No menos significativas fueron las pérdidas en hombres, material y moral, que impidieron a Alemania desencadenar en el resto de la guerra una ofensiva en más de un eje estratégico al mismo tiempo.

Hitler se vuelve contra Rusia



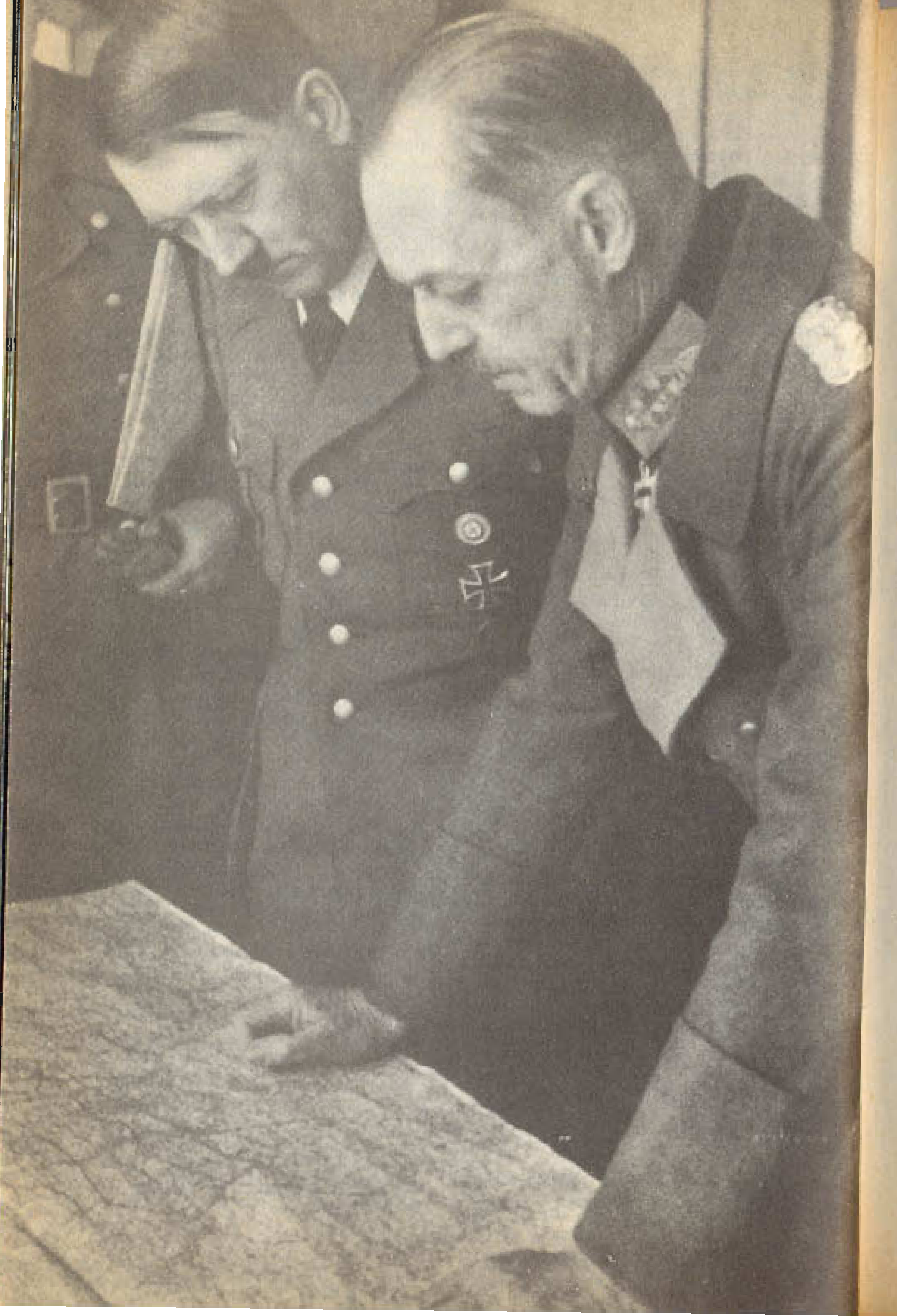
La máscara de la amistad: Molotov firma en 1939 el pacto de no agresión, bajo la mirada de von Ribbentrop y de Stalin. El pacto saltó en pedazos cuando se inició la operación «Barbarroja», el 22 de junio de 1941.

Cuando en septiembre de 1939 los carros de combate y la infantería motorizada alemana irrumpieron en Polonia apoyados por incesantes bombardeos en picado, además de otra conflagración mundial, iniciaban una nueva concepción del arte bélico. Los polacos, mal armados y organizados para una contienda moderna, sirvieron, muy a su pesar, de conejillos de indias para el primer ensayo en gran escala de la doctrina de la guerra de fuerzas acorazadas, cuyas raíces deben buscarse en los tratadistas británicos de los años veinte, como Liddell Hart, pero que sólo encontraron acogida fervorosa entre un puñado de oficiales de los 100.000 hombres de la Reichswehr. El más brillante de ellos, Heinz Guderian, consiguió sobreponerse a las ideas conservadoras de sus superiores y, a la par que creaba una formación modelo centrada en el carro y en la infantería motorizada, sabía ganarse el entusiasmo y el favor de Hitler para sus innovaciones. También en otros ejércitos se probaron los principios de los teóricos británicos sin que, por diversas razones, prosperase la filosofía de la movilidad: seguía considerándose función primordial del carro de combate la de apoyar a la infantería, y conservaba su categoría de unidad táctica móvil el soldado de a pie, capaz de desplazarse a cinco kilómetros y medio por hora en condiciones normales, pero mucho más despacio en combate, al tener que velar por la seguridad de sus flancos. Sólo la revolucionaria Wehrmacht de finales de los años treinta contaba con importantes unidades capaces de avanzar al mismo paso que los carros, a unos treinta kilómetros por hora; la infantería era transportada en camiones para acomodar su velocidad a la de aquellos, en vez de proceder a la inversa, rigiéndose por el principio de avanzar lo más rápidamente posible sin prestar a la seguridad de los flancos otra atención que la exigida por la más elemental prudencia.

De esta manera se sextuplicaba la movilidad táctica, destinada a romper la formación en línea de un ejército clásico envolviéndolo entre las fuerzas móviles situadas a su espalda y la masa de infantería convencional a su frente. En el supuesto de que optase por eludir el cerco, se vería hostigado sin descanso por esas fuerzas móviles, que le impedirían consolidar sus posiciones y, bajo los constantes bombardeos en picado, la retirada se transformaría en derrota.

Contra Polonia dio magníficos resultados esta concepción revolucionaria de la guerra, y en menos de tres semanas pudo darse por terminado el núcleo de la campaña. Ocho meses más tarde, en mayo de 1940, las teorías de Guderian tendrían que pasar una prueba mucho más difícil, al enfrentarse las nuevas fuerzas contra Francia, Holanda y Bélgica, cuyos ejércitos, unidos al Cuerpo Expedicionario británico, superaban en número al alemán. Seis semanas de lucha culminaron con la capitulación francesa, vanamente perseguida por las fuerzas del Kaiser durante los cuatro años y tres meses de la Primera Guerra Mundial. Los ingleses fueron rechazados al otro lado del Canal, con grandes pérdidas de hombres y de material pesado, y sobre las Islas Británicas empezó a cernirse la mayor amenaza de invasión desde 1805. Los ingleses hicieron acopio de valor para arrostrar una prueba rigurosa y poco habitual; desde 1066 ningún invasor había hollado su país, pero tampoco había dominado el continente europeo ninguna potencia como Alemania parecía hacerlo en 1940.

Por un cúmulo de razones, políticas y psicológicas además de militares, esa amenaza no llegó a materializarse. Hitler tenía del pueblo británico una idea sobremanera compleja y ambivalente. Estaba dispuesto a aceptar la subsistencia del Imperio Británico siempre que Inglaterra le confirmase su dominio de Europa y, pese a los espeluznantes planes de la Gestapo para la captura de personalidades y la deportación en masa de los varones físicamente aptos al continente una vez subyugada Inglaterra, Hitler todavía esperaba en aquellos momentos que los ingleses «entrarían en razón», dándose cuenta de lo de-



El Führer y el mariscal de campo von Rundstedt discuten la marcha del flanco meridional.

sesperado que era continuar la lucha sin aliados, y se avendrían a negociar una paz que consagrase la permanencia de las conquistas alemanas. La historia ha mostrado hasta qué punto se equivocó al respecto, pero también cuán ambivalente era su actitud ante la idea de eliminar a Gran Bretaña de las ecuaciones del poder mundial.

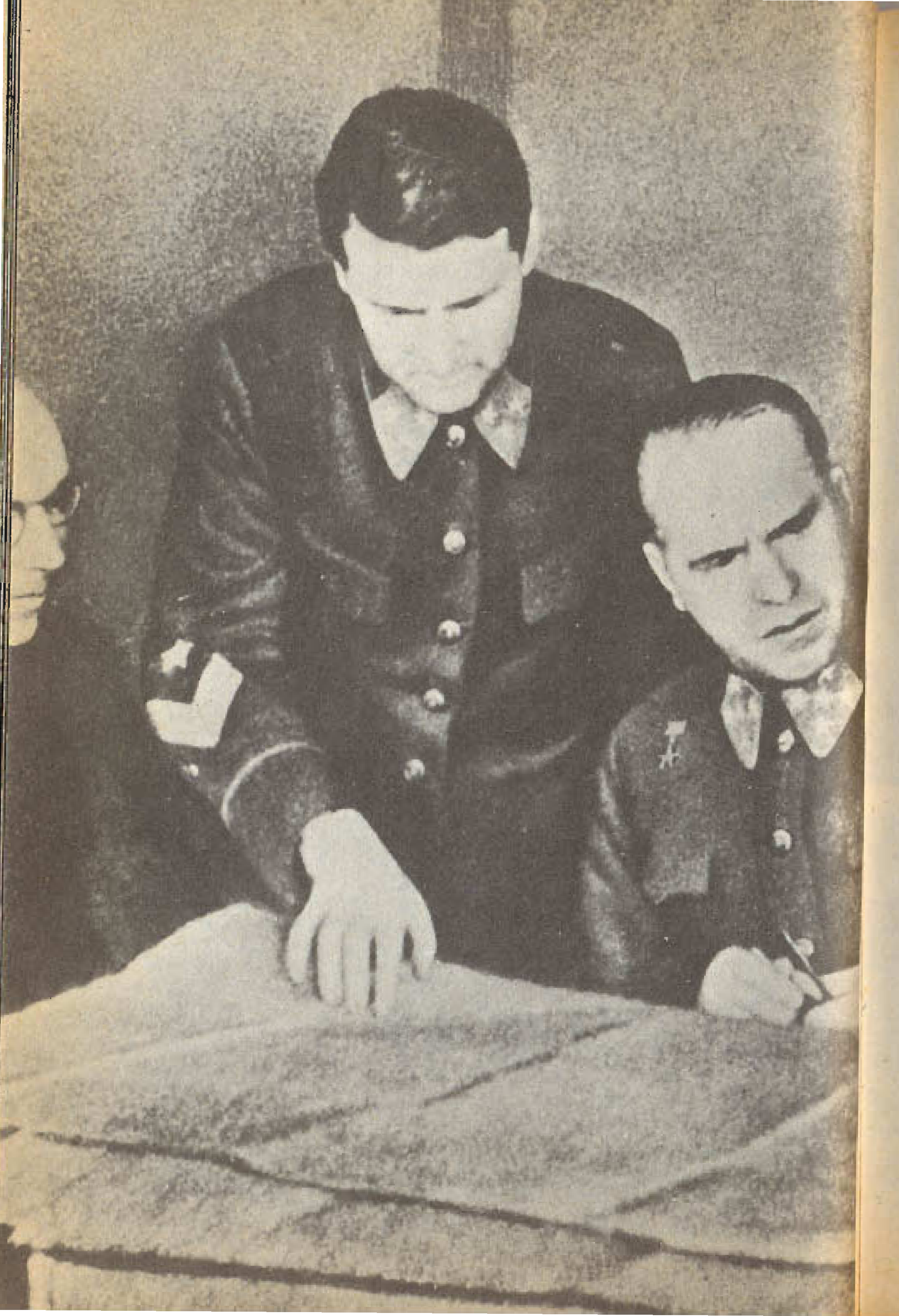
Con todo, una vez que los ingleses rechazaron sin ambages la idea de una paz negociada, se prosiguieron los preparativos para la invasión, a los que se dio en clave el oportuno nombre de «Operación León Marino». Como es natural, aquí surgieron los problemas estratégicos.

La clave del éxito estribaba en poder desembarcar y abastecer a un ejéreito al otro lado del Canal de la Mancha. Para esta empresa era vital el concurso de la marina alemana. El entusiasmo de sus jefes se veía refrenado ante la patente superioridad de las fuerzas de superficie de la Royal Navy, de las que podía esperarse que combatieran con eficacia en defensa del territorio nacional desde unas bases muy cercanas y alentadas por una victoriosa tradición secular. El nuevo factor de la potencia aérea era el único que podía invertir el equilibrio de fuerzas en favor de la Kriegsmarine; para ello era menester recurrir a la Luftwaffe, ya que la marina alemana no disponía de aviación propia.

Al principio, las fuerzas aéreas alemanas, personificadas en su jefe, el mariscal del Reich Hermann Goering, confiaban en hacerse con el dominio del aire en cuestión de días. Pero los días se fueron convirtiendo en semanas y las semanas en meses sin que los ingleses, por muy apurados que se viesen, cejaran lo más mínimo. Las pérdidas que infligían a la Luftwaffe superaban a las suyas propias en aviones, pero, sobre todo, en el elemento crucial de la Batalla de Inglaterra, en personal de vuelo y, en particular, pilotos. Al pasar julio y agosto y llegar septiembre, hubo que rendirse a la evidencia: Alemania no podía contar para un futuro próximo con la superioridad aérea, requisito previo de la «Operación León Marino». Entre tanto, el comienzo de las borrascas invernales convertiría el suministro a través del Canal en una aventura incierta. Por primera vez desde que estalló la contienda, se había demostrado la posibilidad de interrumpir la cadena de triunfos alemanes. El fracaso de la Luftwaffe impidió entrar en acción al hasta entonces invicto Ejército alemán. Es probable que, de haber intervenido éste, las tropas británicas, muy debilitadas, no hubieran podido resistir mucho tiempo.

Sin embargo, la eficacia de la Wehrmacht permanecía indiscutida. Eran la Aviación y la Marina las que habían fracasado. Y en el mismo continente europeo quedaba otra potencia que no obedecía la voluntad de Hitler, y cuya existencia constituía un desafío a sus aspiraeiones hegemónicas. Accesible por tierra, el Führer abrigaba hacia ella una actitud desprovista de ambigüedad. Esa potencia era la Unión Soviética, gobernada por el dictador georgiano José Stalin.

En aquella época, los dos países eran nominalmente aliados; precisamente el pacto Molotov-Ribbentrop, firmado el 25 de agosto de 1939 había permitido a Alemania invadir Polonia. Pero, dejando a un lado los imperativos tácticos, era inevitable la rivalidad a largo plazo entre las dos dictaduras. Desde los primeros tiempos del Partido Nazi, Hitler había considerado a su vecino oriental como una de las peores manifestaciones de la «conspiración internacional judía» a la que achacaba todos los infortunios de Alemania. Una cosa era discutir el reparto de las esferas de influencia una vez desmembrado el Imperio Británico, y otra que los dos gobiernos estuvieran convencidos de la posibilidad de una coexistencia duradera. Nada es más revelador de la actitud de Hitler frente a Gran Bretaña y la Unión Soviética que la frase fatal pronunciada durante una conferencia secreta con los miembros del OKH el 21 de julio de 1940: «Tenemos que acabar con Rusia». Habían transcurrido sólo cuatro semanas desde



la capitulación francesa y apenas si había empezado la Batalla de Inglaterra. En realidad, faltaban tres semanas para la fecha oficial de iniciación de esta última, bautizada como «Día del Aguila» (13 de agosto).

Los triunfos de 1939 y 1940 no habían cegado al OKH ni al OKW hasta el punto de ocultarles las dificultades de tal empresa, mucho más ambiciosa. No se ignoraban los desastres sufridos por grandes caudillos militares del pasado al tratar de perseguir a los escurridizos ejércitos rusos por los vastos espacios de las estepas. Se sabía que tendría pocas probabilidades de éxito toda campaña prolongada que permitiera a Rusia movilizar sus ingentes recursos humanos. Al planearse la operación se convino, casi por unanimidad, en que había que obligar al Ejército Rojo a que presentara batalla tan pronto y tan al Oeste como fuera posible, preferiblemente en la parte occidental de la línea trazada por los ríos Dvina y Dnieper, y desde luego, al Oeste de Moscú. Debía empezar la campaña en mayo de 1941, es decir, tras el deshielo de primavera, que convierte en lodazales la mayoría de las carreteras (pocas están provistas de firme), para terminar en diecisiete semanas como máximo, esto es, antes de la vuelta del lodo con las lluvias otoñales. La información sobre el Ejército Rojo dejaba un tanto que desear en algunos aspectos, pero se daba por sentado que podría desplegar 119 divisiones (96 de infantería y 23 de caballería) más 28 brigadas mecanizadas, bastante menos de las 146 divisiones (24 Panzer, 12 motorizadas y 110 de infantería) de que disponía Alemania.

Mientras los generales Marcks y Feyerabend bosquejaban por el OKH un plan de operaciones, el OKW operaba con sus propios datos. El plan Marcks comprendía dos ofensivas, lanzadas una a través de Bielorrusia hacia Moscú y otra por Ucrania hacia Kiev. Los dos grupos atacantes actuarían independientemente, con el mínimo miramiento para sus flancos, según las normas habituales de la guerra con los Panzer, hasta que el grupo septentrional hubiera conquistado Moscú, momento en que giraría hacia el Sur para sorprender por la retaguardia a las tropas soviéticas enfrentadas al grupo meridional. Por su parte, el estudio del OKW planeaba el despliegue de tres grupos (Norte, Centro y Sur) hacia Leningrado, Moscú y Kiev respectivamente, con arreglo a un esquema más conservador, por cuanto que daba por sentado que se protegerían mutuamente los flancos avanzando aproximadamente a la misma velocidad.

Ya se ha dicho que la información alemana sobre el Ejército Rojo adolecía de ciertas deficiencias. Para remediarlas se dio un paso decisivo en octubre de 1940, al autorizarse las misiones de reconocimiento aéreo sobre territorio soviético, con el fin de localizar las instalaciones militares, cuarteles, aeródromos y objetivos militares. Con el transcurso del tiempo, esas misiones fueron profundizando cada vez más en la U.R.S.S., y el examen de las fotografías tomadas por estos precursores de los U-2 norteamericanos indujo a revaluar la potencia del Ejército Rojo en la zona central (de Brest a Moscú). Tales descubrimientos, unidos a los resultados de los simulacros bélicos realizados por el OKH entre fines de noviembre y primeros de diciembre de 1940, inyectaron nuevo vigor a la premisa originaria de Marcks de que las fuerzas que atacaran Moscú necesitaban ser particularmente poderosas. El grado de elaboración de los planes permitía presentarlos ya a Hitler, y el 5 de diciembre de 1940 el jefe del OKH, coronel general Halder, procedió a un resumen de las conclusiones obtenidas. De su exposición se deduce una cierta unificación en los criterios del OKH y del OKW al haberse adoptado el proyecto de ataque en forma de tridente propuesto por el segundo. Halder subrayó que las tres zonas principales de producción de armamento, que el Ejército Rojo tendría que defender preferentemente si conseguía sostener una guerra prolongada, eran Leningrado, Moscú y Kiev. Por consiguiente habría que lanzar un ejército contra cada zona. Los rusos no los podrían defender a menos que presentasen batalla al Oeste de la línea

El ejército y el Partido: Sokolovsky, Zhukov e I. S. Khoklov (izquierda).



Arriba: **La punta de lanza de los Panzer: cantidades ingentes de fuerzas acorazadas alemanas irrumpieron en las líneas soviéticas y se adentraron profundamente en el país.** Izquierda: **La espina dorsal de la infantería: largas columnas de soldados llenos de polvo que siguieron las huellas de los carros y aniquilaron las bolsas de los rusos que habían quedado aislados.**

Dvina-Dnieper, tal y como pretendían los alemanes. Dos de los grupos de ejército atacarían al Norte de los pantanos de Pripet y el tercero por el Sur, haciendo recaer el peso principal de la ofensiva sobre los ejes de Leningrado y Moscú.

Al presentarle tales planes a Hitler, las observaciones de éste hicieron surgir las primeras divergencias acerca del valor estratégico de Moscú, generalmente aceptado hasta entonces en los círculos militares, divergencias que supondrían un pesado lastre para la buena marcha de la campaña del verano siguiente. Hitler coincidió con Halder en que el Grupo de Ejército Centro, que operaría a lo largo del eje Varsovia-Moscú, debía ser más fuerte que los otros, pero justificaba tal circunstancia en la eventual necesidad de que destacara parte de sus tropas hacia el Norte para ayudar al grupo septentrional a eliminar a las formaciones soviéticas copadas en los estados bálticos y no en la importancia estratégica de su propio objetivo.

Todavía no se le había dado ningún nombre en clave a la operación. En el OKH la llamaban «Otto», y en el OKW carecía de denominación. Poco después de la entrevista Halder-Hitler se encargó al OKW la coordinación de los distintos planes y su refundición en un texto supremo que sería firmado por el Führer. El 17 de diciembre se le sometió a este el borrador de la Directriz N.º 21, denominada en clave «Operación Fritz», que al día siguiente aparecía rebautizada con el majestuoso nombre de «Operación Barbarroja», en memoria del emperador medieval Federico I, y con el deseo tal vez de envolver una empresa de conquista bajo la capa de una cruzada.

Por mucha importancia que revista ese cambio de nombre para conocer el estado de ánimo de Hitler, al historiador militar le interesan más las modificaciones que se introdujeron en el borrador de la «Operación Fritz» para metamorfosearla en «Barbarroja». Ampliando las observaciones formuladas a Halder el 5 de diciembre, Hitler ordenó expresamente que, después de aplastar a las fuerzas soviéticas de Bielorrusia, el Grupo de Ejército Centro destacara contingentes de sus unidades móviles para ayudar al Grupo Norte en sus operaciones de limpieza a lo largo de la costa del Báltico. Encomendaba así al Grupo Centro una tarea en pugna con la que le habían asignado tanto el OKW como el OKH: atacar Moscú. Resulta extraño que ninguno de los dos órganos opusiera el menor reparo, aunque muchos generales alemanes sostendrían posteriormente que esa dualidad de cometidos

fue una de las razones fundamentales de que la campaña de 1941 sólo alcanzara uno de sus tres objetivos: Kiev.

Se dieron los últimos retoques al plan general de la operación, que quedó terminado a finales de enero de 1941 y fue presentado a Hitler el 3 de febrero. A la vista de las nuevas estimaciones del servicio de información, había que aceptar que Alemania no gozaría ya de superioridad numérica a lo largo de la campaña. Ahora se calculaba que los soviéticos desplegarían 155 divisiones (100 de infantería, 25 de caballería y 30 mecanizadas, cifras sospechosamente redondas y que revelan la poca precisión de la información alemana) contra 134 alemanas (20 Panzer, 13 motorizadas y 101 de infantería). Sin embargo, se consideraba que las tropas soviéticas estarían peor adiestradas, pertrechadas y organizadas que las alemanas, a las cuales habría que añadir, en su momento, nn número indeterminado de divisiones rumanas.

A la vista de los planes, Hitler comentó que si los rusos conseguían retirarse hacia el Este, escapando a la aniquilación, habría que reforzar los flancos alemanes y acorralarlos en el centro, con el fin de destruirlos mediante golpes concéntricos desde el Norte y el Sur. El Estado Mayor guardó un silencio cortés cuando Hitler no sólo discrepó de sus opiniones sobre la ofensiva contra Moscú, sino que aludió de pasada a la posibilidad de que fallase la estrategia de la Blitzkrieg y los rusos lograran escapar a la destrucción al Oeste de la línea Dvina-Dnieper, retirándose para sostener una guerra prolongada, que era lo que se trataba de evitar. Hasta el verano siguiente no se atrevió a enfrentarse con él abiertamente, según se expondrá con más pormenores. De momento, baste señalar que ya a finales de 1940 existían diferencias de criterio acerca de la prioridad de los distintos objetivos; no fue algo que surgiera sólo en 1941, cuando se hizo evidente que no podían alcanzarse todos, siendo necesario escoger entre ellos.

Se había previsto que todas las fuerzas invasoras se encontrarían en sus puestos el 15 de mayo de 1941. El OKH consideraba que sería prácticamente imposible ocultar sus intenciones desde mediados de abril, de modo que el Ejército Rojo tendría noticia del ataque con un mes de antelación. Pero, debido a su deplorable actuación en la «Guerra del Invierno» de 1939-1940 contra Finlandia, se tenían tan en poco sus cualidades militares que el OKH no creía, que ese mes de ventaja ni su conocida superioridad numérica en carros de combate y aviones le sirvieran de mucho. Además, había adoptado la retrógrada medida de dispersar sus divisiones acorazadas y redistribuir sus vehículos blindados en unidades menores entre la infantería, aun cuando en honor a la verdad debe agregarse que se había rectificado en parte esa política y se había iniciado la organización de nuevos cuerpos mecanizados.

El hecho es que los acontecimientos conspiraron para prevenir a los rusos con mayor anticipación, pero que éstos desaprovecharon tales ventajas desoyendo todas las indicaciones de la inminente agresión casi hasta el último momento. A fines de marzo de 1941, el gobierno de Yugoslavia, partidario del Eje, concluyó un tratado con la Alemania nazi. El pueblo se alzó de modo violento y espontáneo contra el acuerdo y obligó a revocarlo. Hitler montó en cólera ante el ultraje inferido y ordenó la invasión inmediata de Yugoslavia y Grecia (que había repelido una agresión italiana). Para la campaña de los Balcanes había que emplear las fuerzas destinadas a la «Operación Barbarroja», que tuvo que ser aplazada. El 6 de abril entraron los alemanes en Yugoslavia y el 7 fue modificado por el OKH el calendario de la campaña contra la Unión Soviética, señalándose su iniciación para seis semanas después de concluir las operaciones en la Europa Sudoriental. Cuando se decidió este aplazamiento ya se encontraban en Polonia y Prusia Oriental la mayoría de las tropas que iban a participar en la campaña, y su presencia había sido comunicada a Londres por los agentes del Ejército Polaco del Interior (movimiento clandestino leal al gobierno en el exilio). Wiston Churchill informó a Stalin en abril de la acumulación de efectivos alemanes a lo largo de la frontera soviética. Pero el premier británico había sido un adversario implacable del comunismo desde 1917, había instigado la intervención de un cuerpo británico en la guerra civil rusa de 1918-1922 y se había pronunciado a favor de la participación franco-británica al lado de Finlandia en su guerra con Rusia en 1939-1940. A un intrigante taimado y sin escrúpulos como Stalin era inevitable que le parecieran sospechosos los informes de esa fuente. Creía que Churchill sólo pretendía aliviar la presión a que estaba sometida Gran Bretaña sembrando la discordia entre la U.R.S.S. y Alemania y, por consiguiente, hizo caso omiso de la advertencia. Teniendo en cuenta su carácter suspicaz y el pasado anticomunista de Churchill, tal vez pueda comprenderse, aunque difícilmente excusarse, su postura. Lo que ya no es tan fácil de comprender es su negativa a dar crédito a las noticias en el mismo sentido procedentes de sus propios servicios de información, a los que es lógico que considerase más dignos de confianza que a los ingleses. Los historiadores soviéticos no han sido capaces de explicar de manera satisfactoria por qué no obró de acuerdo con esos informes, y no cabe más que atenerse a conjeturas más o menos razonables. Es probable, sin embargo, que su conocimiento de que el ejército no se encontraba en condiciones de entrar en una guerra tan decisiva, y la convicción de su gran responsabilidad en esa situación, contribuyeran a hacerle tomar tal actitud ante los anuncios de que se acercaba la hora de la adversidad.

En 1937 Stalin había conseguido deshacerse de sus rivales más peligros para la jefatura política del país. El partido Comunista, domeñado por años de depuraciones, era un instrumento sumiso a su voluntad. No obstante, quedaba otra posible fuente de poder en las fuerzas armadas, y en 1937-38 emprendió una nueva serie de depuraciones entre la oficialidad, encaminadas a reducirla al mismo estado de subordinación en que se encontraba el Partido. Antes de iniciarse las purgas había 300 mandos con graduación igual o superior a la de



El general Panzer «por excelencia»: Heinz Guderian, satisfecho durante los delirantes meses de victoria.

general de división; 183 de ellos fueron destituidos, siendo detenidos todos y algunos fusilados; los que salvaron su vida fueron enviados a prisiones o campos de concentración donde se les sometió a trabajos forzados en atroces condiciones de vida, y muchos murieron allí prematuramente. Entre esos 183 figuraban tres de los cinco mariscales de la Unión Soviética, y trece de los quince comandantes de Ejército. Se desconoce el número exacto de mandos de graduación inferior a la de general desaparecidos, pero desde luego ascendió a varios millares. Entre los fusilados se encontraban el mariscal Tukhachevsky, soldado de gran talento e introductor de las doctrinas de la guerra de fuerzas acorazadas en el ejército rojo; el mariscal Blyukher, que había rechazado una incursión japonesa en el territorio del Lago Hasan, en el Extremo Oriente; y gran cantidad de los teóricos e innovadores más capacitados del ejército soviético. Sus puestos fueron ocupados por hombres que descollaban más por su devoción a la persona de Stalin que por sus dotes militares —Voroshilov, Kulik, Mekhhis y otros— sin que tardaran en manifestarse las consecuencias en la deplorable actuación militar contra los finlandeses muy inferiores en número, durante el invierno de 1939. Hasta que Stalin sustituyó a Voroshilov por el mariscal Timoshenko (uno de los pocos militares profesionales que todavía disfrutaban de su confianza) no se pudo rematar felizmente esa campaña, cuando ya los observadores de todo el mundo habían llegado a la conclusión de que el ejército soviético era un «tigre de papel» incapaz de enfrentarse con un contrincante verdaderamente peligroso.

Sin embargo, había una notable excepción en ese coro de juicios pesimistas: la del Japón. Es interesante considerar por qué discrepaba este país de la opinión general, ya que en esa actitud influyeron unas tropas y un general que más tarde desempeñarían un papel transcendental en la batalla de Moscú. En 1938, contingentes japoneses penetraron en el territorio soviético del lago Hasan, en la frontera entre Manchuria y la Provincia Marítima del Extremo Oriente. Tras varios días de encarnizada lucha fueron expulsados por las fuerzas siberianas del Ejército «Bandera Roja del Extremo Oriente», el mismo que en 1941 sería trasladado casi en bloque al Oeste como la última formación regular disponible para defender Moscú. Los japoneses no repitieron sus incursiones en la Provincia Marítima, pero al año siguiente un cuerpo de unos 75.000 hombres ocupó un saliente de territorio mongol a lo largo del río Kalkhin Gol. La República Popular de Mongolia Exterior invocó su tratado defensivo con la Unión Soviética, y marcharon a la zona las tropas rusas estacionadas en el país, junto con otros refuerzos. Encomendóse el mando a un competente general formado principalmente en el arma de caballería, quien, entre el 20 y el 31 de agosto de 1939, derrotó por completo a los japoneses, causándoles 41.000 bajas entre muertos, heridos y prisioneros, sin que las suyas pasaran de 10.000. El general se llamaba Georgy Konstantinovich Zhukov; la campaña de Kalkhin Gol fue su primer gran triunfo militar. El segundo, dos años y medio más tarde, sería la batalla de Moscú. En ésta, las fuerzas siberianas tuvieron una participación decisiva, facilitada por el ataque lanzado por Japón en 1941 contra las dependencias coloniales de las potencias europeas en guerra, en vez de contra la agobiada Unión Soviética. Sin duda alguna, en la elección japonesa influyó decisivamente la dura lección recibida por su ejército en 1938 y 1939, en especial el desastre de Kalkhin Gol. Así pues, al vencer a los japoneses en Mongolia en 1939, Zhukov alteró todo el curso de la guerra y se ayudó a sí mismo a ganar la batalla de Moscú.

Sin embargo, la campaña de Kalkhin Gol pasó casi desapercibida en Europa (al día siguiente de su terminación estalló la Segunda Guerra Mundial), y sus repercusiones sobre el prestigio militar soviético se vieron pronto eclipsadas por el semifracaso de Finlandia. Para remediar las graves deficiencias reveladas por esta última campaña se nombró a Timoshenko, que puso manos a la obra con energía y habilidad. Se rehabilitó y ascendió a muchos oficiales competentes encarcelados durante las depuraciones; entre ellos, al general Rokossovsky, que llegaría a mariscal con el tiempo y sería uno de los jefes soviéticos que más

laureles cosecharía sobre el campo de batalla. Al mismo Zhukov, viejo amigo y compañero de Timoshenko desde sus días en la caballería, se le asignó el mando del importante Distrito Militar Especial de Kiev, fronterizo con la Polonia ocupada por los alemanes, y en 1941 pasó a ser el principal colaborador suyo en la modernización de las fuerzas armadas como jefe del Estado Mayor Central. No cayeron en saco roto las enseñanzas de Polonia y Francia, puesto que se rectificó la desacertada decisión de dispersar las divisiones acorazadas, e incluso se inició la creación de cuerpos mecanizados, en los que se combinaban los carros y la infantería motorizada al igual que hacían los alemanes. Pero no era de esperar que antes de 1942 como muy pronto diese frutos tan magno empeño, uno de cuyos más difíciles aspectos consistía en devolver la moral a los atemorizados cuadros de oficiales para que pudieran usar su iniciativa. Stalin lo sabía y es harto probable que, cuando a principios de 1941 empezaron a menudear las pruebas de que el Ejército Rojo tendría que entrar en combate antes de estar en condiciones, prescindiera de ellas intencionadamente. Obra suya era en gran parte la deficiente situación del ejército. Era posible incrementar rápidamente sus efectivos por medio de movilizaciones encubiertas, tal como se hizo a principios de 1941, pero en cambio se requería mucho más tiempo para mejorar la calidad y la moral. De la vida de Stalin no se trasluce que fuera una persona de conciencia delicada, pero en el período de abril a junio de 1941 él mismo debió sentirse presa de una gran desazón, según parece confirmarlo el letargo en que se sumió al iniciarse la invasión alemana.

Se persuadió, pues, a sí mismo de que podía evitarse lo inevitable, y se resolvió a hacer todo lo que estuviera en su mano para aplacar a Hitler, no facilitándole la menor «excusa» que desencadenara la guerra. Pese a los ejemplos de Polonia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda y Luxemburgo, no se atrevería a afrontar la ingrata realidad de que Hitler no necesitaba ninguna excusa para sí mismo y podía forjar la que quisiera para consumo del pueblo alemán. Continuaron, pues, los suministros de materias primas, incluso del petróleo y de los minerales que dentro de unas semanas servirían para mover los carros alemanes y para fabricar sus municiones. No se permitía la menor provocación contra las fuerzas que empezaban a concentrarse en la frontera. Un avión de reconocimiento alemán se vio obligado a realizar un aterrizaje de emergencia en el corazón del territorio soviético y la tripulación no consiguió destruir a tiempo las fotografías que había tomado. Al revelarse éstas, Timoshenko pidió permiso para fusilar a los espías. Stalin se negó; hubiera sido una provocación. Así que, día tras día, los aviones de la Luftwaffe dejaban oír su zumbido en el cielo de Rusia sin ser molestados mientras completaban la información. No se debía dar a ningún general alemán el menor pretexto para que desatara la guerra con la Unión Soviética por propia iniciativa.

A pesar de su obligada falta de preparación, las fuerzas soviéticas eran numerosas y poseían un formidable potencial. La población de la U.R.S.S., con cerca de 170 millones, doblaba a la alemana, y, aunque las fuentes soviéticas nunca han dado a conocer el número de divisiones en pie de guerra en el verano de 1941, se cree que sumaban un total de 230. Muchas no obstante, estaban incompletas, en especial las situadas en el interior, y no reunirían la totalidad de sus efectivos (14.300 hombres) hasta que se decretase la movilización general. Las tropas que tendrían que soportar lo más recio del ataque alemán eran las 132 divisiones de los Distritos militares del Báltico, el Oeste, Kiev y Odesa, bastante menos de las 155 estimadas por los alemanes, pero que, de haberse encontrado bien adiestradas, pertrechadas y dirigidas, habrían podido contener a las 134 divisiones alemanas que se precipitarían sobre ellas. Para ello les hubiera hecho falta una moral más elevada, una instrucción más completa, particularmente entre los mandos, y una mayor experiencia en la Blitzkrieg, a la que tan avezadas estaban los alemanes. Además, la invasión sorprendió al Ejército Rojo en plena reorganización, cuando muchas divisiones de infantería tenían efectivos inferiores a los normales y las de carros, de los cuerpos mecaniza-

dos de reciente creación, no llegaban a la mitad de su dotación de combate. Mejorando sus propias previsiones, los alemanes pusieron en campaña 141 divisiones propias (89 de infantería, 51 Panzer y motorizadas y 1 de caballería), además de 14 divisiones rumanas, un cuerpo de ejército finlandés, y el alemán de Noruega, que aportaron entre los dos otras 20 divisiones. El total de las fuerzas del Eje equivalía a 181 divisiones y 18 brigadas, de las cuales 160 divisiones atacaron por el frente principal entre el Báltico y el mar Negro. Como se ve, al iniciarse las hostilidades del Ejército Rojo se encontraba en franca inferioridad numérica por lo que se refería al número de unidades listas para entrar en combate. No obstante, poseía una notable ventaja cuantitativa en las fuerzas acorazadas, con treinta y cuatro divisiones acorazadas contra las veinte alemanas, si bien estaban dotadas con carros inferiores en su mayoría a los PzKw 3 y 4 alemanes, aunque empezaban a ser sustituidos por dos modelos formida-bles, el KV pesado y el T-34 medi cuando se dispuso de estos en cantid y las tripulaciones se familiarizaron co ellos, crearon a la Wehrmacht much sorpresas desagradables. En particul el T-34 era una máquina muy avanzad para su tiempo y, aún ahora, los carr medios, no sólo soviéticos, sino de tod país que los fabrique, participan de mu chas de sus características. Pero en ju nio de 1941 había muy pocos T-34 y s manejo no era familiar a las unidade por lo que poco podían influir sobre e conflicto armado que se avecinaba. La mayoría de las divisiones acorazada Soviéticas estaban equipadas con carros inferiores, como el BT-7 y el T-26 de cuyo total (unos 20.000, según se cree pues los soviéticos nunca han dado a conocer su número exacto, probablemente para no reconocer la humillación de haber sido derrotados por sólo 3.700 carros alemanes) no había más de 8.000 en condiciones de funcionamiento cuando ata-





Frente a los japoneses: La rotunda victoria de Zhukov en Khalkhin Gol, en agosto de 1939, aumentó enormemente su fama en Moscú.

có Alemania, sin que pasaran de 1.500 los de los nuevos modelos.

Las circunstancias eran bastante parecidas en la aviación. El apoyo aéreo suministrado por la Luftwaffe estaba organizado en tres *«Luftflotten»* (Flotas Aéreas), las números 1, 2 y 3, que operaban con los Grupos de Ejército Norte, Centro y Sur, respectivamente y sumaban en total cerca de 5.000 aviones. La Aviación Roja poseía 12.000 aeroplanos de todos los tipos, la mayoría preparados para su utilización en el frente germano-soviético. Pero, por lo general, sus características técnicas eran inferiores a las de los alemanes, y los pilotos carecían de experiencia. Para empeorar las cosas, permanecieron pegados ala contra ala en sus aeródromos ya localizados por los vuelos de reconocimiento, en vez de dispersarse a la primera señal de ataque, cosa en extremo factible, ya que la parte occidental de la U.R.S.S. constituye casi un inmenso campo de aterrizaje cubierto de hierba. Dado el excelente blanco que ofrecían, no es de extrañar que fueran destruídos a centenares en las primeras horas de la contienda. Se cree que sólo el 22 de junio fueron puestos fuera de combate 1.200, la mayoría de ellos en tierra.

El despliegue adoptado por las fuerzas terrestres de los distritos occidentales no hubiera podido ser más favorable a los propósitos alemanes si lo hubiese ordenado el mismo OKH. Bajo la autoridad de Voroshilov, la doctrina militar se basaba en afirmaciones jactanciosas de invencibilidad, que habían reemplazado a todo planeamiento inteligente. Se había prometido a las tropas que, en caso de invasión, arrojarían inmediatamente

al enemigo del sagrado suelo soviético para aplastarlo en su propio territorio. Conjugadas estas quimeras con la concepción lineal y estática de la guerra derivada de la experiencia de 1914-1918, hicieron que se distribuyesen las fuerzas de modo uniforme a lo largo de la frontera, desplegadas muy cerca de la misma. En todo conflicto armado, el problema del defensor consiste en prevenir la ruptura de sus líneas por cualquier punto, mientras que el atacante puede concentrar sus máximos esfuerzos en los puntos escogidos, aún cuando sus efectivos totales sean inferiores. Con el despliegue adoptado por el Ejército Rojo apenas quedaban reservas para liquidar posibles penetraciones y todas las fuerzas de cobertura se encontraban expuestas a ser copadas y aniquiladas escalonadamente. Para colmo de males, muchas de las tropas, en vez de estar en sus posiciones, se encontraban dispersas por el territorio en el curso de unas maniobras de verano. En vista del plan de campaña de la Wehrmacht, podía parecer ventajoso mantener un numeroso contingente apartado de la frontera, pero esas formaciones retrasadas no constituían una fuerza coherente que operase según el propósito coordinado. Al romperse las hostilidades se las hizo marchar precipitadamente hacia donde se oía tronar los cañones, para quedar cercadas allí con las demás.

Por fin, en la tarde del sábado 21 de junio, decidió Stalin que había que abrir los ojos a la realidad de los propósitos agresivos alemanes. Se celebró, pues, una reunión del Politburó para tratar de lo que debía hacerse, y se exhibieron allí las últimas pruebas que hacían falta, entre ellas los testimonios de varios desertores alemanes de que el ataque estaba previsto para aquella misma noche. Stalin, pese a todo, seguía resistiéndose a creer que Hitler pudiese tratarles a él y a la alianza germano-soviética con el mismo cinismo que había demostrado en pasadas ocasiones. Tan sólo seis días antes había autorizado la publicación de un comunicado de la agencia informativa soviética TASS en el que se desmentían las insinuaciones de un próximo conflicto ruso-alemán. En la reunión del Politburó peroró largo y tendido sobre la posibilidad de que un general o un grupo de generales quisiera arrastrar al Führer a la guerra contra su voluntad, induciendo a la Unión Soviética al ataque mediante una «provocación». Por último, sin embargo, se adoptaron ciertas medidas: alertar a las fuerzas armadas, ordenarlas que ocuparan posiciones defensivas, dispersar la aviación, reforzar la defensa civil y dejar las ciudades sumidas en la oscuridad durante la noche. Pero todo ello tenía que llevarse a cabo dentro del más absoluto secreto, para no ofrecer ningún pretexto de «provocación»; más aún: en el caso de que las tropas repelieran victoriosamente un ataque, se abstendrían de perseguir a sus adversarios dentro del territorio dominado por los alemanes. Tan secretas tenían que ser esas instrucciones que nadie debía conocerlas antes de que estuviesen preparadas para ser transmitidas. Esa extraordinaria circunspección obligó a Timoshenko y Zhukov a redactar ellos mismos los telegramas en el despacho del primero, sin cursar ninguno hasta que todos se encontrasen escritos. La Marina (cuyo jefe supremo, el almirante Kuznetsov, tomó medidas urgentes por sus propios medios de comunicación tan pronto como se le advirtió del peligro) fue la única que recibió el aviso con tiempo para obrar en consecuencia; aun así, tropezó con dificultades al aparecer los bombarderos alemanes sobre las bases navales, ya que los comandantes de las defensas aéreas, faltos de instrucciones, en algunos casos rehusaron abrir fuego antiaéreo o hacer despegar a los aviones de caza para proteger a la flota, atacada desde el aire ante su propia vista. La transmisión de la orden de alerta al Ejército y la Aviación no empezó hasta bien pasada la medianoche, demasiado tarde para que se pudiera cumplir en las zonas avanzadas y para que, en muchos casos, llegara a conocimiento de las formaciones de vanguardia después que los bombardeos de la artillería y de la aviación les informasen del comienzo de la guerra.

Así, pues, a las 3.30 de la madrugada del domingo 22 de junio de 1941 —el 129 aniversario de la invasión de Rusia por Napoleón— un ejército perfectamente adiestrado, pertrechado y organizado atacó a otro que carecía de esos tres requisitos. En cosa de semanas yacería en ruinas la estructura militar soviética, el grueso de sus tropas regulares habría sucumbido o se encontraría en los campos de prisioneros alemanes, junto con cientos de miles de reservistas movilizados de prisa y corriendo, y el enemigo se habría apoderado de la tercera y la cuarta ciudades soviéticas en importancia, Kiev y Jarkof, encontrándose a las puertas de las dos mayores, Leningrado y Moscú. Parecía que el mismo huracán que había arrasado Francia el año anterior haría lo mismo con Rusia. Fueron muchos los factores que le hicieron vacilar, retroceder y, por último, fracasar en su tarea destructura. Uno de los más importantes fue el genio militar y la férrea energía del artífice de las victorias de Moscú, Stalingrado, Kursk y Berlín, el general de cuarenta y cinco años Zhukov, que aquella noche se encontraba sentado en el despacho del comisario del pueblo para la Defensa, rellenando a toda prisa formularios de telegrama. De todas las batallas que le alzaron al pedestal de supremo estratega de la Segunda Guerra Mundial, ninguna fue tan decisiva para el futuro de su país como la de Moscú. Y ninguna se libró con menos recursos.

Desde la frontera a Smolensko



Los días de gloria: La dotación de un cañón alemán anticarro muestra su alegría al incendiarse su último blanco.

Como ya ocurriera dos años antes, en el caso de Polonia, la agresión contra Rusia se enmascaró con una pantalla de falsedades. El gobierno nazi, en las órdenes del día al ejército y en sus declaraciones al pueblo alemán, la justificó como una medida preventiva ante la inminencia de un ataque soviético. Pero no hay que rasgarse las vestiduras ante el trato recibido por el régimen de Stalin, que en este punto poco podía reprochar al de Hitler, ya que anteriormente había hecho gala de idéntico cinismo para justificar su agresión contra Finlandia so pretexto de las intenciones belicosas de este país. Cuando Molotov recibió la declaración de guerra, de manos del embajador alemán y le preguntó: «¿Cree usted que nos merecemos esto?», no había en su voz el acento de la rectitud ofendida, sino el de la complicidad traicionada. Aún hoy día, las historias soviéticas califican de pérfida la agresión alemana, pero tienen buen cuidado de añadir que no se refieren con ello a una falta de cortesía internacional, sino exactamente a la violación de una alianza solemne y efectiva, una alianza con el nazismo de la que pocos rusos dejan de avergonzarse.

Algunas fuentes han insistido, sin embargo, en que el ataque alemán se adelantó, efectivamente, a otro soviético, defienden esta opinión personalidades tan importantes como el general Schmidt, jefe del Estado Mayor del Sexto Ejército alemán, capturado en Stalingrado. Tal vez no esté, pues, de más examinar cuál era la verdadera situación en la mañana del 22 de junio. En primer lugar, es cierto que a lo largo de la frontera se hallaban apostados fuertes continentes soviéticos, alguno de ellos —aunque no los bastantes— en estado de alerta. Podían interpretarse estos hechos como prueba de que el Ejército Rojo se disponía a invadir la Polonia ocupada por los alemanes, pero también como una aplicación de la doctrina estratégica Stalin-Voroshilov. Ambos subestimaban la eficacia de las fuerzas acorazadas. Confiaban en repeler la agresión mediante una defensa en extensión, seguida por una arrolladora contraofensiva lineal en el curso de la cual se aplastaría al enemigo en su propio territorio. En cuanto a las tropas que se encontraban en pie de guerra, los testimonios soviéticos indican que, en la mayor parte de los casos, el estado de alerta fue decretado por los jefes locales, por lo general sin conocimiento de sus superiores. Esta medida obedeció a su creciente alarma ante lo que podían oír (y ver en algunos casos) al otro lado de la frontera, y apenas tuvo otro resultado que el de sacar a los soldados de sus cuarteles para que no les sorprendieran en la cama los bombardeos. Estos testimonios están corroborados por los comentarios de los generales alemanes a los acontecimientos de los primeros días y, más aún, por las enconadas disputas que se mantenían desde mucho antes de iniciarse la «Operación Barbarroja». El más respetado de los altos mandos, el mariscal de campo Gerd von Rundstedt, que mandaba el Grupo de Ejército Sur, se oponía enérgicamente a la invasión. Hitler había tratado de convencerle de que Rusia planeaba un ataque para el verano de 1941, pero el mariscal de campo se mantuvo en su opinión, y después de la guerra declararía no haber encontrado señales de preparativos ofensivos al otro lado de la frontera. De todos modos, en un ejército preparado para desencadenar su propia ofensiva no se comprendería el caos que la invasión provocó en el soviético. Por cada formación en estado de alerta había docenas que no lo estaban; cuerpos acorazados sin carros, infantería motorizada sin camiones, artillería sin municiones, oficiales sin órdenes. Si de verdad el Ejército Rojo estaba a punto de iniciar una invasión, sus mandos se hubieran llevado la palma de la ineptitud en la historia de las agresiones bélicas. Es indiscutible que, tarde o temprano, Stalin habría tenido que enfrentarse con Alemania; lo que callan las fuentes soviéticas es si hubiera tomado él la iniciativa o hubiera aguardado a que lo hiciera su rival. En todo caso, sabía perfectamente que su ejército no se encontraba en condiciones de entrar en la guerra y que no lo estaría hasta bien entrado 1942. Para él, lo mismo que para Timoshenko y



Bock, comandante en jefe del Grupo de Ejército Centro. Su meta: Moscú.



Von Rundstedt, comandante en jefe d Grupo de Ejército Sur. Su meta: Kiev.

Zhukov, la guerra sobrevino con doce meses de anticipación.

En los primeros días parecía que iban a cumplirse los planes del OKH de aniquilar a los soviéticos al Oeste de la línea Dvina-Dnieper. La posición avanzada del Ejército Rojo favorecía las grandes maniobras envolventes realizadas por los alemanes. Otro factor que secundaba sus propósitos era la resistencia soviética a ceder terreno. En esta última actitud tanta parte tenía el miedo a efectuar retiradas sin autorización superior, a pesar de que así lo aconsejase la prudencia, como la decisión de defenderse a ultranza. Stalin ordenó arrestar y fusilar al comandante en jefe del Eje Occidental, general Pavlov, y a su jefe de Estado Mayor; si con esa medida galvanizó los ánimos de los demás, no parece que estimulase su espíritu de iniciativa. Las tropas fronterizas se desintegraron en bandas de soldados harapientos, algunas tuvieron la suerte de que sus oficiales les condujeran hacia el Este por entre las gruesas mallas de la red de fuerzas Panzer que les envolvía. Otras, menos afortunados, iniciaron su largo calvario hacia los campos de prisioneros alemanes. El general Popel, que guiaba a los restos de su XV Cuerpo Mecanizado hacia el Este a través de la retaguardia táctica alemana, ha mencionado el caso de numerosos oficiales que robaban o compraban ropas de pai sano en las aldeas por donde pasabar para regresar a sus casas y decir adió a la guerra. Cuenta, también, que s descubrió, muchos kilómetros por de trás de las líneas alemanas, a un solita rio soldado ruso que guardaba un pa que de carros de combate soviéticos ir tactos, sin una gota de carburante e ninguno de ellos.

Las tres primeras semanas de la gue rra les parecieron a los alemanes una re petición de las campañas de Polonia y de Francia. Las bajas eran insignifican tes, registrándose 8.886 muertos en los diez primeros días, con un promedio de cerca de seis hombres por división y día y menos de veinte heridos. Podía soste nerse casi indefinidamente esa tasa de desgaste, máxime tratándose de una guerra relámpago para la que se preveía una duración de cuatro meses. Y si se tenía en cuenta cómo caía la infantería soviética ante la guadaña de los Panzer era posible que no se prolongase tanto la campaña.

En el próximo capítulo se tratará de las divergencias existentes entre los mandos alemanes acerca de los objetivos prioritarios de la campaña. Pero todo ello no afectaba a la voluntad soviética de defender Moscú a toda costa. Como es natural, suscitaban gran inquietud los avances de los Grupos de Ejército Norte y Sur, pero la mayor causa de alarma era la ofensiva del Grupo Centro por los dos costados de la carretera Brest-Moscú (una de las pocas dotadas de firme en aquel tiempo), debido a la amenaza que representaba para la capital. A un promedio de marcha de treinta kilómetros diarios, las fuerzas del mariscal de campo Von Bock, a las que abrían paso los Grupos Panzer 2 y 3, habían penetrado hasta cerca de Smolensko el 10 de julio. Si alcanzaban esa ciudad se encontrarían a 680 kilómetros de su punto de partida, en Brest-Litovsk, y sólo a 420 de Moscú, adonde llegarían en otras dos semanas. Era indispensable detenerlos o, al menos, hacerles aflojar la marcha.

Los ejércitos Tercero, Cuarto y Décimo, que cubrían el sector central del frente, habían quedado eliminados en las bolsas de Bialystok y Minsk, pero la movilización se encontraba ya en pleno apogeo y las reservas de la STAVKA llegaban al eje de Smolensko con la celeridad que permitía la sobrecargada red ferroviaria. El 10 de julio, las fuerzas del Frente Occidental que defendían la línea del margen occidental de los ríos Dvina y Dnieper, desde Idritsa, en el Norte, hasta Rechitsa, en el Sur, estaban integradas por cinco ejércitos —Trece, Diecinueve, Veinte, Veintiuno y Veintidós— con otro (el Dieciséis) de reserva y los restos del Cuarto Ejército, que se habían replegado a los sectores ocupados por los ejércitos Veinte y Diecinueve. Sin embargo, la velocidad del avance hacia los ríos Dvina y Dnieper del Cuarto Ejército Panzer cogió por sorpresa al Ejército Rojo. Su despliegue defensivo no estaba terminado y grandes formaciones de los ejércitos Diecinueve, Veinte y Veintiuno se encontraban lejos aún de los sectores asignados. En los 800 kilómetros del Frente Occidental sólo se encontraban en sus posiciones veinticuatro divisiones con 145 carros en buen estado. Los Panzer del Grupo Centro, desgastados más por las distancias recorridas por malos caminos que por la resistencia rusa, disponían de una cantidad de vehículos blindados de cinco a siete veces superior. La *Luftflotte 2*, que constituía su apoyo aéreo, poseía 1.000 aviones en buenas condiciones, mientras que los soviéticos no podían contar más que con 400, en sus bases en aeródromos sembrados con los restos de los aviones destruidos en el primer momento. También en cañones y morteros llevaban los alemanes ventaja: 6.600 a 3.800. La doctrina militar soviética anterior a la guerra predicaba el dogma de la posible defensa de una línea contra enemigos tres veces superiores en número, pero los alemanes lo habían refutado tantas veces desde septiembre de 1939 que pocos generales soviéticos, si es que había alguno, creía ya en él a mediados de julio. A pesar de ello, había que librar una batalla decisiva a lo largo de la línea Dvina-Dnieper si se quería conjurar el peligro que se cernía sobre Moscú.

A favor del Ejército Rojo jugaba la tendencia alemana a subestimar las reservas rusas disponibles y su velocidad de movilización. El OKH creía que al Frente Occidental no le quedaban ya más que once divisiones capaces de ofrecer resistencia y que, una vez arrolladas éstas, tendría franco y expedito el camino hacia Moscú. Por consiguiente, en sus previsiones no entraban ni los refuerzos ni los suministros necesarios para un encuentro prolongado, mientras otros empeños reclamaban su atención. El 13 de julio, día en que las tropas de Guderian llegaron a diecisiete kilómetros de Smolensko, según éste el OKH tenía en estudio los siguientes proyectos: 1) Una operación que requeriría la separación de su Grupo Panzer del eje central para ayudar al Grupo de Ejército Sur; 2) un estudio acerca de las fuerzas que convendría dejar en el Este para dominar a la Unión Soviética una vez derrotada; 3) un estudio de la distribución del ejército alemán en Europa, una vez que se hubiera rematado la «Operación Barbarroja» y se hubieran reducido los efectivos de aquél; 4) la estrategia de la campaña de Africa, coordinada con una ofensiva contra el Canal de Suez a través de Turquía y Siria; 5) el anteproyecto de un ataque contra el golfo Pérsico a través del Cáucaso.

Como Guderian comentaría con amargura después de la guerra: «Pensar así es perder todo sentido de la realidad». Tal cosa no era posible más que

en una organización convencida de que la campaña en curso estaba poco menos que liquidada. Nada más lejos de la verdad, como estaban comprobando a su propia costa las divisiones de Guderian y según lo demuestran las nutridas bajas registradas por la División Panzer 10 y 18 y la 29 Motorizada. La resistencia soviética se recrudecía a la par que del Este afluían numerosos refuerzos.

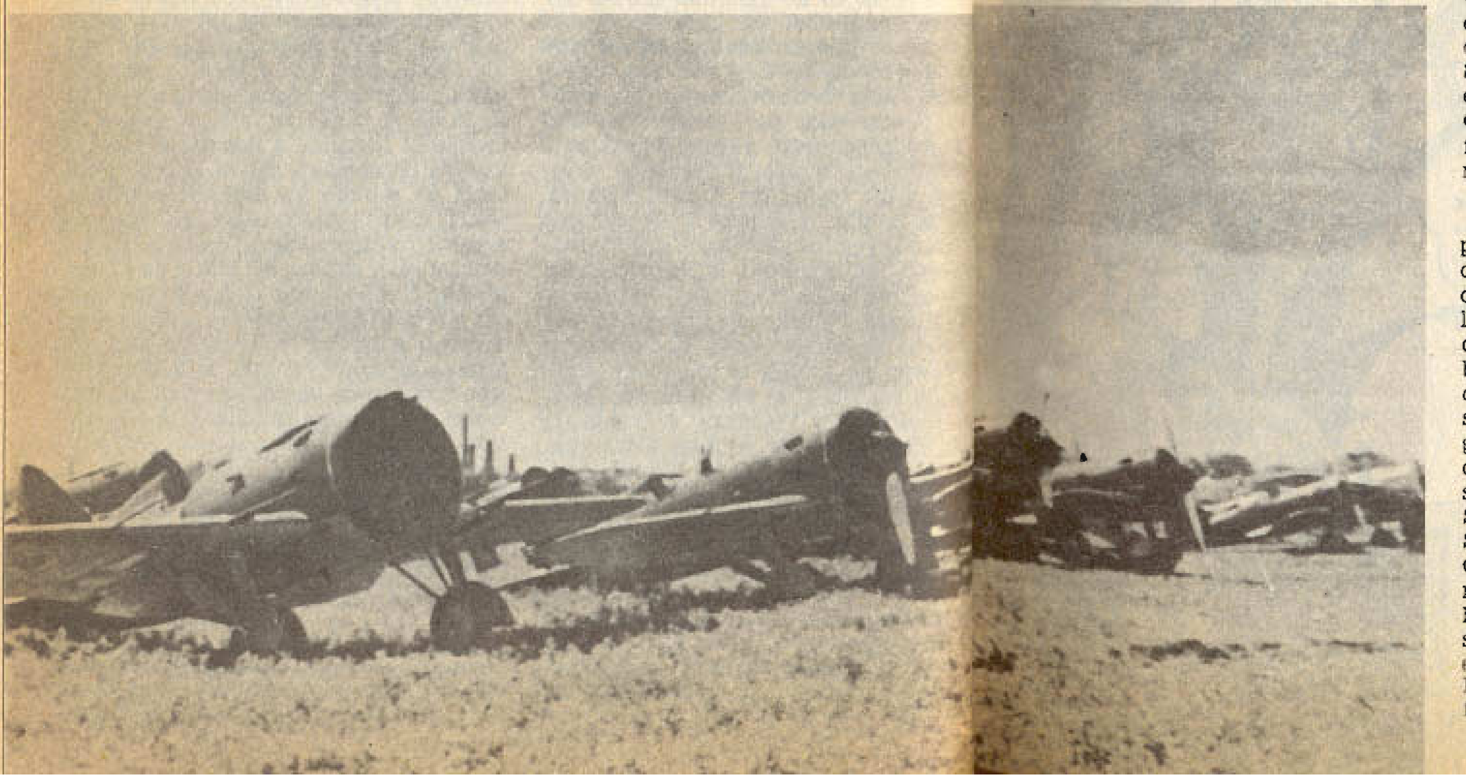
La batalla de Smolensko se inició de manera oficial el 10 de julio, con el ataque desencadenado por los Grupos Panzer 2 y 3 desde Vitebsk hacia Dukhovshchina y desde Orsha hacia Yelnya, enderezado a dividir y cercar a los ejércitos soviéticos Dieciséis, Diecinueve y Veinte, situados en el centro del frente de Timoshenko. Simultáneamente, las fuerzas del ala izquierda del 3 Grupo Panzer avanzaron desde sus cabezas de puente en el Dvina hacia Velikiye Luki mientras el ala derecha de Guderian progresaba sobre Roslavl.

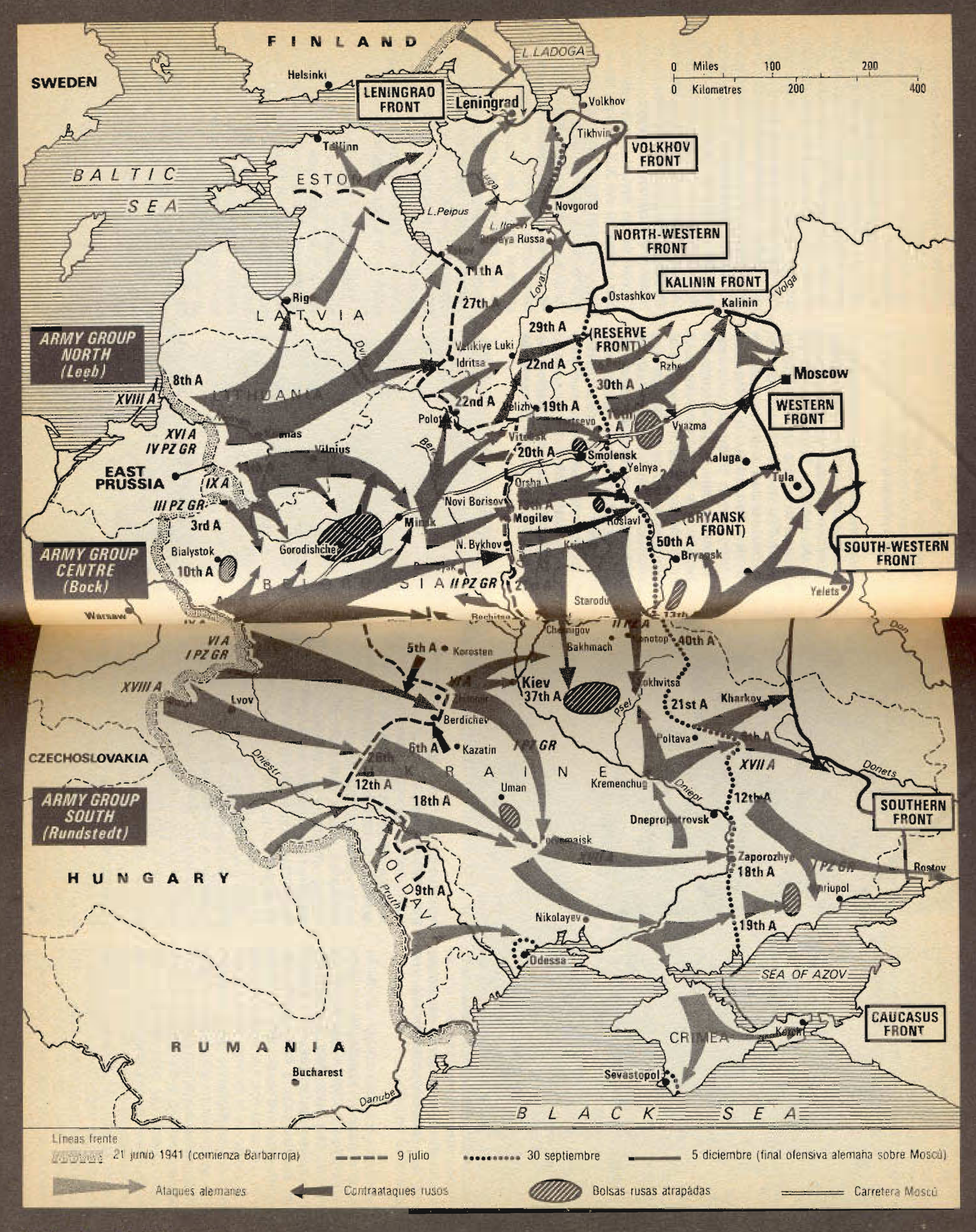
Los atacantes se encontraron en seguida con una tenaz resistencia apoyada por una cerrada concentración artillera. Fue también aquí, en el sector del Veinte Ejército, donde tuvieron conocimiento de una nueva arma soviética que más tarde obtendría notoriedad: el lanzacohetes Katiuska. El mariscal Yeremenko describió sus resultados con las siguientes palabras: «El efecto de docenas de explosiones simultáneas superó con mucho todo lo previsto. Las tropas enemigas huyeron presas del pánico. Pero también volvieron el rostro, a la carrera, nuestras avanzadillas más cercanas a las explosiones, porque nada se les había advertido de nuestra intención de emplear la nueva arma, con el fin de preservar el secreto». Aún no se disponía de bastantes Katiuskas para alcanzar resultados definitivos, pero, al igual que con el carro de combate T - 34 y con el avión de ataque a tierra Il - 2 Shturmovik, su mera presencia constituía una señal de peligro. No convenía desdeñar la inventiva rusa.

Los alemanes reiteraron, no obstante, sus acometidas y pronto se resquebrajaron en distintos puntos las defensas soviéticas. Al extremo Norte del eje de Smolensko, el Veintidós Ejército atravesaba graves dificultades al haber quedado al descubierto su ala izquierda con la retirada del Veintisiete Ejército (del Frente Noroeste) el 11 de julio, en tanto que la penetración de Hoth hacia Vitebsk forzaba a su vecino meridional, el Veinte, a retroceder hacia el Sudeste, con lo cual desguarnecía su flanco derecho, quedando aislado en las fortificaciones de Polotsk y en una cabeza de puente en la orilla Oeste del Dvina. Las seis divisiones del Veintidós Ejército tenían que defender un frente de 280 kilómetros. El 12 y 13 de julio se abatió sobre ellas un ataque en el que participaban elementos de unas dieciséis divisiones de los Grupos de Ejército Norte y Centro. El 16, su frente se encontraba roto y amenazadas Velikiye Luki y Vitebsk, y con ellas todos los flancos y la retaguardia soviéticas. El general Konev ya había contraatacado y contenido la penetración alemana con dos divisiones de su propio Diecinueve Ejército y elementos del adyacente Veinte Ejército el 10 de julio, pero la situación a lo largo del borde meridional del eje de Smolensko se resquebrajaba con demasiada rapidez para que esas maniobras de emergencia surtieran efecto. El Grupo Panzer 2 de Guderian ocupó sendas cabezas de puente sobre el Dnieper al Sur de Orsha y al Norte de Novy Bykhov el 11, desde las cuales atacó a la mañana siguiente en dirección a Smolensko y Krichev, desbordando por Norte y Sur al Trece Ejército soviético. Cuatro de las divisiones de este último, con los restos del XX Cuerpo Mecanizado, quedaron pronto desconectadas del grueso de las tropas y se hicierou fuertes en una posición aislada en Mogilev, donde, hasta ser aplastadas dos semanas más tarde, tuvieron ocupados a dos cuerpos Panzer de Guderian, debilitando así su ofensiva contra Roslavl. Sin embargo, el resto del Trece Ejército se vio obligado a retroceder hacia el Este y el Sudeste, con lo que se desvanecía toda esperanza de contener a los alemanes al Oeste del Dnieper, a no ser que se les forzara a retroceder mediante una amenaza contra su retaguardia.

Timoshenko había pensado ya en la posibilidad de utilizar esa amenaza, y el día 13 había ordenado al Trece Ejército del general Gerasimenko que cruzara a la orilla Oeste del Dnieper y atacase hacia el Noroeste, en dirección a Bobruysk, a través de las líneas de comunicación de Guderian. Este movimiento suscitó una gran preocupación entre los generales del Grupo de Ejército Centro, en particular a Guderian, cuyas fuerzas se extendían cada vez más hacia el Este. Su 29 División Motorizada conquistó Smolensko el 29 de julio, pero el XXIV Cuerpo Panzer de su flanco derecho tenía que soportar los embates del Trece Ejército. Pese a ello, no sólo decidió perseverar en sus objetivos, sino que retiró el XLVI Cuerpo Panzer para ayudar a Hoth y envió al 3 Grupo Panzer a destruir las divisiones del Veintidós Ejército

La peor locura: Los aviones rusos, agrupados en los campos de aviación, ala contra ala, fueron destruidos a centenares a las pocas horas de empezar la operación «Barbarroja».





Los frentes de batalla: del 2 de junio al 5 de diciembre de 1941.

soviético copadas al Nordeste de Smolensko. En aquel caso estaba justificada su confianza, hasta el punto de que la acción del Trece Ejército fracasó, no sin que el avance hacia el Este en dirección a Roslavl, Yelnya y Dorogobuzh perdiera mucho ímpetu.

La STAVKA, a su vez, se alarmó ante la pérdida de Smolensko y la ruptura de la línea del Dnieper, ordenándose a Timoshenko que restableciera la situación. Se le enviaron más reservas y se organizó toda una segunda línea, el «Frente de Ejércitos de Reserva» detrás del Frente Occidental, a lo largo de una línea que corría desde Staraya Russa a Bryansk, pasando por Ostachkov y Yelnya. Al principio estuvo mandado por el teniente general I. A. Bogdanov (designado el 14 de julio, pero que fue sustituído por Zhukov el 30), y constaba nada menos que de seis nuevos ejércitos —el Veinticuatro, Veintiocho, Veintinueve, Treinta, Treinta y Uno y Treinta y Dos—, quedando estos dos últimos como reserva detrás de los otros. Aunque su apoyo aéreo era débil (sólo 153 aviones en condiciones de combate), supuso, con todo, un valioso refuerzo para el tambaleante Frente Occidental, aunque el deterioro inmediato del eje de Smolensko dio lugar a que se le empeñase en una maniobra ambiciosa emprendida el 25 de julio.

Se pretendía con este ataque aliviar la presión que sufría el grueso de las fuerzas del Frente Occidental por medio de una acometida desde Bely, Yartsevo y Roslavl, sobre los flancos del 2 Grupo Panzer, en dirección a Smolensko, para reconquistar esta ciudad y restablecer el contacto con las unidades cercadas al Oeste de la misma. Reagrupando cinco de los Ejércitos del Frente de Reserva se formaron otros tantos grupos, compuestos cada uno por cuatro divisiones acorazadas y dieciséis de infantería. Se integró al otro Ejército del Frente de Reserva, el Treinta y Dos, en un nuevo grupo (el Frente de la línea de Defensa de Mozhaysk), formado además por dos nuevos ejércitos, el Treinta y Tres y Treinta y Cuatro. Este nuevo Frente tenía como misión la de ocupar las posiciones denominadas Línea Defensiva de Mozhaysk, preparar obstáculos anticarros, tanto por delante como por detrás de la misma, y montar otra línea defensiva complementaria desde Nudol a Vysokinichi. Que se iba agudizando la alarma ante el peligro de Moscú lo demuestra la siguiente medida: Mozhaysk está a menos de 100 kilómetros de Moscú, y el general Artemyev, nombrado comandante del nuevo grupo de ejército, era el jefe del Distrito Militar de Moscú.

Para los alemanes, la batalla de Smolensko no presentaba un cariz muy desfavorable a finales de julio, aún cuando la resistencia soviética resultaba más firme de lo que se esperaba y estaba claro que se había pecado de exceso de optimismo al creer que estaría franco el camino de Moscú. En todos los demás sectores del inmenso frente, las perspectivas no eran muy alentadoras. El Grupo de Ejército Norte se había atascado temporalmente a orillas del río Luga, en tanto que el Grupo Sur parecía haber perdido de momento su ímpetu, con estar como estaba cerca de Kiev. Por aquel entonces Hitler parecía cada vez más partidario de desviar los esfuerzos del eje de Moscú para tratar de progresar por lo flancos. Pero Bock tenía un interés personal en mantener la presión a lo largo del frente de su Grupo, avivado por la impresión de que Hitler pudiera sentirse inclinado a privarle de parte de sus tropas si le parecía que se mostraba inactivo. Por eso, antes de que se produjera ningún cambio de orientación redobló sus actividades contra el aislado Veintidós Ejército soviético, desalojándolo de las fortificaciones de Polotsk y retirándose hacia el Nordeste. Pisándole los talones, veloces fuerzas Panzer se apoderaron de la ciudad y nudo de comunicaciones de Velikiye Luki el 20 de julio, amenazando con cortarle la retirada, pero un contraataque soviético organizado a toda prisa les desalojó de allí. Este respiro permitió al Veintidós Ejército atravesar ordenadamente el río Lovat. El 27 de julio se había hecho fuerte en la ribera Este, y allí se mantuvo, pese a los intentos alemanes de desbordarlo por el Sur, hasta finales de agosto, protegiendo, de este modo, el Frente Noroeste contra una penetración de flanco durante unas semanas críticas para los defensores del área de Leningrado.

Tanto para el estado mayor alemán como para el ruso, el eje de Smolensko conservaba su carácter crucial. Bock decidió eliminar a los Ejércitos soviéticos Dieciséis y Veinte, que defendían la ruta de Vyazma, la mayor ciudad, después de Smolensko, en la línea férrea y la carretera que llevaban directamente a la capital. Sin él saberlo, los rusos habían decidido emprender una acción que encajaría perfectamente en el marco de la ofensiva que se proponía desencadenar. En este aspecto, Bock era un hombre de

Mareados, descalzos, medio desnudos: los primeros prisioneros rusos.

suerte; al año siguiente volvería a ocurrirle lo mismo cuando, al frente del Grupo de Ejército Sur, se encontró con que las tropas de Timoshenko se precipitaban en la trampa que les tenía preparada. La STAVKA había decidido la conveniencia, desde el punto de vista operativo, de constituir otra comandancia de Grupo de Ejército que se ocupara de la lucha en el curso inferior del Beresina, dejando a cargo del Frente Occidental la zona de Smolensko y del río Sozh. El 24 de julio se organizó un nuevo «Frente Central», a las órdenes del coronel-general F.I. Kuznetsov, en el que se integraron los ejércitos Trece y Veintiuno del Frente Occidental. Así podía concentrarse este último en lo que la STAVKA seguía considerando su principal cometido, la reconquista de Smolensko, y a ello consagró su energía una vez que se le hubo descargado de la responsabilidad del sector del Beresina. El 23 de julio desde Roslavl, y el 24 y 25 desde las zonas de Bely y Yartsevo, Timoshenko lanzó hacia el Oeste a los ejércitos Dieciséis y Veinte, al mismo tiempoque Bock arrojaba a los Panzer sobre su retaguardia. El 27 de julio, el Dieciséis Ejército se había apoderado de la estación de ferrocarril de Smolensko y se batía en los arrabales septentrionales de la ciudad, mientras que el Veinte Ejército se encontraba cerca de sus límites orientales, pero para entonces los dos se encontraban cercados. Timoshenko les ordenó retroceder y abrirse paso hacia el Este, pero fueron muchos los que no lo consiguieron. Aunque ninguno de los dos ejércitos quedó eliminado, regresaron a las líneas soviéticas el 4 y el 5 de agosto con su capacidad combativa mermada en extremo. Entre tanto había ocurrido algo que, de haber llegado a oídos de los preocupados jefes soviéticos, les hubiera tranquilizado. Hitler había dictado su Directriz N.º 34, en la que mandaba al Grupo de Ejército Centro suspender su avance sobre Moscú y pasar a la defensiva. Había terminado la primera fase de la batalla de Smolensko. Las pérdidas soviéticas fueron enormes (más de 300.000 prisioneros y 3.200 carros destruídos), pero se ha-



Refugiados rusos y un carro abandonado.

bían reproducido las dudas del Führer acerca de la importancia relativa de los tres principales objetivos a la vista de las dificultades con que tropezaba la ofensiva en el centro con la consiguiente orden al 3 Grupo Panzer de apoyar en el área de Leningrado y al 2 Grupo acudir en ayuda del Grupo de Ejército Sur.

La STAVKA, muy ajena a esto y convencida de que Moscú era el principal objetivo alemán, supuso que al fallido ataque frontal seguiría una serie de maniobras envolventes contra la capital desde Norte y Sur. Se decidió, por tanto, a lanzar tres ejércitos del Frente Occidental contra el Noveno Ejército alemán, que formaba el flanco Norte del Grupo Centro y al cual se consideraba, por ello, en posesión de la base de partida de la pinza septentrional de ese movimiento de tenaza. Para desbaratar la pinza meridional, al «Frente de Ejércitos de Reserva» se le rebautizó con el nombre de «Frente de Reserva», poniéndolo a las órdenes de Zhukov el 30 de julio, con la misión de barrer a los alemanes del saliente de Yelnya, hincado en los costados del Frente Occidental. Para precaverse contra la posibilidad de que la pinza meridional de cualquier movimiento en forma de tenaza contra Moscú surgiera de más al Sur, a través de Bryansk y a lo largo de la principal carretera y línea de ferrocarril de Kiev, se creó un nuevo grupo de ejército, el Frente de Bryansk, al mando del teniente general A. I. Yeremenko, con los ejércitos Trece y Quince. El 14 de agosto quedó formado este frente.

Aun cuando la Directriz N.º 34 había puesto fin, de momento, a la ofensiva directa contra Moscú, no quiere decir esto que cesaran totalmente las actividades alemanas a lo largo del eje central. La ayuda al Grupo Sur implicaba, entre otras cosas, la derrota del Frente Central, que cubría el flanco Norte de las fuerzas soviéticas de Ucrania, y la eliminación del saliente formado por el ala derecha del mismo (las posiciones del Veintidós Ejército a lo largo del río Lovat) que desbordaba por el Norte al Grupo de Ejército Centro.

Las ofensivas alemana y soviética comenzaron casi al mismo tiempo, en los

Arriba: **Alemanes a la espera, antes d iniciar otro ataque.** Derecha: **Prisioneros más prisioneros.**



primeros días de agosto, cuando lo ejércitos Dieciséis, Veinticuatro y Treinta del Frente Occidental atacaron co escaso éxito al Noveno Ejército alemán Este se retiró a la orilla occidental d río Vop, donde se mantuvo sin mayore dificultades. Como justificación de est operaciones, los cronistas oficiales so viéticos afirman que se inmovilizó a d cho ejército, impidiendo su utilizació en otro punto, pero la verdad es que OKH no tenía proyectado su empleo e ninguna otra parte ni necesitaba apr miantemente sus servicios; el problem estribaba en que, de todas sus fuerzas sólo el veinte por ciento estaban dot das de gran movilidad, y el Noveno Ejér cito pertenecía precisamente al ochent por ciento restante, a la infantería ord naria, siendo gran parte de sus medio

de transporte de tracción animal, que no escaseaba aquel verano. La conclusión ineludible es que la ofensiva soviética no rindió apenas fruto, como revela el hecho de que se confiaran nuevas misiones a los Frentes Occidental y de Bryansk el 25 de agosto.

El 22 los alemanes atacaron violentamente en el punto de enlace de los ejércitos Veintidós y Veintinueve, con el fin de envolver a las fuerzas soviéticas en l zona de Velikiye Luki y el río Lovat. A día siguiente se encontraba rodeada l mayor parte del Veintidós Ejército sólo pudo escapar hacia el Este a cost de numerosas bajas y la pérdida de ca todo su material pesado. El Vigésimono veno se replegó sobre sus vecinos y po fin se frenó a los alemanes a lo largo de curso superior del Dvina occidental.

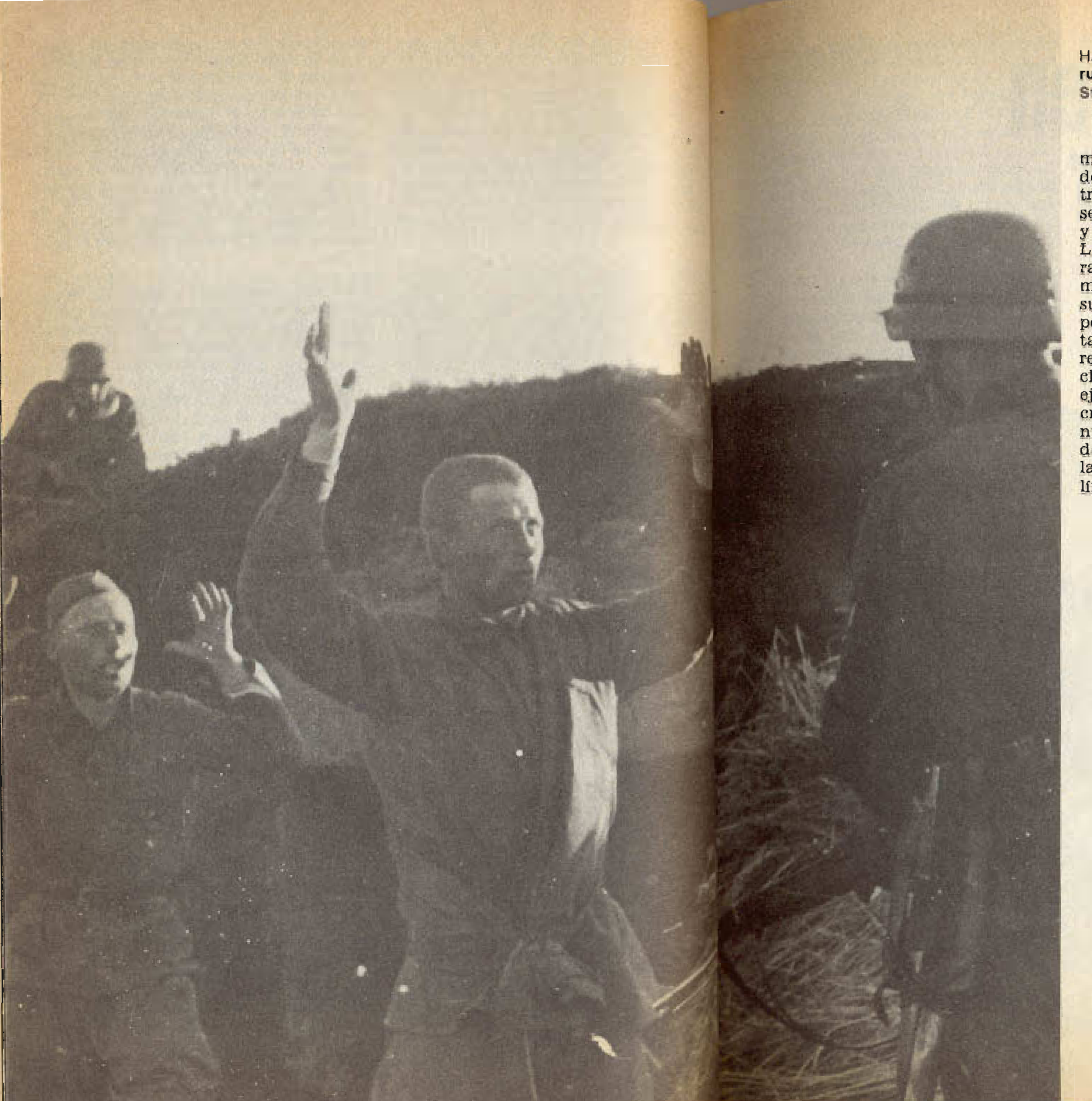
Los nuevos cometidos asignados el 2 de agosto por la STAVKA a los Frentes Occidental, de Bryansk y de Reserva todavía tendían a la reconquista de Smolensko, pero al destinar este último a tales operaciones reconocía de manera implícita la insuficiencia de las desencadenadas anteriormente por los tres ejércitos del Frente Occidental. Este continuaría presionando al Nordeste de Smolensko y cooperaría con el Frente de Reserva para alcanzar la línea Velizh-Demidov-Smolensko el 8 de septiembre. El Frente de Reserva tenía que emplear los dos ejércitos de su ala izquierda para expulsar a los alemanes del saliente de Yelnya, mientras el resto de sus fuerzas continuarían trabajando en las fortificaciones de la línea defensiva Ostashkov-Kirov. El frente de Bryansk atacaría el 2 de septiembre y avanzaría al Sur de Krichev amenazando, de este modo, a los alemanes que ocupaban Smolensko con un movimiento desbordante desde el Sur.

De todas estas operaciones, la única victoriosa fue la emprendida por Zhukov contra el saliente de Yelnya, puesto que, pese a las cuantiosas pérdidas soviéticas, se logró eliminarlo, con innumerables bajas, también, por parte alemana. Tan apurado de tropas de refresco se hallaba Guderian que, en cierta ocasión, tuvo que recurrir a la misma guardia de su comandancia. El 13 de agosto propuso «abandonar el saliente, ahora que carecía de justificación (debido al abandono temporal del avance sobre Moscú) y constituía una constante fuente de bajas». Bock y el OKH desoyeron su propuesta. Con todo, el 5 de septiembre se ordenó al Cuarto Ejército que se retirara. De este modo se simplificó sobremanera la defensa de las líneas alemanas, que quedaban muy acortadas. Zhukov reiteró sus acometidas durante algunos días más, pero el 12 de septiembre Stalin le encomendó el mando de Leningrado, donde parecía inminente el derrumbamiento total. El 10 de septiembre se ordenó al Frente Occidental mantenerse a la defensiva y análogas instrucciones se impartieron al de Reserva. Con la catástrofe que se cernía sobre el Sur era imprescindible ahorrar energías en el centro.

Así terminó la batalla de Smolensko. Las pérdidas soviéticas habían sido elevadísimas, pero los resultados no eran del todo insatisfactorios. No podía afirmarse que se hubiera detenido a los ale-



Las mujeres, apenadas, presencian la marcha hacia el Oeste de sus derrotados padres, esposos e hijos, camino de un cautiverio de años de miseria en los campos alemanes.



Hände hoch!: Dos sorprendidos soldados rusos entregan un baluarte de la Línea Stalin a los alemanes vencedores.

manes, pero se había reducido su ritmo de avance diario de los veintiocho a treinta y dos kilómetros de las primeras semanas a unos seis u ocho en agosto, y en algunos puntos, como en Velikiye Luki y Yelnya, se había forzado su retirada. A la par que se aminoraba su ritmo de avance diario se acrecentaban sus bajas, no de manera espectacular, pero sí hasta los nueve muertos y treinta y dos heridos por división y día. En resumen, por una reducción de su marcha del setenta y cinco por ciento, el ejército alemán tenía que pagar un incremento del cincuenta por ciento en el número de bajas. Y se había demostrado que su principal objetivo —la aniquilación del Ejército Rojo al Oeste de la línea Dnieper-Dvina— era inasequible.

Desastre en el Dnieper



El general von Kleist: Su 1 Grupo Panzer formaría el arco meridional de la tenaza que representaría la mayor maniobra envolvente de la historia de la Wermacht.

Como ya se ha dicho, mucho altos mandos del Ejército alemán —entre ellos el comandante en jefe, mariscal de campo Von Brauchistch, el jefe del Estado Mayor, coronel-general Halder, y el mismo Rundstedt— se oponían a la invasión de Rusia. Para acallar sus objeciones, Hitler había tenido que idear un plan encaminado a conseguir un triunfo rápido mediante la destrucción del grueso del Ejército Rojo antes de que se retirara al otro lado del Dnieper.

La ejecución de este plan obligaba a realizar rápidas maniobras envolventes que atrapasen al mayor número de fuerzas posible, con el riesgo de que gran parte de ellas se escapasen por entre las gruesas mallas de la red. Para evitar este último invonveniente era necesaria la participación de las fuerzas Panzer de dos Grupos de Ejército. De lo contrario habría que limitarse a operaciones más modestas, dejando fuera de la tenaza a la mayor parte del Ejército Rojo. Sólo el Grupo de Ejército Centro disponía de dos Grupos Panzer, lo que exigía su intervención en toda maniobra envolvente de gran evergadura, a no ser en los extremos del frente, donde se podía acorralar al enemigo contra la costa. Así, pues, el Grupo Centro era la clave para la consecución de cualquier objetivo estratégico.

Cada Grupo de Ejército tenía la mira puesta en una presa particularmente atrayente. El Grupo Norte, en Leningrado, cuna de la Revolución de Octubre que llevó a los comunistas al poder en 1917, antigua capital del imperio ruso y base principal de la flota del Báltico. El Grupo Centro, en Moscú, la capital, importante sede industrial, centro de las comunicaciones ferroviarias y por carretera de la Rusia europea y ciudad sagrada no sólo del comunismo sino de la «madre Rusia». El objetivo principal del Grupo Sur era Kiev, la tercera ciudad en importancia de la Unión Soviética, gran centro industrial, pero que era, a la vez, la llave de acceso a la todavía más importante región industrial de Jarkof, uno de los principales centros productores de maquinaria pesada, carbón y petróleo del país. Debido a la insuficiente red de comunicaciones, la mayor parte del petróleo del Cáucaso tenía que pasar, también, por el extremo oriental de esta región para llegar al resto de Rusia. Por lo tanto, esas tres ciudades constituían objetivos políticos y económicos de primer orden, y su importancia para la Unión Soviética era tal que no podía dejar indefensa a ninguna de ellas. Al atacarlas se obligaría a entrar en acción al grueso del Ejército Rojo, al que Stalin y la STAVKA contribuían a ponerle la soga al cuello con su insistencia en la defensa en extensión y en los estériles ataques frontales. Con su oposición a las retiradas estratégicas favorecían los designios de Hitler, a los que nada convenía más que un adversario en posición avanzada.

En la mente de Hitler, Ucrania empezaba a desplazar ya a los otros dos objetivos, cuando el 8 de julio manifestó que, de todos modos, pensaba arrasar Leningrado y Moscú —cosa que le parecía factible nada más que con la aviación— y que, de momento, el 2 Grupo Panzer, que formaba el ala meridional del Grupo de Ejército Centro, debía continuar hacia el Este con el fin de cubrir la dirección de Moscú por si más tarde resultaba necesario desviar parte del Grupo de Ejército Centro hacia el Sur. Con ello quedaba aplazada, momentáneamente, toda decisión.

El mismo día, Halder le presentó una información sumamente optimista. En ella se afirmaba que, de las 164 divisiones rusas conocidas, habían sido aniquiladas 89 y que, de las restantes, 18 se encontraban en frentes secundarios, de 11 no se tenían noticias, y sólo se sabía de 46 que se encontrasen en condiciones de combatir. Brauchitsch formuló entonces la modesta proposición de que se explotase el triunfo de Berchev lanzando a los Panzer de Kleist hacia el Sur sobre la retaguardia de los ejércitos Sexto y Veinte, con el fin de forzar un «desenlace parcial».

Por su parte, Hitler se inclinaba por la captura de Kiev y el avance a lo largo

de la margen Oeste del Dniepper para forzar un «gran desenlace». Brauchitsch objetaba que eso era imposible debido a las dificultades de abastecimiento y Hitler admitió que, ante todo, era preciso tantear la resistencia de Kiev. Y ahí se dejó de momento la cuestión, en las hábiles manos de Rundstedt. Este destacó a Kleist sobre Kazatin, que fue tomada el 15 de julio. Con ello se cortaba la única línea férrea lateral del Frente Sudoccidental, y Budenny empezó a batirse en retirada hacia la curva del Dnieper.

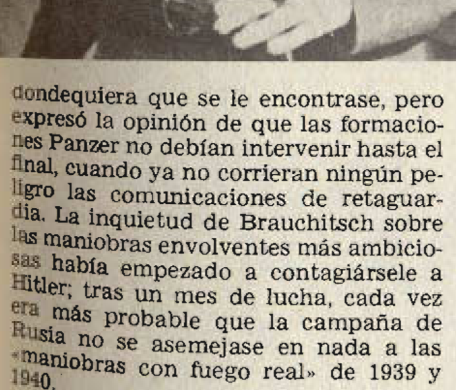
Pero el molesto Quinto Ejército soviético permaneció en Koroste, nublando con su presencia la halagüeña perspectiva ofrecida por Kiev junto con el carbón, la agricultura y la industria ucranianas. Había que resolver este problema y el 17 de julio se consultó a Hitler sobre la medida más conveniente.

El resultado fue la Directriz N.º 33 del OKW, dictada el 19 de julio, que dispuso que, una vez rematadas las operaciones de Smolensko, el 2 Grupo Panzer y la infantería del Segundo Ejército se dirigieran hacia el Sudeste para aplastar al Veintiún Ejército soviético (que se encontraba frente al ala derecha del Grupo de Ejército Centro) y, a continuación, con la ayuda del Grupo Sur, destrozasen al Quinto Ejército soviético. Al mismo tiempo, se lanzaría un ataque concéntrico del Grupo de Ejército Sur sobre la retaguardia de los ejércitos soviéticos Sexto y Doce con el fin de eliminarlos también. Las otras fuerzas acorazadas del Grupo Centro, constituidas por el 3 Grupo Panzer, se dirigirían al Nordeste para cooperar con el Grupo de Ejército Norte, dejando el avance sobre Moscú a cargo de la infantería del Grupo de Ejército Centro.

Con esta decisión se renunciaba a cualquier operación definitiva contra el grueso del Ejército Rojo, situado en el centro. El derrumbamiento de los frentes contiguos al Norte y al Sur le forzaría a la retirada, pero no se llevarían a cabo en su zona grandes operaciones envolventes.

Dos días después, Hitler, en su primera visita al frente oriental, hizo un alto en la comandancia del Grupo de Ejército Norte para exponer algunas de sus ideas. Era urgente la toma de Leningrado para hacer cesar los ataques de la flota del Báltico contra los cargamentos de mineral de hierro enviados desde Suecia a Alemania. El 3 Grupo Panzer colaboraría con el Grupo de Ejército Norte interceptando el ferrocarril Leningrado-Moscú, para dificultar los movimientos de tropas en la zona; esta acción se emprendería tan pronto como pudiera disponerse de aquél, es decir, en unos cinco días. La capital no le preocupaba, ya que «para mí —agregó—, Moscú no es más que un concepto geográfico». Debido a la situación general y a la «inestabilidad del carácter eslavo», la caída de Leningrado podía desencadenar el hundimiento total de la resistencia soviética.

El 23 de julio tuvo lugar otra conferencia entre Hitler, Brauchitsch y Halder, en la que este último comunicó que las fuerzas soviéticas que se enfrentaban a las alemanas ascendían a noventa y tres divisiones, trece de ellas acorazadas. Ninguno de los participantes pareció hacer ningún comentario sobre el hecho de que, en los quince días transcurridos desde su último informe —quince días de operaciones encarnizadas y victoriosas para la Wehrmacht— las fuerzas soviéticas parecieran haberse duplicado. Pero estaba claro que la denodada resistencia empezaba a ser motivo de preocupación, como lo demuestra el propio diario de Halder. A pesar de las palabras que éste pronunciara dos días antes, empezaban a advertirse asomos de incertidumbre. Halder hizo saber que la capacidad de combate de las divisiones de infantería alemanas era el ochenta por ciento de la que poseían el 22 de junio, mientras que la de las formaciones Panzer había descendido a un cincuenta por ciento. Señaló, asimismo, que el Grupo de Ejército Sur se encontraría en la otra orilla del Dnieper a mediados de agosto, que habría que esperar una resistencia sumamente dura en dirección a Moscú y que las operaciones del Grupo de Ejército Norte parecían haber fracasado.



Hitler recalcó entonces su convicción de que se debía aplastar al enemigo dondequiera que se le encontrase, pero expresó la opinión de que las formaciones Panzer no debían intervenir hasta el final, cuando ya no corrieran ningún peligro las comunicaciones de retaguardia. La inquietud de Brauchitsch sobre las maniobras envolventes más ambiciosas había empezado a contagiársele a Hitler; tras un mes de lucha, cada vez era más probable que la campaña de Rusia no se asemejase en nada a las «maniobras con fuego real» de 1939 y 1940.

Ese día dictó Hitler un suplemento a la Directriz N.º 33 en que se señalaban futuras misiones. Ordenaba al Grupo de Ejército Sur cruzar el Don en dirección al Cáucaso, después de adueñarse de la región industrial de Jarkof, misión que todavía le restaba por cumplir. Brauchitsch protestó que la nueva tarea era imposible a la vista de la situación actual del frente, pidiendo que se dejase en suspenso hasta la conclusión de las operaciones en curso; al negarse el OKW, recurrió a Hitler.



Hitler decide: Ucrania debe ser conquistada antes que Moscú. Rundstedt (derecha) parece escéptico.

Hitler se negaba a esperar a que estuviese ganada una batalla para empezar a pensar en la siguiente, aprovechó la ocasión que se le brindaba para exponer sus ideas acerca de cómo debían librarse las batallas móviles, ahora que ya se poseía alguna experiencia de la lucha contra el Ejército Rojo: mientras el enemigo resistiese con obstinación, estuviera mandado con resolución y dispusiera de fuerzas suficientes para contraatacar, no se deberían emprender contra él acciones de demasiada envergaruda. Las unidades Panzer tendrían que limitarse a operaciones reducidas de cerco, dejando a la infantería la tarea de consolidar rápidamente las victorias.

En suma, se seguirían persiguiendo los mismos fines grandiosos, pero con medios más modestos. La prudencia aconsejaba tener en cuenta las informaciones de Halder sobre la disminución

de los efectivos de las fuerzas Panzer a su mitad en el primer mes de guerra. Pero si Hitler no quería que se tachase su carácter de inestable, como había hecho él mismo recientemente a los eslavos, era preciso adecuar proporcionadamente los fines perseguidos a los medios disponibles.

Brauchitsch y Halder se marcharon disgustados y redactaron un documento en el que expresaban sus puntos de vista. Era posible atacar Moscú sólo con la infantería, siempre que no se pretendiesen resultados rápidos, pero para conseguir algo definitivo era indispensable la intervención de los Grupos Panzer 2 y 3, ninguno de los cuales estaría disponible antes de los primeros días de septiembre. Así que el plan de Hitler concedería al enemigo un mes de ventaja en el que allegar nuevas fuerzas y reforzar las líneas defensivas. Además, los fuertes contingentes soviéticos agrupados ante Moscú constituían una amenaza para los flancos de los otros grupos de ejércitos y exigían una dispersión de esfuerzos para protegerse de ellos mientras subsistieran. Por lo que se refería a la idea de destruir Moscú desde el aire, no había expectativas inmediatas de que la Luftwaffe consiguiese bases lo bastante cercanas como para operar en la escala necesaria.

El OKH volvió a solicitar que se reconsiderasen las misiones asignadas al Grupo de Ejército Centro, a la par que admitía que podía existir factores económicos decisivos desconocidos para sus miembros (Hitler era muy dado a afirmar que sus generales no entendían nada de economía, y a fundarse en factores económicos para justificar decisiones militares con las que aquellos no estaban de acuerdo). Naturalmente, el OKH haría lo que se le mandase, pero se hallaba sumido en la mayor incertidumbre ante las posibles consecuencias. Estaba claro que el objetivo soviético consistía en resistir hasta el invierno y, si lo conseguía, en la primavera siguiente Alemania tendría que enfrentarse con nuevos ejércitos y podría verse envuelta





Izquierda: **Zapadores alemanes talando árboles.** Arriba: **Un soldado alemán y su prisionero.**

en la guerra en dos frentes que había tratado de evitar. El OKH argüía que la mejor solución estribaba en la ofensiva contra Moscú. A los rusos no les quedaría más remedio que resistir y combatir allí. Si se ganaba la batalla, se habría conseguido el dominio de la sede del gobierno, del centro industrial y del núcleo de la red ferroviaria. Rusia quedaría partida en dos. Un objetivo de tal importancia debía gozar de prioridad sobre otros secundarios destinados a fraccionar al Ejército Rojo.

El alegato era firme y convincente, aunque respetuoso, y su argumentación estaba sólidamente construída. El general Jodl trató incluso de reforzar sus razones señalando que, puesto era inevitable que los rusos resistieran y defendieran su capital a toda costa, el ataque contra Moscú sería la expresión máxima de la consigna de Hitler de aplastar al enemigo dondequiera que se hallase.

Pero no se llegó a presentar nunca ese documento. Mientras el Alto Mando alemán debatía si sería posible acabar con el oso soviético en los dos meses siguientes o habría que contentarse con dejarlo malherido, el mariscal Timoshenko desencadenó una contraofensiva en el centro con varios ejércitos recién reclutados, en un intento de aliviar la presión ejercida sobre la enorme bolsa de tropas cercadas en Smolensko. De momento hubo que dejar de pensar en Moscú, Leningrado y Kiev, y se hizo de rigor la improvisación.

Las acometidas soviéticas fracasaron en su objetivo inmediato: arrebatar la iniciativa al Grupo de Ejército Centro y rescatar a los ejércitos soviéticos atrapados, Dieciséis y Veinte. Faltó preparación y fueron muchos los ataques frontales inútiles, probablemente porque Timoshenko, al ignorar cuán estiradas estaban las líneas alemanas, tendía a so-



breestimar el peligro inmediato de Moscú. Pero su misma combatividad, y la aparición de gran número de nuevas formaciones, recrudeció aún más las diferencias de opinión en el seno del Alto Mando alemán, provocando otra división de esfuerzos adicional.

El primer fruto de la precipitada contraofensiva soviética fue una reunión de los comandantes de los ejércitos del Grupo de Ejército Centro el 27 de julio en Novy Borisov. Guderian llegó con la esperanza de que se le ordenase seguir hasta Moscú, o por lo menos hasta Bryansk, pero se encontró con un memorándum de Brauchitsch en el que se descartaban ambas opciones y se indicaba que gozaba de prioridad la aniquilación de las fuerzas soviéticas sitas en la «zona de Gomel»: el Quinto Ejército soviético.

Guderian se quedó estupefacto. Le parecía inconcebible que a él, el hombre que con sus estudios y desvelos había dotado a Alemania del arma con la que

Arriba: **Una patrulla alemana durante el avance.** Derecha: **La dotación vigilante de una ametralladora.**

había conquistado la mayor parte de Europa, se le pidiera dar la vuelta para «avanzar hacia atrás» con el fin de aplastar un foco de resistencia del que debiera encargarse la infantería. Por supuesto, Brauchitsch se limitaba a poner en práctica las indicaciones formuladas por Hitler con motivo de la discusión de la Directriz N.º 33. Guderian no estaba enterado de nada, a no ser por lo que pudo ir deduciendo de las palabras de los jefes reunidos. Sabía que, de todos ellos, el que menos entusiasmo sentía por las correrías de sus unidades blindadas era el mariscal de campo Von Kluge, comandante del Cuarto Ejército, al que estaba unido por una incómoda relación de subordinación. No es probable, por tanto que captase todo el alcance del debate o de los factores en juego, y abandonó la conferencia con un talante de dignidad ofendida, sin que bastara a aplacarle el hecho de que se diera al Grupo Panzer 2 el nombre de «Grupo de Ejército Guderian», y se le pusiera a las órdenes directas no de Kluge, sino del comandante en jefe del Grupo Centro.

Guderian aprovechó su emancipación de Kluge —individuo tortuoso, llamado en el ejército «Kluger Hans» (Hans el Taimado), que no era el más indicado para despertar la adhesión de sus colegas— para tergiversar y desvirtuar el sentido de las instrucciones recibidas en Novy Borisov. Estaba convencido de que la principal amenaza contra el Grupo de Ejército Centro no provenía del Quinto Ejército soviético, en su remota retaguardia, sino de las fuerzas que se estaban concentrando sobre su flanco derecho al Norte de Roslavl y mantuvo su criterio «con independencia de cualquier decisión que adoptara Hitler».

La amenaza que vislumbraba tomó la forma de una agrupación denominada por la STAVKA «Grupo de Fuerzas del Veintiocho Ejército, mandado por el teniente general Kachalov y reunido para socorrer la bolsa de Smolensko. Guderian propuso a Bock apoderarse de Roslavl, aduciendo que su posesión les depararía el dominio de las rutas hacia el Este, el Sur y el Sudeste. Así tendrían más posibilidades para continuar la ofensiva. Para ello se le adjudicaron otras fuerzas (las cuatro divisiones del VII Cuerpo de Ejército), mientras las divisiones Panzer retiradas del saliente de Yalnya y destinadas a la nueva operación eran sustituídas por el XX Cuerpo de Ejército (dos divisiones). Se le dotó asimismo, de una división de caballería.

Los preparativos duraron unos días, durante los cuales Guderian recibió varias visitas. El 29 de julio llegó el primer ayudante de campo de Hitler, el coronel Schmundt, con el pretexto de imponerle las Hojas de Roble de su Cruz de Hierro, pero en realidad para discutir con él sus planes. Indicó que Hitler todavía no se había decidido entre Leningrado, Moscú



o Ucrania. No es fácil saber si Schmundt, al expresarse así, hacía un alarde de discreción o de estupidez, puesto que el Führer venía mostrando desde hacía algún tiempo su falta de interés por Moscú y estaba a punto de dictar la Directriz N.º 34, en la que se ordenaba al Grupo Centro cesar en su avance sobre la capital y pasar a la defensiva.

Guderian aprovechó la ocasión para reclamar con ahínco una ofensiva directa contra Moscú y solicitar más carros y motores. El 31 de julio se presentó en su cuartel general un oficial de enlace del OKH, el comandante Von Bredow, para informarle de que «el OKH y el jefe del Estado Mayor Central están empeñados en una ingrata tarea, ya que se controla desde muy arriba la dirección de las operaciones. Todavía no se han tomado decisiones definitivas sobre el curso de los futuros acontecimientos». En otras palabras, se formaba una queja implícita contra las intromisiones de Hitler, y una invitación tácita del OKH a Guderian para que influyese con sus propias acciones sobre las decisiones pendientes.

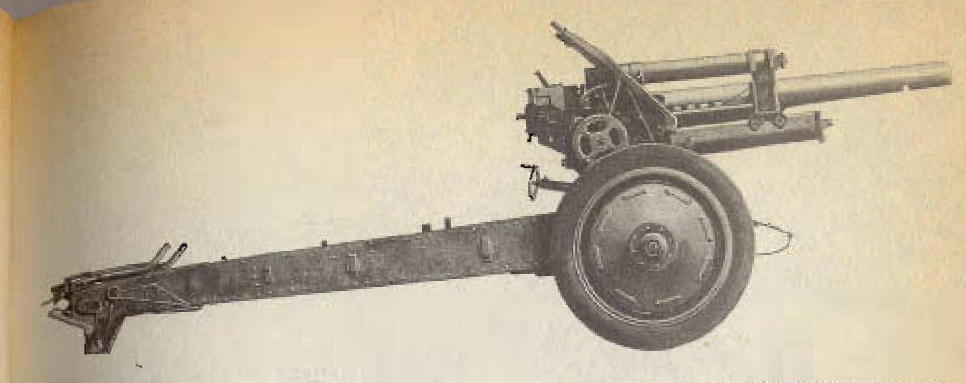
El 1 de agosto se lanzó el ataque contra Roslavl. El día 3 la ciudad se encontraba ya en poder de los alemanes, con 38.000 prisioneros y 200 cañones, y el 8 había cesado toda resistencia. Había sido una victoria rápida y brillante, pero su misma facilidad, así como el escaso número de cañones capturados, debía de haber mostrado a Guderian que se había equivocado. Las fuerzas concentradas no representaban ninguna amenaza de peso. Apenas tres divisiones, con sus elementos de apoyo: bien poco, medido a la escala del Frente Oriental. Pero ni Guderian, ni ningún otro general alemán, parecen haber parado mientes hasta la fecha en este aspecto de la diversión de Roslavl.

Habían pasado ya once días desde que se decidiera eliminar al Quinto Ejército soviético sin que se hubiera hecho nada. Ese fallo no podía quedar compensado ni siquiera con la conclusión de la batalla de Smolensko el 5 de agosto, saldada con la aniquilación del Dieciséis Ejército y del XIII Cuerpo Mecanizado soviéticos, además de algunas unidades de los Ejércitos Diecinueve y Veinte y con la captura de 300.000 prisioneros, 3.200 carros de combate y 3.100 cañones.

El episodio de Roslavl tampoco facilitó en nada la tarea del Grupo de Ejército Sur. Sirvió únicamente para mantener abierta la opción de Moscú, con el Grupo Panzer 2 en posición avanzada. Quedaban por considerar sus efectos sobre la batalla por la conquista de la Ucrania situada en la orilla derecha del Dnieper.

Hitler había ordenado cerrar la bolsa de Uman el 24 de julio. Aunque Kleist abrigaba aspiraciones más ambiciosas —a saber: rodear Kiev desde el Sur con un cuerpo y lanzar los otros dos a través de la retaguardia de los frentes soviéticos Sudoeste y Sur— cumplió sus decisiones sin aparente protesta. El 30 de julio cortó la columna de tropas soviéticas que se retiraban de la bolsa, giró hacia el Sudoeste y el 3 de agosto enlazaba con las avanzadas del Decimoséptimo Ejército del coronel-general Stülpnagel cerca de Pervomaisk, dejando cercados dos ejércitos soviéticos (el Dieciséis y el Doce) y parte de otro (el Catorce), con un total de quince divisiones de infantería y cinco acorazadas. Aun cuando algunas unidades soviéticas consiguieran abrirse paso con las armas en la mano, en la bolsa cesó toda resistencia el 8 de agosto. Se hicieron unos 100.000 prisioneros, junto con los jefes de los dos ejércitos atrapados (los generales Muzychenko y Ponedelin), tomándose 317 carros de combate y 1.100 cañones.

Al extremo Sur del frente, en el que el peso de la lucha recaía sobre los ejércitos rumanos Tercero y Cuarto, los acontecimientos evolucionaron lentamente al principio, pero la retirada de las fuerzas soviéticas al interior de la bolsa de Uman dejó muy debilitadas las defensas terrestres y el 5 de agosto Odesa se encontraba sitiada y no era accesible más que por mar. La situación tomaba mal cariz para el Ejército Rojo en el Sur y empezaron a afluír las reservas soviéticas a la zona. Pero la STAVKA no había olvidado las enseñanzas de sus anteriores errores. Esta vez no se hizo entrar en acción gradualmente a unas unidades



El obús ruso M1938, de 122mm, se mantuvo en servicio de primera línea durante toda la guerra y aún años después. Era un arma convencional y bien acabada y, como casi todos los cañones soviéticos, tenía un gran alcance a pesar de su peso. Peso: **2,2 toneladas.** Alcance: **12.000 m.** Peso del proyectil rompedor: **9 kg.** Cadencia de tiro: **entre ocho y diez disparos por minuto.**



El mortero soviético de 107mm M1938, utilizado para el apoyo de la infantería; fue el arma reglamentaria durante muchos años. En el montaje se añadió un amortiguador para reducir la tendencia de la placa base a enterrarse en un suelo blando. Peso en acción: **155 kg.** Alcance: **6.300 m.** Peso del proyectil: **8,5 kg.** Cadencia de tiro: **Veinte a veinticinco disparos por minuto.**



El mortero soviético de 82mm M1937 —arma reglamentaria y muy común que la infantería soviética tuvo a su servicio muchos años— era un arma artillera de cañón liso; disparaba al dejarse caer el proyectil, que era un proyectil con aletas. Peso en acción: **60 kg.** Alcance: **3.000m. con proyectil ligero, y 1.230m. con el pesado.** Proyectiles, rompedores: **3, 4 y 7 kg.** Cadencia de tiro: **Veinte a treinta disparos por minuto.**



La «G blanca» en marcha: La infantería del grupo de Guderian se dirige hacia el Sur, montada en un carro marcado con la inicial de su jefe.

faltas de preparación suficiente. Las nuevas divisiones (diez para el Frente Sudoeste, doce para el Frente Sur y dos para el de Reserva) fueron destinadas principalmente a preparar una línea defensiva a lo largo de la orilla Este del Dnieper y a ayudar a desmontar la maquinaria industrial para instalarla en el Este o asegurarse al menos de que no pudieran utilizarla los alemanes.

Por lo que se refería al Ejército Rojo, no debían producirse más rendiciones en masa de las unidades cercadas, y se adoctrinó a las tropas en este sentido.

Hitler tropezaba de nuevo con dificultades con sus generales. en particular con los del Grupo de Ejército Centro, sobre los cuales Moscú seguía ejerciendo una fatal atracción. El 4 de agosto llegó a Bory Borisov para celebrar una conferencia más bien insólita: en vez de permitir que la solidaridad profesional se volviese en contra suya, se entrevistó separadamente con cada uno de los comandantes de ejército, empezando con el coronel Heusinger, representante de Halder, y siguiendo con Bock, Guderian y Hoth.

Aunque todos recomendaron la ofensiva contra Moscú, Bock afirmó que estaba dispuesto para empezar inmediatamente, en tanto que los dos comandantes de sus Grupos Panzer reconocieron que no era posible. Guderian no estaría preparado hasta el 15 de agosto y Hoth necesitaría cinco días más, pero ambos coincidían en su necesidad de motores de carros de combate. Hitler prometió a regañadientes 300 para la totalidad del Frente Oriental: Guderian calificó con razón esa cifra de insuficiente, pero Hitler se mantuvo inconmovible, negándose, asimismo, a suministrarles nuevos carros, con el pretexto de que los necesitaba para equipar las nuevas unidades que se estaban formando en Alemania. Guderian volvió a insistir en la necesidad de reponer las pérdidas, ya que el Ejército Rojo, a pesar de las que había sufrido, seguía en posesión de la superioridad numérica. Hitler, como respuesta, formuló entonces la extraordinaria observación de que, si hubiera creído la estimación hecha por Guderian en 1937 sobre los efectivos acorazados soviéticos, no habría desencadenado la guerra.

Guderian salió de la entrevista resuelto a preparar el ataque contra Moscú cualesquiera que fuesen las intenciones de Hitler; este volvió a su cuartel general de Rastenburg, en Prusia Oriental, sin tener la menor duda de su impopularidad en el Grupo de Ejército Centro.

La observación que hizo a Guderian sobre los efectivos de carros de combate soviéticos mostraba que empezaba a concebir dudas sobre el triunfo final, a pesar de los éxitos cosechados hasta entonces. Muchos de sus generales se sentían ya inquietos ante la tenaz y enconada resistencia del Ejército Rojo, al mismo tiempo que, según se reflejaba en las cartas que remitían a sus casas, los mismos soldados se sentían angustiados ante aquellas llanuras al parecer infinitas. Además, por muchos rusos que matasen o capturasen, al día siguiente se encontraban con un Ejército Rojo, al parecer, intacto.

Se había convertido en una cuestión de amor propio. El OKH, aunque a regañadientes, seguía obedeciendo; el Grupo de Ejército Centro, hipnotizado por Moscú, desvirtuaba abiertamente las órdenes que recibía del OKH; y Guderian trataba obstinadamente de mantener a sus Panzer en posiciones desde las cuales pudieran reanudar su marcha hacia el Este. Entre tanto, el Grupo Panzer 3 se aprestaba a ocupar sus posiciones según lo ordenado, para ayudar al Grupo de Ejército Norte en su ofensiva sobre Leningrado. Al parecer, su comandante, Hoth, era el único jefe del Grupo Centro que seguía creyendo en el cumplimiento de las órdenes recibidas.

Lo único que se consiguió fue una dispersión de esfuerzos y energías, sin el logro de ningún objetivo. Mientras Guderian se inventaba pretextos para no retroceder a Gomel a ocuparse del Quinto Ejército soviético y presentaba planes inaceptables para conquistar Moscú, el

Grupo de Ejército Sur se atascaba otra vez ante Kiev. El comandante del Sexto Ejército alemán (Reichenau) advirtió que entre él y el Segundo Ejército del Grupo Centro había un vacío de doscientos cincuenta kilómetros. De éstos, cien estaban cubiertos sólo por una división (la 56 de Infantería), frente a la cual se desplegaban varias del Quinto Ejército soviético. Reichenau tenía órdenes de seguir presionando sobre Kiev, pero con esa amenaza a su espalda expuso sus objeciones a Rundstedt, que el 9 de agosto suspendió la ofensiva en la zona Kiev-Korosten. El Sexto Ejército volvió a la defensiva sin haber alcanzado su principal objetivo táctico: Kiev.

Al día siguiente por la tarde, en el análisis de la situación realizado en el OKW, se llegó a una precaria solución de compromiso, encaminada a aplacar a la facción «pro Moscú» sin ceder ante ella. Se convino que el grueso del enemigo se encontraba ante el Grupo de Ejército Centro y que la tarea más importante consistía en destruirlo y apoderarse de Moscú; pero se adujo que las fuerzas que se enfrentaban con los otros dos grupos de ejércitos amenazaban los flancos del mismo. Por tanto, el ataque decisivo contra Moscú debía ser precedido por otras operaciones con objetivos limitados en el Norte y en el Sur.

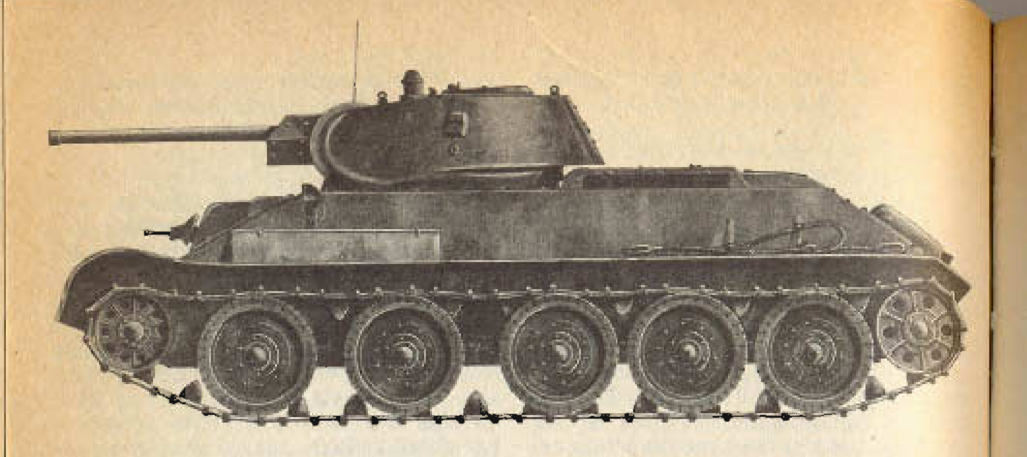
Suponiendo que se tardasen dos semanas en aniquilar estas fuerzas, a finales de agosto podría iniciarse una ofensiva general con los ejércitos de infantería en el centro y un grupo Panzer en cada flanco. El enemigo se vería forzado a resistir y combatir con unas tropas deficientemente preparadas a lo largo de una incompleta línea defensiva que iba de Rzev a Bryansk pasando por Vyazma. Los Grupos de Ejército Norte y Sur tendrían que ocuparse entonces, de sus enemigos, momentáneamente, sin la colaboración del Grupo de Ejército Centro, pero con la completa seguridad de que, una vez que este hubiera arrollado las defensas soviéticas y comenzado la persecución del enemigo derrotado, podría prescindir de algunas de sus fuerzas para ayudarlos.

En cuanto al Grupo de Ejército Sur, su Decimoséptimo Ejército estaba disponible y debía ser utilizado para forzar el paso del Dnieper, entre Kiev y Kremenchung, con el fin de desbaratar a las tropas soviéticas concentradas en la orilla Este. Después de forzar la línea del Dnieper, parte del Grupo de Ejército Sur se volvería hacia el Norte sobre la retaguardia del Quinto Ejército soviético para liquidarlo de una vez para siempre.

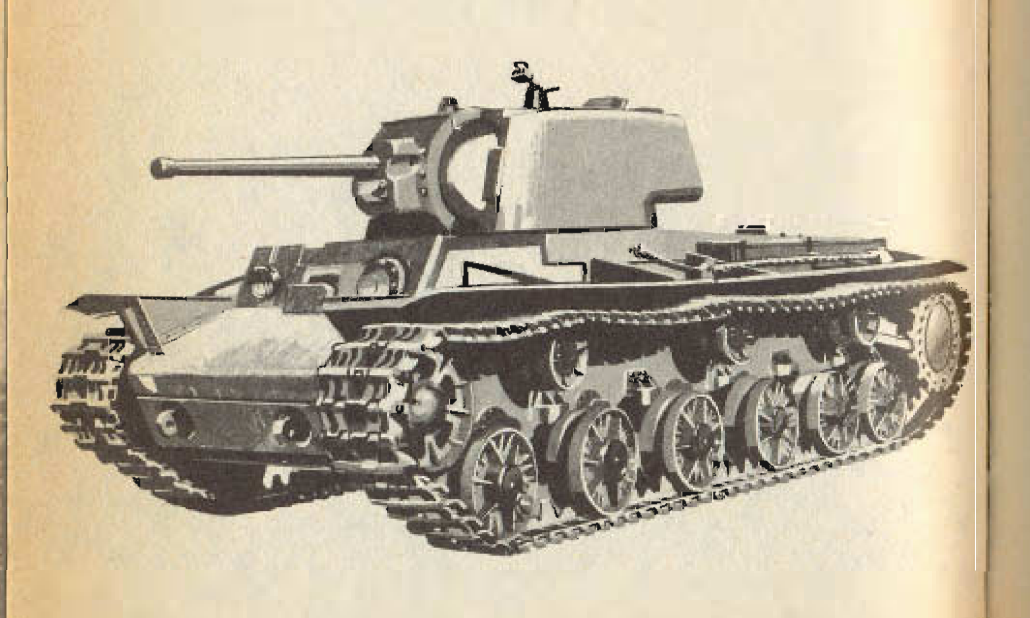
El 12 de agosto Hitler volvió a recalcar que era requisito indispensable para



Siguiendo las huellas de los Panzer, la infantería alemana marcha en dirección sur por la estepa abierta.



La introducción del T-34 por la Unión Soviética marcó el principio de una nueva era en la fabricación de carros. Llevaba un armamento pesado, era rápido y poseía un excelente blindaje. Tripulación: **Cuatro.** Peso: **31 toneladas.** Armamento: **un cañón de 76,2mm. y dos ametralladoras de 7,62mm.** Munición: **77 proyectiles de 76mm. y unos 3.500 de 7,62mm.** Blindaje: **45mm. en el frente, en los laterales y en la parte trasera, 20mm. la parte superior e inferior del casco y 52mm. en la torreta, de hierro fundido.** Velocidad máxima: **52 km/h.** Autonomía: **350 kilómetros.**



El Klimenti **Voroshilov KV-1.** Tripulación: **cinco.** Peso en combate: **43,5 toneladas.** Anchura: **3,3m.** Altura: **2,75m.** Longitud: **6,7m.** Velocidad máxima: **40km/h.** Armamento: **un cañón de 76,2mm. y tres ametralladoras de 7,62mm.** Blindaje: **75mm. en el frente, 60mm. en los laterales y 75mm en los laterales de la torreta.** Motor: **Un motor diesel V-12, de 550 HP.**

cualquier operación futura la destrucción previa de todas las fuerzas enemigas en los flancos, en particular las del flanco derecho del Grupo de Ejército Centro, es decir, el Frente Sudoeste soviético. El mismo día Budenny y Kruschev escribieron a Stalin con cierta inquietud. Tras observar que el Segundo Ejército alemán y los Panzer de Guderian avanzaban hacia Gomel y Starodub, habían llegado a la conclusión de que pretendían abalanzarse sobre la retaguardia del Frente Sudoeste y dejarlo cercado.

Sin embargo, la STAVKA se encontraba tan hipnotizada por Moscú como el Grupo de Ejército Centro. Consideraba que el movimiento que tanto preocupaba a Budenny y Kruschev tenía como finalidad aprovechar el espacioso hueco abierto entre los Frentes Central y de Reserva y que los alemanes penetrarían por allí hacia el Este para abrirse paso hasta Bryansk y desbordar Moscú por el Sur. Budenny había pedido permiso para retirar el Quinto Ejército y el XXVII Cuerpo Independiente, para formar con ellos un frente al Norte que bloquearía la acometida alemana contra la retaguardia del Frente Sudoeste. La STAVKA se negó, ordenando en cambio la constitución del Frente de Bryansk, al principio con el único cometido de taponar la brecha existente entre los Frentes Centro y de Reserva e impedir la penetración alemana hacia Moscú.

A la luz de la información entonces disponible, la decisión de la STAVKA estaba muy lejos de carecer de fundamento: como se ha indicado, Guderian trataba de mantener abierta la opción de Moscú y Hitler todavía no la había desechado francamente. Por lo demás, el Quinto Ejército soviético estorbaba el avance del Grupo Sur sobre Kiev con su sola presencia tras las líneas alemanas; hacerle retroceder sobre el Desna, como quería Budenny, hubiera supuesto liberar a los alemanes de uno de sus peores quebraderos de cabeza, y esto sólo era una razón excelente para mantenerle en la misma posición. Pero por más razonable que pareciera tal decisión, resultó un desastroso error, porque al fin los alemanes habían resuelto dónde atacar. Y la suposición de la STAVKA de que Moscú sería su objetivo estaba equivocada.

El 15 de agosto Hitler dejó de fingir que el Grupo de Ejército Centro continuaría su ofensiva sobre Moscú con la infantería únicamente y le ordenó detener completamente su avance. Debía organizar unas defensas imposibles de cercar, que no necesitaran un fuerte apoyo aéreo y que economizaran el empleo de la infantería. Tres días después, Brauchitsch formuló un último y desesperado alegato en favor de la ofensiva contra Moscú. Señalaba que en la región de Moscú el invierno empezaba a mediados de octubre, cinco semanas antes que en Ucrania, arguyendo que la concentración actual en el frente de la capital permitiría su captura antes de que llegara el mal tiempo. Así podrían utilizarse parte de estas fuerzas en el Sur, donde la estación propicia duraba más tiempo.

Hitler rechazó inmediatamente los argumentos de Brauchitsch y expuso sus propias opiniones. Repitió su punto de vista de que las columnas Panzer, al dejar rezagada a la infantería y operar demasiado independientemente, sólo habían conseguido envolvimientos parciales, de los que habían podido escapar fuertes contingentes enemigos. Formalizó su negativa a aceptar las propuestas del OKW en una Directriz sin número dictada el 21 de agosto, que precisaba, en términos claros e inequívocos, las misiones que se debían cumplir antes del principio del invierno. La toma de Moscú antes de la estación invernal no era un objetivo prioritario. Tenían preferencia, en el Sur, la conquista de Crimea y de la cuenca industrial y carbonífera del Donetz, con el corte de las rutas de abastecimiento del petróleo del Cáucaso, y en el Norte la acometida contra Leningrado para establecer contacto con las tropas finesas.

Por lo referente al Grupo de Ejército Centro, debía reunirse con el grupo de Ejército Sur en una operación concéntrica contra el Quinto Ejército soviético, no con la simple finalidad de expulsarlo al otro lado del Dnieper (como sería el caso de intervenir en la operación nada más que el Sexto Ejército), sino de aniquilarlo, para asegurar las posteriores

acciones del Grupo de Ejército Sur sobre el Dnieper y en la cuenca del Donetz. Para salvaguardar los suministros de petróleo desde Rumania revestía suma importancia la ocupación de Crimea, puesto que desde sus bases aéreas los bombarderos soviéticos podían atacar los pozos petrolíferos de Ploesti.

Esta fue pues, la decisión crucial. Se abandonó la idea de tomar Leningrado y se descartó de momento toda acción contra Moscú. Había que librarse de una vez del Quinto Ejército soviético y concentrar todas las energías en Ucrania. Nada más claro.

Aún hubo una última tentativa de inyectar vida a la ofensiva contra Moscú. El 23 de agosto se celebró una conferencia en el Cuartel General del Grupo de Ejército Centro en la que Halder bosquejó los detalles de la orden. A continuación se discutió largo y tendido sobre la manera de hacer cambiar de idea a Hitler, decidiéndose, por último, que Guderian acompañara a Halder en su regreso al Cuartel General de Hitler. Los dos salieron aquella misma tarde y aterrizaron en Lötzen (el aeródromo más cercano a Rastenburg) al anochecer.

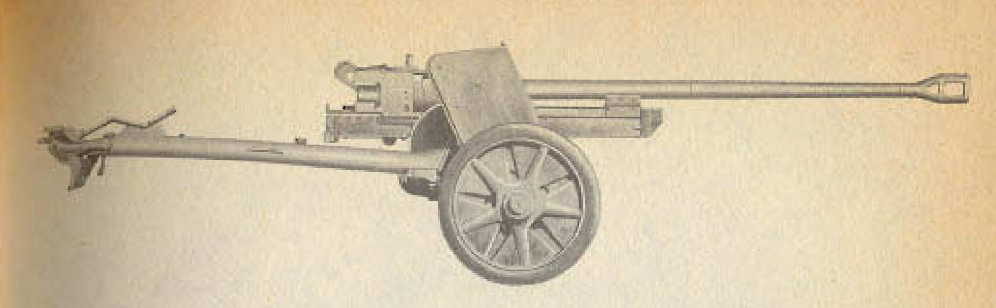
Guderian se presentó acto seguido ante Brauchitsch, que le prohibió categóricamente replantear a Hitler la cuestión de Moscú. Pero ya no había quien pudiera pararle y al hablar de su Grupo Panzer se las ingenió para llevar la conversación de tal modo que fue el mismo Hitler quien sacó a relucir el tema. El general de los Panzer repitió todos los argumentos favorables a una ofensiva contra la capital soviética, añadiendo que las tropas lo esperaban y se hallaban dispuestas. El Grupo de Ejército Centro estaba listo y un largo rodeo por el Sur causaría un desgaste suplementario además de una pérdida de tiempo.

Hitler le escuchó hasta el fin sin rebatir ninguno de sus razonamientos, aunque la aseveración de Guderian de que el Grupo Centro estaba listo para el ataque contra Moscú era harto problemática, ya que los dos Grupos Panzer andaban escasos de motores y carros de combate y ninguno ocupaba posiciones adecuadas. Los Panzer de Hoth estaban en el Norte ayudando al Grupo de Ejército correspondiente y los de Guderian se hallaban empeñados parcialmente en un movimiento hacia el Sur, en torno a Starodub. Pero Hitler no cedió; la ofensiva contra Moscú estaba totalmente excluída hasta que se hubiesen concluído victoriosamente las operaciones del sur.

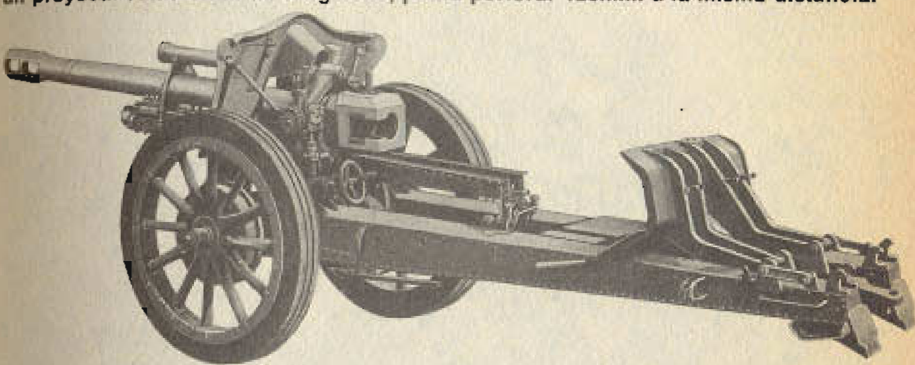
Guderian se inclinó ante lo inevitable y sugirió que se utilizase para las operaciones previstas la totalidad de su Grupo Panzer en lugar de sólo parte de él, para garantizar el triunfo. Hitler aprobó su propuesta y Guderian regresó inmediatamente al Grupo de Ejército Centro. A la mañana siguiente dió la noticia a Halder y se produjo una borrascosa escena. Pero no cabían más discusiones. Kiev era el objetivo.

Anteriormente ya se ha dicho que el Consejo Militar del Frente Sudoeste empezó a inquietarse ya el 12 de agosto. El 18 del mismo mes, el general Zhukov, que mandaba el Frente de Reserva ante Moscú, observó una menor actividad por parte de las tropas alemanas que tenía enfrente. Al descubrir que lo mismo ocurría en el Frente Centro adyacente empezó a cavilar sobre lo que ello podía presagiar. La situación no era clara y su información adolecía de incompleta. Sin embargo, llegó a la conclusión que los alemanes podían estarse reagrupando para lanzar una ofensiva contra el Sur por la retaguardia de los Frentes de Kiev y Sudoeste, y escribió a la STAVKA indicando esa posibilidad y sugiriendo el establecimiento de una fuerza poderosa en la zona de Bryansk con la misión de acometer a Guderian por el flanco cuando pasara por delante. La STAVKA manifestó su acuerdo y le hizo saber que ya lo tenía previsto, razón por la que había establecido el Frente de Bryansk hacía algunos días. Es en extremo dudoso que así fuera. El comandante de dicho Frente, general Yeremenko, afirmaría más tarde que sus órdenes se reducían a la detención de las embestidas dirigidas contra Moscú.

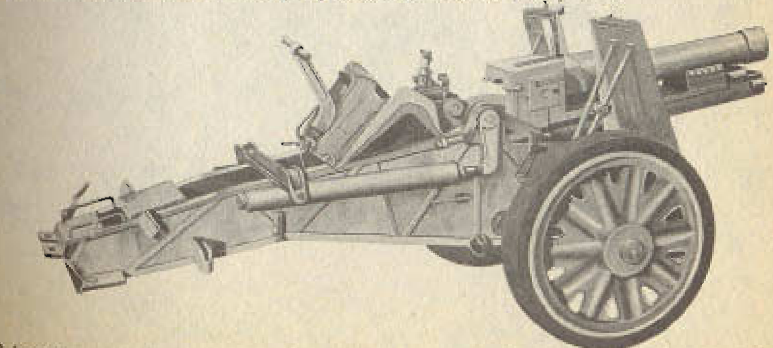
El 19 de agosto, la STAVKA accedió tardíamente a la petición de Budenny de que se le permitiera retirarse con todas sus tropas al otro lado del Dnieper,



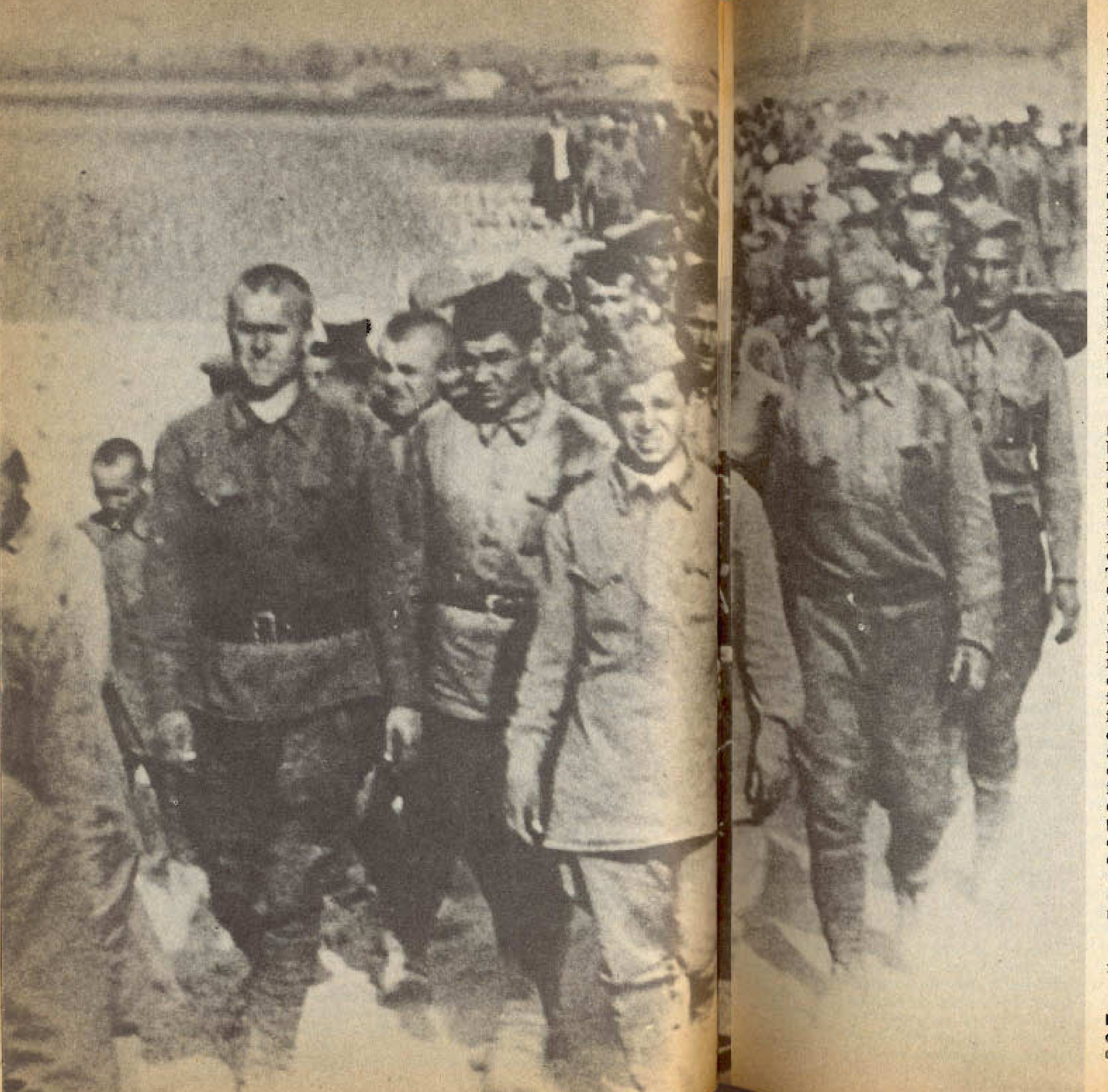
Introducido a fines de 1940, el PAK (Panzer Abwehrkanone, cañón anticarro) modelo 38, de 50mm. se mantuvo en servicio durante toda la guerra, aunque otras armas posteriores, más pesadas, fueran bastante superiores. Peso: **1.000kg.** Alcance: **2.650m. con proyectil rompedor.** Cadencia de tiro: **doce disparos por minuto. Con un proyectil normal perforante, podía perforar una coraza de 72mm. a una distancia de 450 metros. Con un proyectil con núcleo de tungsteno, podía perforar 120mm. a la misma distancia.**



El 1eFH (leichte Feld Haubitze, obús ligero de campaña) de 10,5cm., Modelo 18M. Era un Modelo 18 normal al que se añadía un freno de boca y un mecanismo de retroceso para disparar un proyectil gran velocidad inicial. Peso: **1.985kg.** Alcance: **proyectil normal, 10.500m; proyectil especial, 13.000m. Ambos proyectiles pesaban lo mismo, 14,75 kg. pero el de gran alcance iba con un cartucho especial. Además podía utilizarse para formar cortinas de humo, disparar bengalas, como arma anticarro e, incluso, para lanzar propaganda gracias a unos proyectiles llenos de pasquines.**



El sIG (schweres Infanterie Geschütz, cañón pesado de infantería) Modelo 33, de 15cm, había sido perfeccionado en 1927 por Rheinmettal y siguió siendo utilizado hasta 1945 por las compañías de cañones de infantería de los regimientos de granaderos y de granaderos - Panzer. Peso: **1.700kg.** Alcance: **4.700m.** Peso del proyectil: **37,7kg; de humo, 39,6kg; de carga hueca anticarro: 25kg.**



ordenando que permaneciera en Kiev únicamente el Treinta y Siete Ejército. Las fuerzas retiradas (los ejércitos Quinto y Cuarenta, este último formado con los despojos de algunos otros) debían formar una línea al Norte, para defender Chernigov, Konotop y Jarkof. Hasta entonces, las cosas marchaban según lo previsto: se habían adivinado las intenciones alemanas antes de que se materializaran, tomándose las disposiciones necesarias para afrontar a Guderian frontalmente y por su ala izquierda. Pero esto significaba también exigir otro gran esfuerzo a Budenny; sus tropas estaban quebrantadas y extenuadas por los combates y no le quedaban reservas para el Frente Sudoeste. Ahora todo dependía de Yeremenko, comandante del Frente de Bryansk.

El 24 de agosto Stalin habló con Yeremenko por teléfono, ofreciéndole dos brigadas de carros más, varios batallones de carros, algunas baterías más de cohetes Katiuska y unos cuantos regimientos de fuerzas aéreas «si me promete usted derrotar a ese diablo de Guderian». Le ofreció también otro ejército, el Veintiuno, formado con los restos del Tercer y Veintiuno ejércitos del Frente Central, y Yeremenko los aceptó igualmente. El jefe del Estado Mayor Central, mariscal Shaposhnikov, visitó las líneas para reiterar la creencia de que Guderian podía dirigirse en ángulo recto hacia el Norte en dirección a Moscú. Así se introducía una ambigüedad fatal en las instrucciones impartidas a Yeremenko, con el riesgo de que el Frente de Bryansk se quedara sin recursos para cumplir ninguna de sus dos misiones. Al intentar prevenir ambas eventualidades, Yeremenko mantuvo retrasada su fuerza más poderosa, el Cincuenta Ejército, para proteger la ruta de Moscú, y de este modo la angustiada advertencia de Shaposhnikov redundó en detrimento del éxito de la contraofensiva una semana antes de iniciarse la misma.

Sin embargo, las fuerzas de que disponía Yeremenko para su acometida hacia

El principio del fin: los primeros de los centenares de miles de soldados rusos capturados en la bolsa de Kiev.

el Oeste eran formidables. El 25 de agosto se había disuelto el Frente Centro entregándosele el mando de sus fuerzas junto con otros dos ejércitos (el Trece y el Veintiuno), así como la reserva aérea completa del Alto Mando y la aviación de los Frentes Centro y de Reserva para reforzar la suya. Tan maltrecha se encontraba la Aviación Roja a consecuencia de sus anteriores pérdidas que, aun así, sólo se reunieron 464 aviones, bombarderos la mitad. La STAVKA no podía hacer más. Tampoco contaba con reservas.

La ofensiva soviética comenzó el 30 de agosto, cuando las tropas de Yeremenko avanzaron sobre el flanco de Guderian, el XLVII Cuerpo Mecanizado. Pese a todo, sus esfuerzos hicieron poca mella, y más al Norte y al Oeste el Segundo Ejército alemán empezó a hacer retroceder al Veintiuno que se replegó sobre el Treinta Ejército del Frente Sudoeste, apresuradamente formado, forzándolo a ceder pronto y a retirarse hacia el Sudeste. Así se encontró en seguida incomunicado el Veintiún Ejército del resto del Frente de Bryansk, con profundas penetraciones por sus dos costados: el Segundo Ejército alemán por su flanco Oeste y los Panzer de Guderian por el Este. Empezó, pues, a retirarse a toda prisa hacia el Sudeste, completamente desconectado del Estado Mayor Central, mientras los alemanes inundaban las brechas abiertas a sus costados.

La STAVKA había confiado una tarea demasiado pesada al Frente de Bryansk y después se negaba a admitir que Yeremenko no pudiera llevarla a cabo. El 2 de septiembre Stalin le escribió ásperamente: «La STAVKA todavía no está satisfecha de su labor... Ha zarandeado usted un poco al enemigo pero sin conseguir desalojarlo de sus posiciones. Guderian y todo su grupo deben ser aplastados. Hasta ese momento, todo lo que hable usted de triunfo carece de sentido. Aguardamos su comunicación de que ha derrotado al grupo de Guderian».

Al advertirse claramente que el éxito no coronaba la ofensiva de Yeremenko, la STAVKA, en vez de suspenderla, lanzó en su apoyo más tropas tomadas de otros sectores del frente. Shaposhnikov ordenó a Budenny que enviara su II Cuerpo de Caballería, lo que hizo montar en cólera al viejo revolucionario. El 10 de septiembre Budenny habló por radio con Shaposhnikov haciéndole saber que era su única reserva para el Frente Sur en el conjunto de la línea Dnepropetrovsk-Jarkof, una distancia de 200 kilómetros y añadió: «Le pido que se fije en lo que está haciendo Yeremenko. Debía detener a ese grupo enemigo pero no ha conseguido nada». Sin embargo, Shaposhnikov insistió y él, exasperado, respondió: «¡Está bien!... ahora mismo daré la orden de partida. Haga el favor de transmitir mi opinión al Comandante Supremo [Stalin], en particular sobre las operaciones del Frente de Bryansk.»

Al día siguiente, el Consejo Militar del Frente Sudoeste, formado por Budenny, Kruschev y Pokrovsky, se dirigió directamente a Stalin. Solicitaba formalmente permiso para retirar sus fuerzas al Este, señalando que todo el Frente Sudoeste corría peligro de verse cercado desde la dirección de Novgorod Severski (punto de partida de Guderian) y Kremenchung (donde el Grupo Panzer 1 de Kleist y el Diecisiete Ejército alemán habían establecido una cabeza de puente sobre el Dnieper desde la cual Kleist presionaba hacia el Norte para reunirse con Guderian). Declaraban que ya habían pedido autorización para retirarse a Shaposhnikov, quien se la había rehusado, ordenándoles por el contrario desplazar dos divisiones del Veintiséis Ejército para atajar a Guderian entre Bakhmach y Konotop. Les parecía claro que las circunstancias habían desbordado a Shaposhnikov, pues de ejecutarse esa orden se dejaría la única división restante del citado ejército (cuyas pérdidas en acción la habían reducido a menos de 10.000 hombres) para defender 160 kilómetros del curso del Dnieper contra fuerzas alemanas seis veces más numerosas.

Stalin se puso en seguida en contacto con el jefe del Frente Sudoeste, el general Kirponos, para pedirle su opinión. Este sostuvo que su Frente debía retirarse desde el saliente de Kiev a la línea del río Psel, a unos 250 kilómetros al Este. Stalin se negó categóricamente. Le ordenó mantener Kiev a toda costa con cuantas fuerzas pudiera reunir. En vista de que Budenny encabezaba a los partidarios de la retirada, Stalin lo destituyó, nombrando en su lugar al mariscal Timoshenko, que hasta entonces era el que más éxitos había cosechado de la vieja generación de militares. Pero era demasiado tarde para salvar la situación. Entre Kleist y Guderian había ya menos de 100 kilómetros y ambos Grupos Panzer se acercaban entre sí a mayor velocidad que las tropas soviéticas cercadas hacia ese pasillo cada vez más angosto. Aun cuando se pusieran en marcha inmediatamente, la mayor parte de ellas no conseguirían atravesarlo antes de que se cerrara. Pese a todo, Shaposhnikov, es de presumir que, siguiendo órdenes de Stalin, no les permitió moverse.

Guderian, a la cabeza de su grupo con la 3.ª División Panzer, se reunió con los carros de Kleist en Lojvitsa el 15 de septiembre. Quedaba cerrada la trampa sobre cuatro Ejércitos soviéticos, el Quinto, Veintiuno, Veintiséis y Veintisiete. El Frente Sudoeste empezó a desintegrarse y fue tal el caos en que cayeron sus líneas de comunicación que Timoshenko ordenó a sus tropas retroceder al Este del cordón alemán, para mantener abierto el pasillo de retirada, sin saber que este ya se encontraba cerrado. El y Kruschev decidieron abandonar Kiev desafiando las órdenes de Stalin, pero Kirponos insistió en obedecerlas, desperdiciándose un tiempo precioso.

Mientras, en Moscú, Stalin y Shaposhnikov discutían el asunto, se consolidaba el cerco alemán. Hasta las 23,40 del día siguiente (el 17 de septiembre) la STAVKA no autorizó el abandono de Kiev. Se habían perdido dos noches que podían haberse aprovechado para retirar tropas (tan absoluta era ya la superioridad aérea alemana que de día era casi imposible cualquier movimiento). Las vacilaciones de Stalin transformaron en una catástrofe lo que de todos modos hubiera sido una importante derrota. En la medianoche del 17 al 18 de septiembre, Kirponos ordenó a todos sus ejércitos que se abrieran paso con las armas en la mano fuera de la bolsa.

Pero la ruptura estaba condenada al fracaso. El Treinta y Siete Ejército, que defendía la zona urbana de Kiev, ya había perdido el contacto con la comandancia del Frente y no llegó a recibir la orden; tras dos días más de lucha, se rindió en la ciudad. En el transcurso de unas horas, Kirponos perdió contacto con sus otros tres ejércitos, el Quinto, Veintiuno y Veintiséis, así como con la STAVKA. Del Frente Sudoeste sólo quedaba el nombre; la única fuerza que seguía a las órdenes de Kirponos era la 289 División de fusileros, a la que se había unido con su estado mayor, pero también se dispersó en el curso de la noche y cuando alcanzó Gorodische sólo contaba con 3.000 hombres. Estos se dividieron a su vez en varios destacamentos, pero sólo un puñado consiguió escapar. En él no se encontraba ninguno de los miembros del Consejo Militar del Frente Sudoeste; los tres (Kirponos, Burmistenko y Tupikov) habían perecido.

En el extremo oriental de la bolsa, el Ejército Rojo ocupó sus posiciones con la vista fija en el Oeste, cada vez con menores esperanzas de ver aparecer a los ejércitos cercados. Pronto empezaron a llegar grupos minúsculos. El general Bagramyan, que había llevado a Kirponos la orden de retirada, atravesó las líneas enemigas con cincuenta hombres. El general Kuznetsov, que mandaba el Veintiún Ejército, retiró ordenadamente a sus supervivientes, pero éstos no pasaban de quinientos. Kostenko no pudo salvar más que a unos cuantos hombres del Veintiséis Ejército. El general de brigada Borisov escapó con 4.000 soldados de caballería. El comisario de batallón Gorban guió a cincuenta y dos soldados de transmisiones del estado mayor. Hubo aún otros destacamentos, pero ninguno numeroso.

Tras ellos, muertos o prisioneros, quedaron más de 500.000 hombres: se discute el número exacto, puesto que mientras el Grupo de Ejército Sur afirmó haber hecho 665.000 prisioneros, las fuentes soviéticas no reconocieron más que

527.000 bajas entre muertos, prisioneros y desaparecidos. Pero aún la más baja de esas dos cifras comprendía los dos tercios de los efectivos que tenía el Frente Sudoeste al iniciarse las hostilidades, tres meses antes. En términos cuantitativos fue el mayor desastre de la historia rusa y para Guderian (por más que hubiera preferido marchar sobre Moscú) constituía una justificación cabal de sus ideas sobre la guerra de fuerzas acorazadas. Muy pronto tendría que poner a prueba sus ideas contra la misma capital soviética. Entonces se vería si la preocupación soviética por Moscú, que había impedido medir en su justo valor otras amenazas, haría más eficaz su defensa que la de Kiev.

Pero esa sería la prueba definitiva. La estación favorable para la campaña se estaba acabando. Se había perdido mucho tiempo en el Sur y se perdería más mientras los carros de Guderian regresaban al Norte, se reponían del desgaste sufrido durante la fulminante embestida sobre Lojvitsa y se reagrupaban para apoderarse del supremo galardón: Moscú.

Todo un ejército camino del cautiverio. Miles de prisioneros rusos derrotados, conducidos por la llanura.



La batalla por la capital



Después de los desastres de Smolensko, Uman y Kiev, Zhukov prepara la batalla decisiva: la defensa de Moscú.

Para el asalto final contra Moscú era necesario un magno reagrupamiento de fuerzas, puesto que intervendrían tres Grupos Panzer, el 2 (Guderian), el 3 (Hoth) y el 4 (Hoeppner). De ellos, sólo el de Hoth se encontraba ya en posición, toda vez que al de Hoeppner había que trasladarlo desde el frente de Leningrado (como se hizo durante la segunda quincena de septiembre) y el de Guderian tenía que regresar de Ucrania.

El 16 de septiembre se dictó la Directirz que desencadenó la «Operación Tifón». Se pretendía infligir al enemigo un descalabro de proporciones idénticas al que se realizaba en Ucrania. Dos grupos de ejército soviéticos, el Frente Occidental de Konev y el de Bryansk de Yeremenko, quedarían en su mayor parte cercados y destruídos en la fase inicial: las batallas de las bolsas de Vyazma y de Bryansk. Una vez libre el camino hacia la capital, según se esperaba, se desbordaría ésta por medio de un gigantesco movimiento envolvente que se cerraría muy al Este. Bock disponía de sesenta y ocho divisiones, de éstas catorce Panzer, ocho motorizados y cuarenta y seis de infantería, agrupadas en tres grupos Panzer y tres ejércitos. Enfrente de él había tres Frentes soviéticos: el Occidental, con seis ejércitos; el de Bryansk, con tres y un grupo operativo; y el de Reserva, con seis ejércitos, dos desplegados a lo largo del Frente Occidental y los otros en un segundo escalón. Sin embargo, cada ejército soviético apenas equivalía a un cuerpo alemán y era inferior en potencia de fuego, muy especialmente al haberse despojado a las divisiones de la mitad de su artillería para formar la Reserva de Artillería del Alto Mando. La «Operación Tifón» comenzó el 30 de septiembre, día en que el Grupo Panzer 2 se lanzó hacia el Nordeste en dirección a Orel, desde donde irrumpiría hacia el Norte por la retaguardia de las tropas de Yeremenko. El 2 de octubre, el resto del Grupo de Ejército, tal como decía el parte de operaciones del OKH, «pasó a la ofensiva con un hermoso tiempo otoñal. El ataque cogió por sorpresa al enemigo a lo largo de todo el frente».

Al principio los éxitos fueron brillantes. Los carros de Guderian irrumpieron en Orel antes de que la ciudad tuviera la menor idea de su aproximación. Los tranvías seguían funcionando y los alemanes fueron aclamados por algunos paisanos que los tomaron por refuerzos soviéticos. Más al Norte, idéntica fortuna sonreía a los grupos 3 y 4, y el 7 de octubre, sólo cinco días después de iniciarse la ofensiva, el Grupo de Ejército Centro había cercado al Oeste de Vyazma al grueso de las fuerzas de Konev (los ejércitos Dieciséis, Diecinueve y Veinte y el Grupo operativo del general Boldin) mientras que en otra bolsa al Nordeste de Bryansk quedaban atrapados los tres ejércitos de Yeremenko (el Tercero, Trece y Quince), junto con el Veinticuatro y el Treinta y Dos del Frente de Reserva. En total, eran ochenta y una las divisiones soviéticas cercadas en las bolsas y todo el frente defensivo ante Moscú se hallaba al borde del derrumbamiento.

Los envolvimientos no eran tan herméticos como en Kiev y el «hermoso tiempo otoñal» mencionado por el OKH no duró mucho. El día 6 había cedido el paso a la *rasputitsa*, la estación de las «malas carreteras» que se produce dos veces al año en Rusia: al fundirse la nieve en primavera y cuando caen las lluvias otoñales. Como la mayor parte de las carreteras carecían de firme, la *rasputitsa* las convierte en un cenagal y eso fue lo que ocurrió en octubre de 1941. Se retardó, pues, el impulso alemán tornándose casi imposible mantener el ritmo de avance, aunque también las fuerzas soviéticas se vieron afectadas. Yeremenko, cercado en la bolsa de Bryansk con sus tropas, tuvo que repeler en persona un ataque alemán contra su comandancia, tras lo cual ordenó a sus ejércitos dar un giro de 180 grados para abrirse paso combatiendo hacia el Este. En su huída, el lodo representó un impedimiento tan grande como para los alemanes, aunque, al tenerse que concentrar éstos en unas cuantas carreteras, se facilitó el paso de los rusos por bosques y pantanos. Aún así, el Frente de Bryansk tuvo que abrirse paso a través de

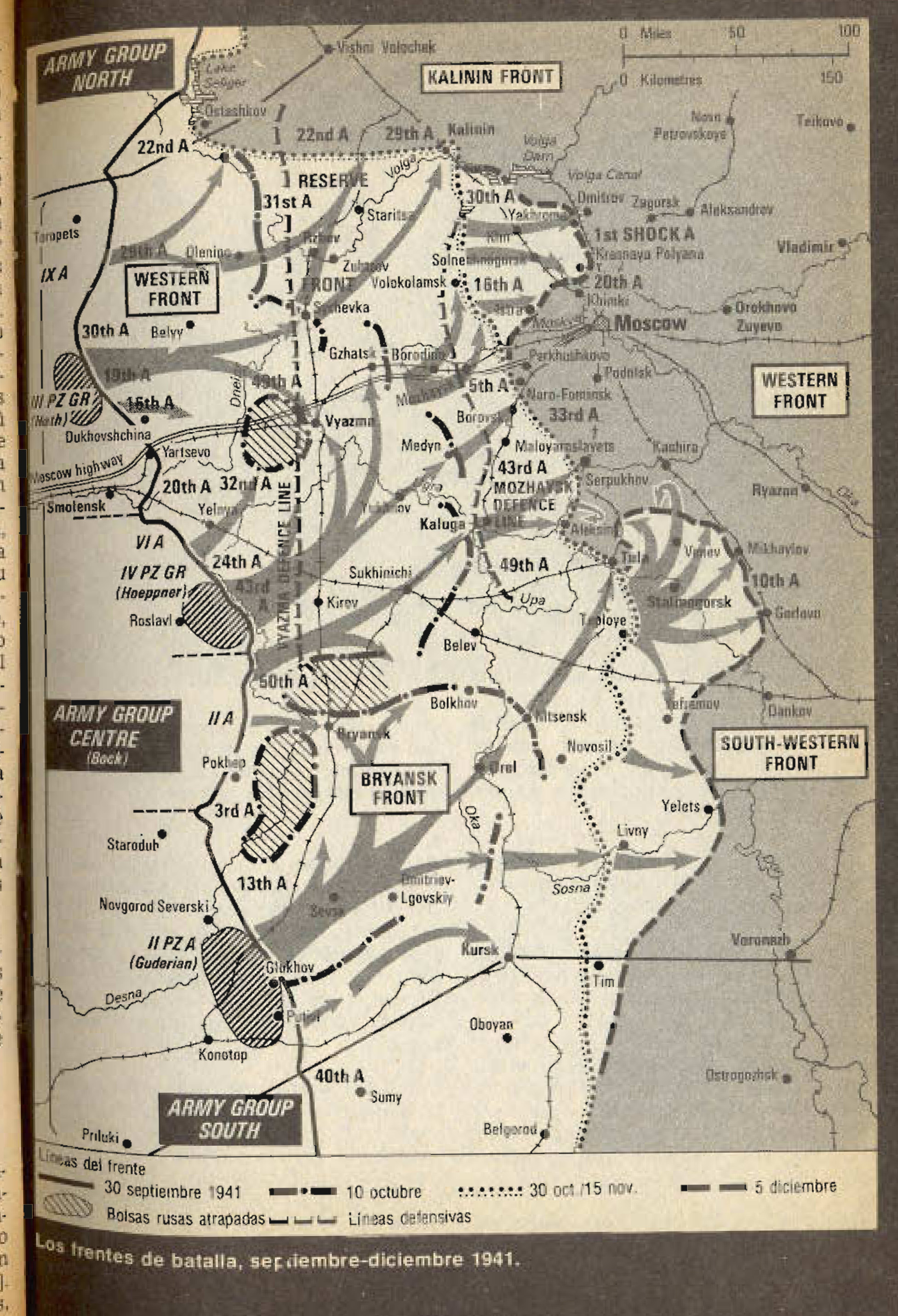
cinco posiciones alemanas y cuando llegó al territorio en poder de sus compatriotas, pocas divisiones contaban con 3.000 hombres, de unos efectivos nominales en campaña de 14.300. Zhukov, en el relato que sigue, se refiere cáusticamente a las quejas alemanas sobre el barro, y señala que este obstáculizó también la construcción de posiciones defensivas por las mujeres moscovitas. Desde luego, carecía de sentido ignorar las dificultades que la *rasputitsa* ocasionó a los soviéticos en sus frenéticos intentos de apuntalar el tambaleante frente, pero en la misma medida en que frenó la marcha de las fuerzas Panzer les perjudicó a aquéllos menos que a éstos, puesto que les ayudó a ganar tiempo. Después, las tropas de Zhukov supieron aprovecharlo. El mismo dice que el período más crítico de la Batalla de Moscú fueron los días que siguieron al 18 de octubre, en que, después del cierre de las bolsas de Vyazma y Bryansk, «los accesos a la capital se hallaban desguarnecidos». Pues bien, ese período fue precisamente el peor de la *rasputitsa*, que no cesó hasta primeros de noviembre, cuando las heladas endurecieron el suelo.

El mariscal Zhukov censura acremente el modo como Konev y Yeremenko dejaron atrapar y casi aniquilar sus tropas, y es probable que de la Batalla de Moscú provenga la aversión que estos dos eminentes mariscales le profesan desde entonces. Sin lugar a dudas, sus asertos contienen una buena dosis de razón, más debe tenerse presente que desconocemos las instrucciones que habían recibido de la STAVKA de la que Zhukov era un miembro destacado, y que la Unión Soviética ha decidido mantener su secreto. Si se les había ordenado resistir o no se les autorizó la retirada hasta que fue demasiado tarde, merecen esas censuras tan poco como Kirponos, que pagó con su vida y con la pérdida de la mayor parte de su grupo de ejército la obstinación de Stalin. Después de los acontecimientos de octubre, Konev fue sustituido por Zhukov, pero se le mantuvo como comandante adjunto del Frente Occidental y a las pocas semanas se le confió el mando de un nuevo grupo de ejército, el Frente de Kalinin. En cuanto a Yeremenko, resultó herido durante la huida de Bryansk y permaneció en un hospital algunas semanas. Stalin le fue a visitar (honor insólito, porque apenas salía del Kremlin) y le felicitó por su actuación. Luego, en julio de 1942, cuando el propio Yeremenko se estaba recuperando de otra herida, le designó comandante del grupo de ejército que defendía Stalingrado. No pareció achacar, pues, la pérdida de la mayor parte de sus tropas en Vyazma y Bryansk a la incompetencia de sus dos jefes, sino más bien, en gran medida, a la STAVKA (y por tanto a sí mismo). Zhukov emplea un criterio muy riguroso en su valoración de la habilidad estratégica, como tal vez le dé derecho a hacerlo su historial, y de sus propios escritos se desprende que la Batalla de Moscú fue la que más representó para él. De hecho, era la primera vez que mandaba tantos hombres, cerca de un millón. Un fallo por su parte podía provocar el hundimiento de todo el estado; por fortuna, se combatía sobre el terreno que le era más familiar, por haber pasado en él su niñez entera. En los relatos ajenos aparece como un profesional insultante, sarcástico y exigente en grado máximo durante la batalla. El difunto mariscal Rokossovsky, brillante militar y, al contrario que él, tolerante y cordial, popular entre sus colegas y entre sus hombres por su afán de economizar sus vidas, dijo de él: «En el ardor de la Batalla de Moscú, se mostraba a veces más mordaz de lo justificado». Es algo que debe tenerse en cuenta al leer sus observaciones sobre los envolvimientos de Vyazma y Bryansk y sobre los errores de los jefes soviéticos.

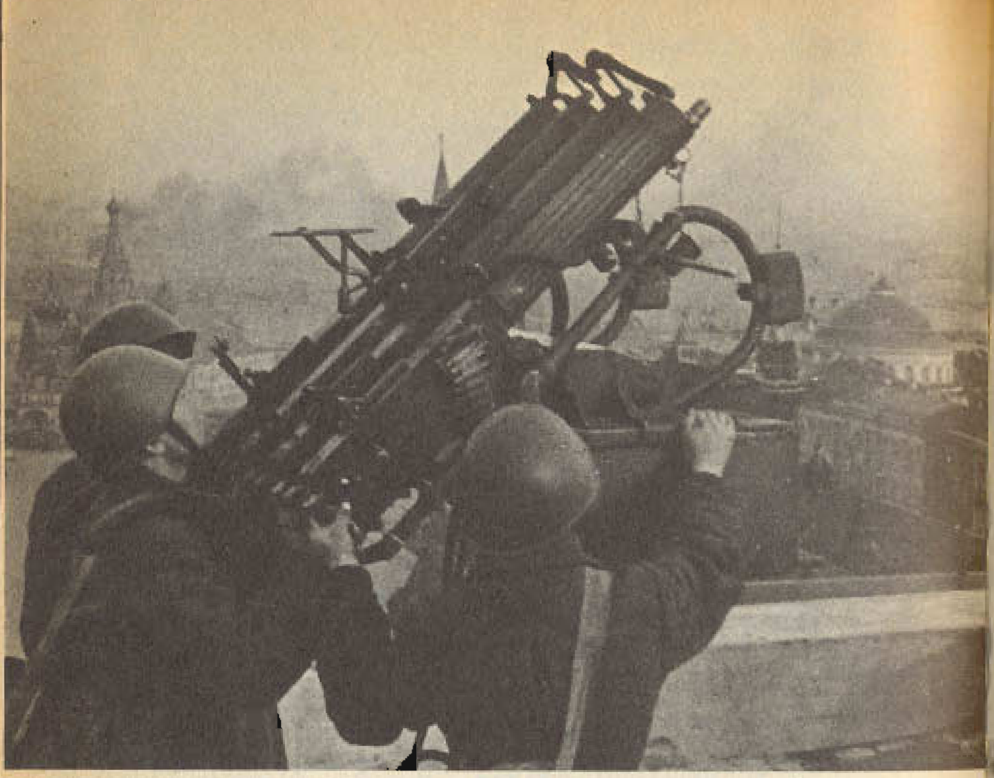
Sigue a continuación el relato del mariscal Zhukov sobre las circunstancias en que se hizo cargo de la defensa de Moscú y sobre los combates que precedieron a la contraofensiva soviética de diciembre.

La batalla por la capital
por el mariscal G. K. Zhukov

A principios de octubre de 1941 me encontraba en Leningrado, donde mandaba las fuerzas de ese frente [Zhukov, entonces general de ejército, había sido nombrado para ese puesto por Stalin en sustitución del mariscal Voroshilov]. Omitiré, sin embargo, estos detalles,



Los frentes de batalla, septiembre-diciembre 1941.



Arriba: **En lo alto de un tejado de Moscú, las ametralladoras antiaéreas esperan a la Luftwaffe.** Derecha: **La capital soviética bajo el ataque aéreo alemán.**

porque ahora no es mi misión hablar de lo que los saqueadores nazis planeaban para la ciudad que lleva el nombre del gran Lenin, ni de los combates de septiembre en ese frente.

En octubre, el enemigo emprendió una ofensiva con el propósito de conquistar la capital de nuestra patria.

Al iniciarse esa ofensiva, tres Frentes (el Occidental, el de Reserva y el de Bryansk) defendían los accesos distantes a la ciudad.

A finales de septiembre, las fuerzas combatientes de los tres frentes sumaban 800.000 hombres, con 770 carros y 9.150 cañones; el Frente Occidental contaba con más efectivos que los otros dos.

Como ahora sabemos, el Grupo de Ejército Centro alemán estaba formado por más de 1.000.000 de hombres, 1.700 carros y cañones de asalto y más de 19.000 cañones y morteros, apoyados por la *Luftflote 2*, mandada por el mariscal de campo Kesselring. En una orden del 16 de septiembre, Hitler le había asignado el cometido de quebrar la defensa soviética, envolviendo y destruyendo las principales fuerzas de los tres frentes y, en pos de sus restos, cercar Moscú desde el Sur y el Norte y conquistarla.

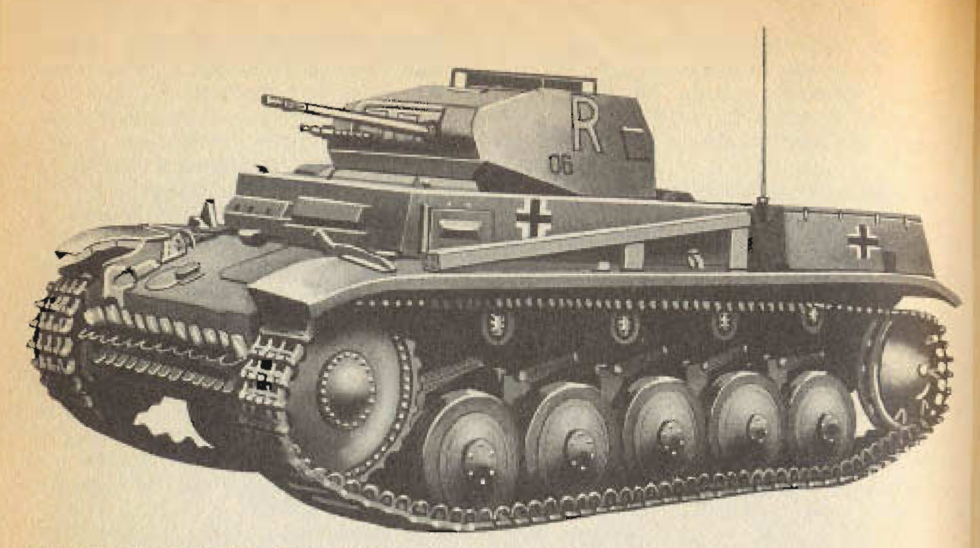
El 30 de septiembre, el enemigo inició una ofensiva contra el Frente de Bryansk y el 2 de octubre atacó impetuosamente a los frentes Occidental y de Reserva. Fueron especialmente violentos los ataques desde el Norte de Dukhovschina y el Este de Roslavl contra los ejércitos Trece y Diecinueve del Frente Occidental y contra el Cuarenta y Tres Ejército del Frente de Reserva. Los alemanes consiguieron irrumpir a través de nuestra línea defensiva y sus grupos de asalto se lanzaron a gran velocidad, aislando a todo el grupo de fuerzas de Vyazma de los frentes Occidental y de Reserva desde Norte y Sur.

La situación tomaba un sesgo también muy serio en el Frente de Bryansk, donde los ejércitos Tercero y Treinta estaban bajo la amenaza de quedar cercados. Sin tropezar con ninguna resistencia especial, el ejército de Guderian envió parte de sus efectivos sobre Orel, donde el Frente Bryansk no tenía fuerzas con los que rechazarlo. El 3 de octubre se apoderó de la ciudad. El Frente de Bryansk fue arrollado y sus fuerzas se retiraron con elevadas pérdidas hacia el Este y el Sudeste, quedando así el eje de Tula en grave peligro.

El comandante del Frente Occidental, general Konev ordenó al Grupo Operativo del general I. V. Boldin que contraatacara desbordando al enemigo por el Norte, pero fracasó y al anochecer del 6 de octubre una parte considerable de las tropas del Frente Occidental (unidades del Diecinueve Ejército del general M. F. Lukin, del Dieciséis Ejército del general K. K. Rokossovsky, del Veinte Ejército del general Yershakov y del Grupo Operativo del general Boldin) y del Frente de Reserva (Treinta y Dos Ejército del general S. V. Vishnevsky, y Veinticuatro Ejército del comandante general K. I. Rakutin) quedaron rodeadas en una zona al Oeste de Vyazma.

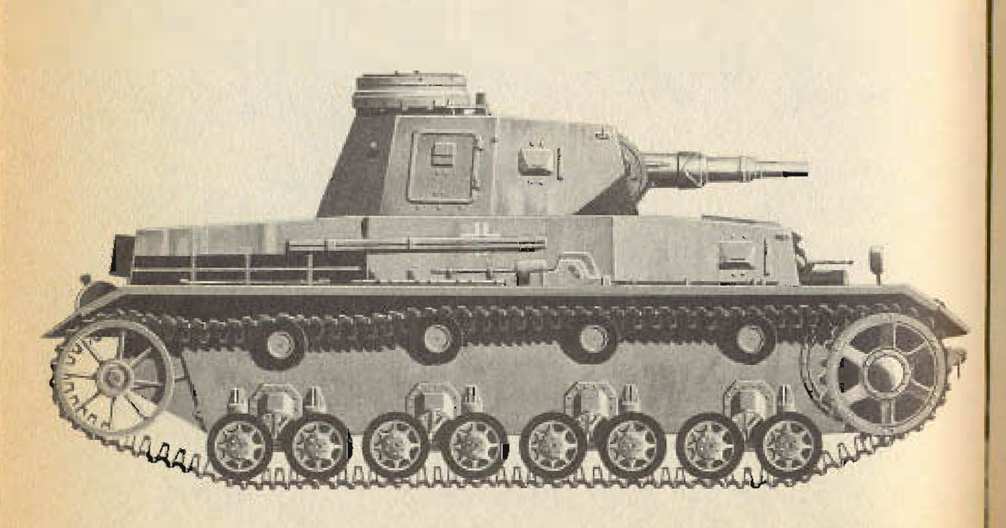
Aquella noche [el 6 de octubre] el comandante supremo Stalin me telefoneó para preguntarme cómo iban las cosas en Leningrado. Le comuniqué que el enemigo había cesado en sus acometidas ante las graves pérdidas sufridas, según informaban los prisioneros, y que había desistido de la ofensiva. La ciudad era bombardeada aún por la artillería y la aviación, pero nuestro reconocimiento aéreo había advertido grandes movimientos de columnas mecanizadas y acorazadas hacia el Sur. Estaba claro que el Alto Mando alemán las trasladaba al eje de Moscú.



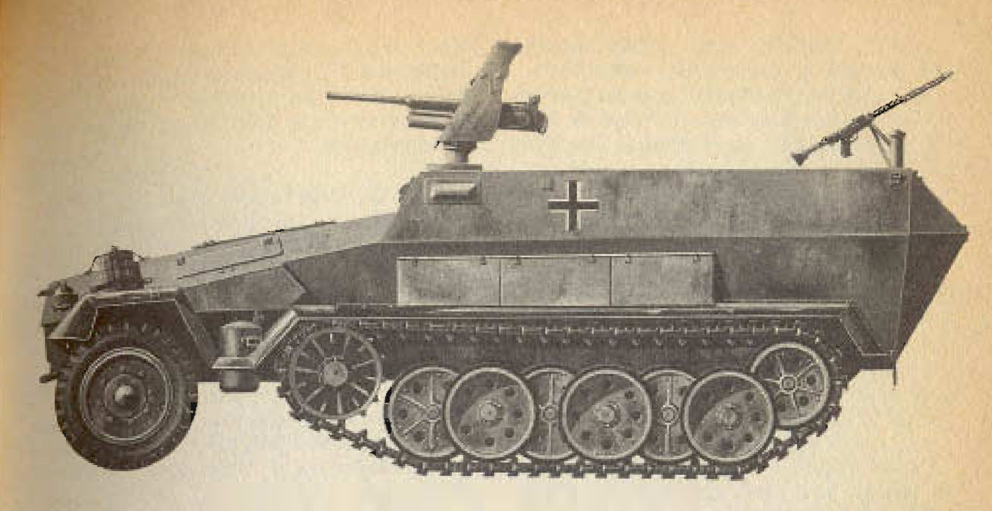


El Panzerkampfwagen PzKpfw II

El PzKpfw II figuraba en la mayoría de los regimientos acorazados alemanes al principio de la guerra, en 1939. Era, en esencia, un carro de reconocimiento con armamento ligero. Peso: **10t.** Velocidad: **50 km/h.** Tripulación: **tres.** Blindaje: **15mm (máximo).** Armamento: **un cañón de 20mm y una ametralladora de 7,92mm.**



El carro alemán más pesado de la Batalla de Moscú, el PzKpfw IV que no era comprable a los nuevos carros soviéticos KV y T34. Tripulación: **Cinco.** Velocidad: **40km/h.** Peso: **23t.** Blindaje: **30mm (máximo).** Armamento: **un cañón de 75mm y dos ametralladoras de 7,92mm.**



El Hanomag SdKfZ 251/10 sirvió para el transporte y apoyo de Granaderos Panzer. El vehículo no tenía un motor suficientemente potente y era difícil de maniobrar. Peso: **unas 8,5t.** Armamento: **un cañón de 37mm y una ametralladora de 7,92mm.** Blindaje: **12mm en la parte delantera y 7mm en el resto.** Velocidad máxima: **55km/h.** Alcance: **320km.** Motor: **Maybach HL42,6 cilindros, 4,2 litros, refrigeración por agua, con una potencia de 100 HP. al freno.**



Panzerkampfwagen PzKpfw III Ausf.F

Era el carro medio de uso normal en las divisiones Panzer cuando se inició la invasión de Rusia. Peso: **19t.** Velocidad: **40km/h.** Tripulación: **cinco.** Blindaje: **30mm.** Armamento: **un cañón de 50mm y dos ametralladoras de 7.92mm.**

Stalin escuchó mis informaciones, permaneció un momento en silencio y a continuación me explicó que estábamos pasando graves apuros en el eje de Moscú, en particular en el Frente Occidental.

«Deje a su jefe de Estado Mayor, el general Khozin, en su puesto, como comandante interino del Frente de Leningrado, y véngase en avión a Moscú», me ordenó. Transmití la orden a Khozin, me despedí del Consejo Militar y tomé un avión. El 7 de octubre, al caer la noche, aterricé en el aeródromo central y me dirigí al Kremlin.

Stalin estaba en sus habitaciones. No se encontraba bien; tenía un resfriado. Me saludó con una inclinación de cabeza y, señalando un mapa, me dijo: «Vea. La situación es muy grave, pero no consigo saber exactamente cómo van las cosas en el Frente Occidental». Me indicó que debía presentarme de inmediato en el cuartal general del mismo, visitar sus líneas, tomar cuidadosa nota de la situación y telefonearle a cualquier hora de la noche. «Estaré aguardando», dijo, y así terminó la conversación.

No habían transcurrido quince minutos cuando me encontraba ya con el jefe del Estado Mayor Central, para que me diera un mapa y me pusiera al corriente de la situación, aunque sólo fuera en líneas generales. El mariscal Shaposhnikov parecía agotado. Al saludarme, me dijo que el comandante supremo le había telefoneado para indicarle que me entregara un mapa del eje Occidental. «El mapa estará aquí en unos instantes. El cuartel general de ese Frente está donde se hallaba el del Frente de Reserva cuando usted dirigía las operaciones contra el saliente de Yelnya».

Mientras me explicaba la peligrosa situación de los frentes, añadió que no se había concluido aún la construcción de las posiciones defensivas de la línea Mozhaysk y de los accesos a Moscú, casi desguarnecidos. La Comisión de Defensa del Estado y el Comité Central del Partido tomaban una medida tras otra para contener la ofensiva enemiga. Era indispensable apostar tropas inmediatamente en las líneas defensivas, sobre todo en la línea Mozhaysk. La noche anterior [6 a 7 de octubre] habían empezado a enviarse formaciones y unidades de la Reserva de la STAVKA y de los frentes contiguos.

A las 02,30 de la noche del 7 al 8 telefoneé a Stalin, quien todavía estaba trabajando. No bien le hube comunicado la situación del Frente Occidental, añadí: «El principal peligro consiste ahora en que los accesos a Moscú están desguarnecidos y en que las débiles formaciones desplegadas en la línea Mozhaysk no representan ninguna garantía si las fuerzas acorazadas alemanas se lanzan sobre la capital. Hay que concentrar más tropas lo antes posible, tomándolas de donde las haya».

Stalin me preguntó: «¿Dónde están ahora los ejércitos Dieciséis, Diecinueve y Veinte y el Grupo Operativo de Boldin, del Frente Occidental, y los ejércitos Veinticuatro y Treinta y Dos del Frente de Reserva?»

«Cercados, al Norte y al Noroeste de Vyazma.»

«¿Qué piensa hacer usted?»

«Voy a ver a Budenny...»

«¿Sabe usted dónde está ahora su cuartel general?»

«No, no lo sé. Lo buscaré en la zona de Maloyaroslavets.»

«Está bien, vaya a ver a Budenny y telefonéeme desde allí.»

Caía una llovizna fina y sobre el suelo se cernía una espesa neblina; la visibilidad era mala. Al amanecer del día 8, cuando nos acercábamos al cruce de Obninskoye [a 100 kilómetros de Moscú] vimos a dos soldados de transmisiones que tendían un cable desde el costado de un puente sobre el río Protva. Al preguntarles adónde iba la línea de comunicación, recibimos una respuesta evasiva. «La estamos tendiendo hasta donde nos han dicho que lo hagamos», contestó un soldado muy corpulento, con una voz helada.



Vyazma/Bryansk: El Ejército Rojo sufre una nueva derrota.

Estaba claro que se trataba de veteranos que no tenían intenciones de contestar a las preguntas de desconocidos. Tuve que identificarme y decirles que estaba buscando el cuartel general del Frente de Reserva del mariscal Budenny. El mismo soldado corpulento nos explicó que lo habíamos dejado atrás y tendríamos que volver al bosque, a las colinas que se alzaban a la izquierda del puente. Allí, la guardia nos indicaría el camino.

A los diez minutos me encontraba en el despacho del comisario de Ejército de 1er grado, L. Z. Mekhlis, con quien se hallaba el jefe del Estado Mayor, general A. F. Anisov. El primero estaba echando a alguien una severa reprimenda por teléfono y cuando colgó el aparato me preguntó qué hacía yo allí. Le expliqué que me enviaba Stalin como miembro de la STAVKA para averiguar lo que ocurría y que, a mi vez, quería saber dónde estaba su jefe. Me dijo que Budenny había estado con el Ejército Cuadragésimotercero el día antes, pero que nadie sabía dónde se encontraba ahora y que su estado mayor se sentía preocupado, no fuera a haberle ocurrido algo. Se habían enviado oficiales de transmisiones a buscarle, pero todavía no habían regresado. Ni él ni Anisov podían decirme nada definitivo sobre el estado de las fuerzas del Frente de Reserva ni sobre el enemigo.

«Bueno, ya ve usted en qué condiciones nos encontramos», dijo Mekhlis. «Estoy reuniendo a los rezagados. Los rearmaremos en puntos de concentración y formaremos con ellos nuevas unidades.»

Tuve que seguir adelante en dirección a Yukhnov, pasando por Maloyaroslavets y Medyn, con la esperanza de aclarar la situación sobre el terreno. Al pasar el Protva y por Obinskoye volvieron

a mi memoria espontáneamente mi niñez y mi juventud. En ese mismo cruce me había despedido mi madre cuando me enviaron a Moscú a los doce años para que aprendiera el oficio de curtidor con unos parientes. Cuatro años después, ya convertido en un artesano, me trasladaba a menudo desde Moscú a la aldea para ver a mis padres. Conocía a la perfección todos los alrededores de Maloyaroslavets, por haberlos recorrido en mis años jóvenes. A diez kilómetros nada más de Obinskoye, donde ahora estaba el cuartel general del Frente de Reserva, se encontraba la aldea de Strelkova, donde había nacido y pasado toda mi niñez; todavía vivían allí mi madre y mi hermana con sus cuatro hijos. ¿Qué les ocurriría si los nazis llegaban hasta allí? ¿Descubrirían que eran la madre, la hermana y los sobrinos del general Zhukov? ¿Y si era así...? Tres días después, el ayudante a quien envié a buscarlos los llevó a mi piso de Moscú.

Ya estábamos en Maloyaroslavets. En todo el trayecto hasta el centro de la ciudad no encontramos ni una sola persona. La ciudad parecía muerta. Pero frente a la sede del Comité Ejecutivo Regional había dos vehículos ligeros. En la cabina de uno de ellos dormitaba el conductor. Le despertamos y nos dijo que aquél era el vehículo de Budenny, y que el mariscal llevaba ya tres horas en el edificio.

Nada más entrar encontré a Budenny. Nos saludamos calurosamente. Su aspecto revelaba la dura prueba de aquellos trágicos días.

Al saber que había visitado el cuartel general del Frente Occidental, me explicó que sólo podría mantener el contacto con Konev durante dos días. Por otra parte, durante su visita al Cuarenta y Tres Ejército, su propio cuartel general había cambiado de emplazamiento y no sabía dónde lo habían instalado.

Le informé de que se encontraba a 100 kilómetros de Moscú, detrás del puente de ferrocarril sobre el río Protva, y de que le esperaban allí. Le hablé también de lo mal que marchaban las cosas en el Frente Occidental, gran parte de cuyas fuerzas habían sido rodeadas.

«No nos va mejor a nosotros», comentó en respuesta a mis noticias. «Los ejércitos Veinticuatro y Treinta y Dos están incomunicados y no hay ninguna línea defensiva. Ayer estuve a punto de caer en manos del enemigo entre Yukhnov y Vyazma. Hacia esta última se dirigían fuertes columnas acorazadas y motorizadas alemanas, con el indudable propósito de desbordarla por el Este.»

«¿En poder de quién está Yukhnov?»

«Ahora, no lo sé. Allí había apostada una pequeña unidad, y sobre el río Ugra, dos regimientos de infantería sin artillería. Me temo que estará en poder del enemigo.»

«¡Vaya! ¿Y quién protege la carretera de Yukhnov a Maloyaroslavets?»

«Cuando pasé por ella sólo me encontré con tres policías en Medyn.»

Convinimos en que Budenny debía regresar inmediatamente a su Cuartel del Frente y desde allí informar sobre el estado de la situación a la STAVKA, mientras yo continuaría hasta la zona de Yukhnov y desde allí a Kaluga.

Poco después de salir en nuestro automóvil nos encontramos el camino bloqueado por soldados armados, con monos y cascos de las fuerzas de carros. Uno de ellos se acercó, nos advirtió que no se podía seguir y me pidió que me identificase. Después de hacerlo, pregunté a mi vez dónde se hallaba su unidad. Estaba cerca, en el bosque, a unos cien metros, y se trataba de la comandancia de una brigada de carros.

Me alegré al oír esta noticia y le pedí que me llevara ante su jefe. Al internarnos en el bosque, un hombre alto, con un mono azul y gafas sobre la gorra, se levantó del lugar en que estaba sentado y vino a nuestro encuentro. De inmediato le encontré un aire conocido.

«¡A sus órdenes! ¡Se presenta el jefe de la Brigada de Carros de la Reserva de la STAVKA, coronel Troitsky!»

¡Así que se trataba de él! Le conocía muy bien desde Kalkhin Gol. En 1939



La rasputitsa: **las carreteras rusas desaparecen en el barro...**





... y la Blitzkrieg **se apaga en una parada ignominiosa.**



era el jefe de estado mayor de la 11 Brigada de Carros que, al mando del Héroe de la Unión Soviética Yakovlev, derrotó a la 23 División de Infantería, parte de la Guardia Imperial japonesa, en el monte Bain-tsagan.

Después de intercambiar unos breves saludos, pasamos a tratar de lo que nos interesaba. El coronel Troitsky me comunicó que el enemigo estaba ocupando Yukhnov y que las avanzadas alemanas habían tomado el puente sobre el Ugra. Una patrulla destacada por él en dirección a Kaluga había informado que aún no había alemanes allí, pero que cerca de la ciudad combatían encarnizadamente la 5.ª División de Fusileros de la Guardia y algunas unidades en retirada. En cuanto a su brigada, que formaba parte de la reserva de la STAVKA, llevaba ya dos días en el lugar, en espera de recibir órdenes.

Mandé, pues, a Troitsky que enviara algunos oficiales de transmisiones al cuartel general del Frente de Reserva, en el empalme ferroviario de Obninskoye, para exponerle la situación a Budenny, y que desplegara asimismo parte de su brigada sobre el terreno y organizara la defensa para proteger el eje de Medyn. Le indiqué también que notificara al Estado Mayor Central, a través del cuartel general del Frente de Reserva, las órdenes que le acababa de dar y que anunciara la continuación de mi visita hacia Kaluga, en dirección a la 5.ª División de Fusileros de la Guardia. Troitsky y yo nos despedimos como viejos camaradas de armas.

El 8 de octubre el jefe del cuartel general del Frente de Reserva vino en mi busca y me entregó un mensaje telefónico del jefe del Estado Mayor Central, mariscal Shaposhnikov. Decía así: «El Comandante Supremo le ordena presentarse en el cuartel general del Frente Occidental. Queda usted nombrado jefe del mismo».

Así terminó mi viaje de dos días por la línea de fuego, en mi calidad de miembro de la STAVKA, siguiendo órdenes del Comandante Supremo. A primera hora de la mañana del 10 de octubre llegué a tres o cuatro kilómetros al Noroeste de Mozhaysk, donde se hallaba sito el cuartel general del Frente Occidental. Ya estaba trabajando allí una comisión del Comité de Defensa del Estado, compuesta por K. E. Voroshilov, G. M. Malenkov y V. M. Molotov, entre otros. Ignoro qué o cómo informó esta Comisión a Moscú, pero de su misma llegada apresurada al Frente Occidental en esos momentos de tensión y de las palabras de sus miembros era fácil deducir que el Comandante Supremo estaba extremadamente preocupado por la situación de la capital.

Los diez primeros días de octubre habían supuesto una cadena ininterrumpida de descalabros para las fuerzas de nuestros tres frentes en aquella zona. Estaba claro que sus comandantes habían cometido serios errores: las tropas de los frentes Occidental y de Reserva llevaban unas seis semanas a la defensiva, y habían dispuesto de tiempo suficiente para prepararse antes del ataque alemán. Sus servicios de información no habían conseguido determinar exactamente la potencia y el lugar exacto de los golpes que preparaba el enemigo, aun cuando la STAVKA les había advertido de la concentración de fuertes contingentes, con lo que, si bien la ofensiva enemiga no les cogió por sorpresa, tampoco se agruparon en los sectores amenazados todas las fuerzas posibles para una defensa en profundidad. Por encima de todo, se había descuidado la organización de la defensa anticarro, fundamento de todo sistema defensivo, y faltaban las reservas precisas en los lugares de peligro; no había existido una contra-preparación artillera o aérea para aplastar al principal grupo enemigo cuando estaba todavía en su zona de partida; y, una vez rota nuestra defensa en la zona del Vyazma, el mando nos retiró las fuerzas amenazadas con el cerco. La consecuencia fue que los ejércitos Dieciseis, Veinte, Veinticuatro y Treinta y Dos, quedaron cercados.

Mientras conversaba con los miembros de la Comisión se me comunicó la orden de telefonear al Comandante Supremo y salí de la sala de conferencias. El mismo Stalin me notificó su decisión de nombrarme jefe del Frente Occidental y me preguntó si tenía que hacer al-

guna objeción. No tenía ninguna razón para rehusar. Sin embargo, en el curso de la conversación se hizo patente que pensaba cambiar a todos los jefes y eliminar a los anteriores mandos del Frente. No creí que esa fuera la mejor solución en aquellas circunstancias y le sugerí que Konev permaneciera como comandante adjunto y se le encomendara el mando del grupo de fuerzas del eje de Kalinin, que estaba demasiado lejos del cuartel general y necesitaba un control suplementario. Stalin accedió a mi propuesta, añadiendo que en adelante quedaban encuadradas en el Frente Occidental las demás fuerzas del de Reserva, las unidades desplegadas en la línea Mozhaysk y las reservas de la STAVKA que acudían a reforzarla.

«Forme el Frente Occidental lo antes posible y ponga manos a la obra», me dijo para cerrar la conversación.

Después de discutir la situación con Konev y Sokolovski, decidimos que el cuartel general se retiraría a Alabino; que Konev marcharía con los medios de control necesarios y un grupo de oficiales para coordinar las operaciones en el eje de Kalinin; y que Bulganin, miembro del Consejo Militar, y yo visitaríamos al jefe de la Zona Fortificada de Mozhaysk, el coronel S. I. Bogdanov, para familiarizarnos con la situación sobre el terreno.

La comandancia de la Zona Fortificada de Mozhaysk estaba instalada, cuando llegamos el 10 de octubre por la tarde, en la Casa de Cultura de la ciudad, desde la que se oían claramente el cañoneo y las explosiones de las bombas. El coronel Bogdanov nos comunicó que la 32 División de fusileros, reforzada con artillería y una brigada de carros, se enfrentaba a las avanzadas de fuerzas acorazadas y mecanizadas alemanas en los accesos de Borodino. La mandaba el coronel V. I. Polosukhin, militar con gran experiencia. Luego de ordenar a Bogdanov que resistiera a toda costa, volvimos a nuestro cuartel general de Alabino.

Intervalo artillero: los cañones alemanes bombardean Kaluga.



Ya estaban en marcha las tareas organizativas y operativas destinadas a establecer una defensa sólida a lo largo de la línea Mozhaysk - Maloyaroslavets-Kaluga, desarrollarla en profundidad y crear algunas reservas.

Desde el punto de vista táctico y operativo, la línea defensiva de Mozhaysk poseía ventajas indudables. Por delante de ella corrían los ríos Lama, Moskova, Kolocha, Luzha y Sukhodrev. Sus orillas, cortadas a pico, presentaban fuertes obstáculos para los carros. Detrás, una tupida red de carreteras y ferrocarriles aseguraba la movilidad de las tropas en todos los ejes. Se podía organizar una defensa por zonas en las que la resistencia al enemigo aumentaría a medida que se adentrara en ellas.

El problema consistía en que dicha línea, con sus 215 kilómetros de longitud, apenas disponía de tropas el 10 de octubre. Contaba tan sólo con cuatro divisiones de fusileros, las Escuelas de Artillería y Político-Militar de Moscú, la Escuela que llevaba el nombre del Soviet Supremo de la RSFSR, la Escuela de Ametralladoras de Padolsk, tres regimientos de fusileros de la reserva y cinco batallones de ametralladoras. En resumen, cuarenta y cinco batallones en vez de los 150 para los que estaba concebida, lo que representaba una densidad de efectivos insignificante, de un promedio de un batallón por cada cinco kilómetros de frente. Así pues, no estaba protegido el acceso a Moscú.

Sin embargo, la STAVKA adaptó medidas extraordinarias para afrontar la amenaza que pesaba sobre la capital. El 9 de octubre, el Mando de las Fuerzas de la Línea Defensiva de Mozhaysk pasó a denominarse Mando del Frente de Reserva de Moscú (a su cabeza figuraban el teniente general P. A. Artemyev, como comandante del Frente; el comisario de División K. F. Telegin, como miembro del Consejo Militar; y el general A. I. Kudryashov, como jefe del Estado Mayor). La STAVKA envió allá cinco batallones de ametralladoras recién formados, diez regimientos de artillería contracarro y cinco brigadas de carros. El 11 de octubre se unificaron las fuerzas de la Línea Mozhaysk en el Quinto Ejército, al mando del general D. D. Lelyuchenko. Se concentraron en ella las formaciones en retirada de los Frentes Occidental y de Reserva, y todo el conjunto se reforzó apresuradamente con unidades del flanco derecho del Frente Occidental y del ángulo Sudoeste, así como con reservas del interior. El llamamiento del Partido y del Gobierno movilizó a todo el país, a los hijos e hijas de todas las Repúblicas de la Unión en defensa de Moscú.

El mando del Frente Occidental tenía ahora que ocuparse de organizar las tropas y armamento que afluían a él, sin perder un tiempo precioso, de preparar una defensa sólida en todos los ejes amenazados, de desarrollarla en profundidad y de acumular reservas que permitieran reforzar los puntos vulnerables.

Todos teníamos que trabajar día y noche sin descanso. Los hombres se caían literalmente de cansancio y de sueño, pero hacían todo lo posible y a veces hasta lo imposible. Espoleados por el sentimiento de que éramos personalmente responsables del destino de Moscú y de la Patria, los generales, oficiales de estado mayor, comandantes y comisarios políticos de todas las graduaciones hicieron gala de una energía y una abnegación sin precedentes. Procuraban que todo se hiciese lo mejor posible; que se llevasen a cabo reconocimientos aéreos y terrestres, que las tropas del frente estuvieran mandadas con firmeza y que no se interrumpiese la afluencia de pertrechos. Se intensificó la labor política del Partido y se elevó la moral de los soldados, infundiéndose a cada uno la confianza en las fuerzas a las que pertenecía y la certidumbre de que se derrotaría al enemigo a las puertas de Moscú.

De conformidad con una orden de la STAVKA que entró en vigor a las 23 horas del 12 de octubre, todas las unidades combatientes e instalaciones del Frente de Reserva de Moscú quedaron englobadas en el reorganizado Frente Occidental. Entre tanto, la situación cada vez

empeoraba más. He aquí uno de los partes cursados por el Consejo Militar del Frente el 12 de octubre de 1941 a la STAVKA:

«El enemigo, con efectivos de dos divisiones Panzer y una de infantería motorizada, así como por lo menos tres divisiones de infantería, ha ocupado la zona de Sychevka-Zubtsov y sigue explotando sus éxitos en dirección a Kalinin. Las avanzadas de una división Panzer que avanza en esa dirección alcanzaron una línea a veinticinco kilómetros de Staritsa a las 9 horas y 35 minutos del 12 de octubre.

Decisiones tomadas y órdenes dictadas:

1. Los comandantes de los ejércitos Veintidós y Veintinueve tienen que enviar cada uno en vehículos un regimiento con armamento anticarro a la zona al Este de Staritsa para proteger el eje de Kalinin. 2. Se ha enviado a Staritsa la 174 División de Fusileros que iba de camino hacia la ciudad de Rzhev. 3. Se ha ordenado al comandante del Veintidós Ejército que retire del frente la 256 División de Fusileros y la envíe a Kalinin a marchas forzadas para defender esa población por el Sur. 4. Se ha ordenado al comandante de la guarnición de Kalinin que despliegue algunos destacamentos sobre la línea Boriskovo-Pokrovskoye...

Sólo puede afianzarse la defensa de Kalinin con el envío inmediato de una división de fusileros y una brigada de carros, por lo menos, cosa que le es absolutamente imposible al Frente en estos momentos.

Solicito ordene el envío urgente a Kalinin de una División de la Reserva del Alto Mando.

En idénticas condiciones se halla el eje de Volokolamsk, absolutamente desguarnecido, y para el cual no dispone de fuerzas el Frente.

Es imprescindible dotar a este eje por lo menos de una división.



Izquierda y arriba: **Jóvenes y viejos moscovitas, bajo cualquier temperatura, preparan su defensa silenciosamente. A veces hubo que encender hogueras para descongelar el terreno, conforme la temperatura descendía día a día.**

A mediados de octubre, los reorganizados ejércitos Quinto, Dieciseis, Cuarenta y Tres y Cuarenta y Cuatro no reunían en total más que 90.000 hombres, fuerzas que distaban mucho de ser suficientes para una defensa continua, así que decidimos proteger en primer lugar los ejes principales: Volokolamsk, Istra, Mozhaysk, Maloyaroslavets, y Podolsk-Kaluga. En ellos se concentró el grueso de la artillería y de las armas anticarro.

El 13 de octubre se situó en el eje de Volokolamsk al Ejército Dieciseis del Cuartel General, mandado por K. K. Rokossovsky, A. A. Lobachev y M. S. Malinin. Al mismo fueron incorporadas las unidades que afluían, así como la zona fortificada de Volokolamsk. En el Quinto Ejército al mando del general L.

A. Govorov se incluyeron la zona fortificada de Mozhaysk, la 32 División de Fusileros del coronel Palosukhin y las nuevas unidades recibidas, mientras que el Cuarenta y Tres Ejército se ponía a las órdenes del general K. D. Golubev, y se le incorporaba la zona fortificada de Maloyaroslavets. El Cuarenta y Nueve Ejército se encontraba a las órdenes del general I. G. Zakharkin y comprendía la zona fortificada de Kaluga.

Todos estos jefes eran militares experimentados que conocían su oficio y se podía tener la más absoluta confianza en que harían todo lo posible, con sus tropas, para impedir la penetración enemiga hasta Moscú. Debo mencionar asimismo la meticulosa labor realizada por el personal del cuartel general, dirigido por el general Sokolovsky, ahora mariscal de la U.R.S.S., y los esfuerzos enérgicos del jefe de las Fuerzas de Transmisiones del Frente, el comandante general N. D. Psurtsev (actual ministro de Comunicaciones) para garantizar unas bases sólidas de control.

Tras el primer escalón del Frente Occidental se llevaban a cabo grandes obras de ingeniería para constituir una defensa en profundidad y se establecían campos anticarro en todos los ejes vulnerables a la penetración alemana, mientras a los principales se transportaban reservas. Se trasladó el cuartel general de Alabino a Perkhushkovo, desde donde las líneas telefónicas y telegráficas enlazaban con las fuerzas terrestres y aéreas. Se avituallaban apresuradamente las líneas y se montaban hospitales de sangre y otras instalaciones de retaguardia. Así se creó un nuevo Frente Occidental con la misión de repeler el ataque alemán contra Moscú.

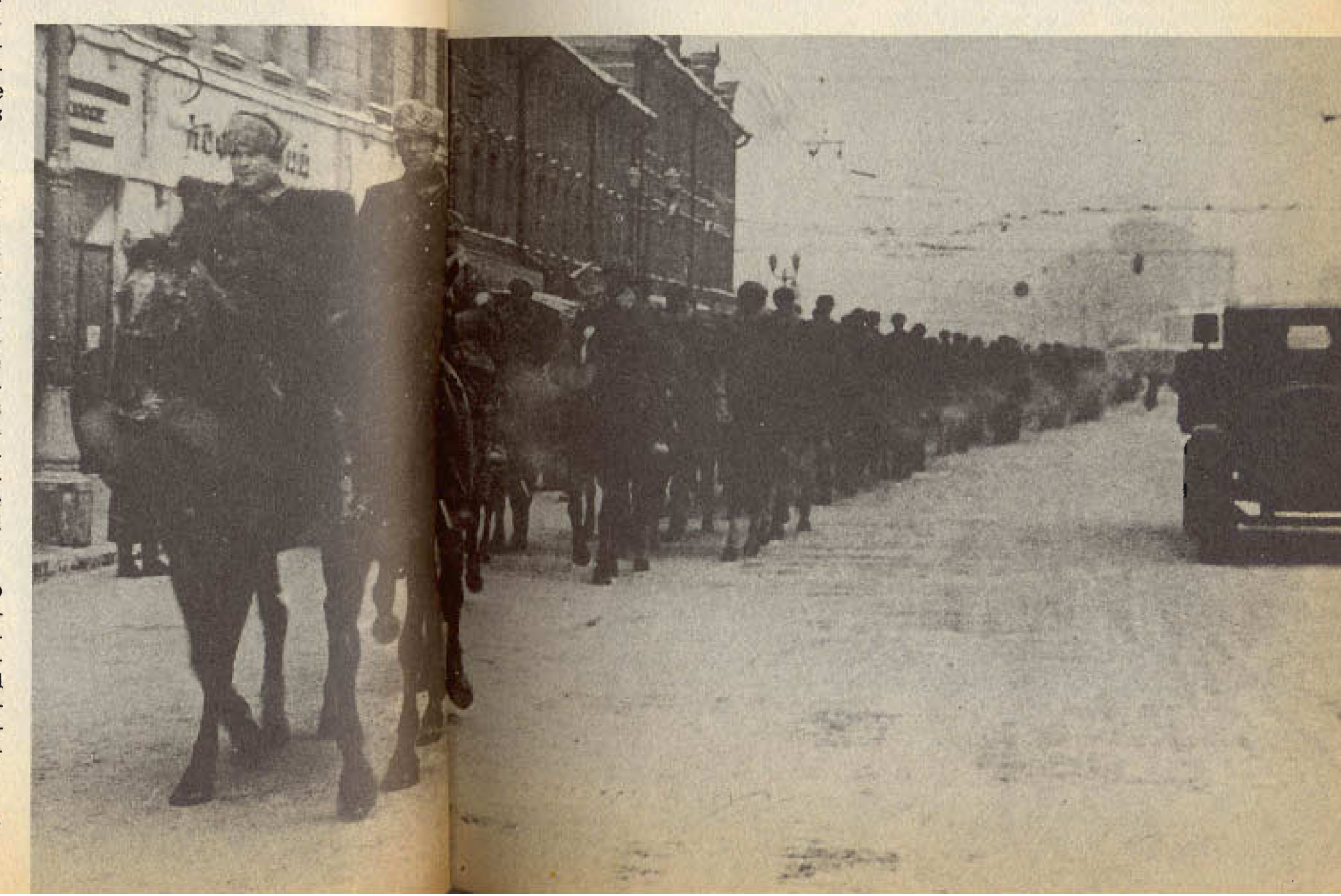
El Partido Comunista llevó a cabo una ingente labor explicando a la población soviética la gravedad de la situación y la inminente amenaza que se cernía sobre la capital. El Comité Central apeló a todo el pueblo para que depusiera la indiferencia y el pánico y cumpliera con honor sus deberes, no permitiendo al adversario entrar en la capital.

A mediados de octubre necesitábamos tiempo, más que ninguna otra cosa, para preparar nuestra defensa. Es preciso reconocer la heroica acción de los ejércitos Diecinueve, Dieciseis, Veinte, Veinticuatro y Veintidós, cercados al Oeste de Vyazma. A pesar de encontrarse en la retaguardia enemiga, no por ello depusieron las armas, sino que continuaron luchando animosamente e intentaron romper el cerco para unirse al resto del Ejército Rojo, con lo cual lograron inmovilizar grandes contingentes enemigos, impidiendo a los alemanes desplegar su ofensiva contra Moscú. El mando del Frente y la STAVKA ayudaron a las tropas cercadas en su lucha bombardeando desde el aire las posiciones alemanas y arrojándoles víveres y municiones, pero ninguno de los dos podía hacer más, al carecer de armamento y soldados suficientes.

En dos ocasiones —el 10 y el 12 de octubre— radiamos mensajes cifrados a los jefes de los ejércitos cercados, transmitiéndoles breves informes sobre el enemigo y encargándoles que intentaran romper el cerco bajo el control supremo del general Lukin, comandante del Diecinueve Ejército. Se le decía que comunicase en clave inmediatamente sus planes y disposición de sus fuerzas, y que nos indicara en qué punto necesitaba cobertura aérea. Sin embargo, ninguno de los dos mensajes recibió contestación. Probablemente llegaron demasiado tarde; parece que los ejércitos cercados ya se habían desbandado y sólo consiguieron escapar algunos grupos aislados.

La firmeza y el tesón desplegados por las fuerzas de la bolsa de Vyazma distrajeron al grueso del enemigo en los días más críticos para nosotros. Ganamos un tiempo precioso para organizar la defensa en la línea Mozhaysk, de suerte que las tropas cercadas no derramaron su sangre en vano. La proeza de aquellos soldados soviéticos, cuyo heroísmo en Vyazma tanto contribuyó a la defensa de Moscú, aguarda todavía su cronista.

El 13 de octubre, la embestida alemana arrebató Kaluga de manos de nuestras fuerzas. En todos los ejes principales se trabaron encarnizados combates, ya que los alemanes arrojaron gran parte de sus fuerzas móviles sobre todas las rutas que llevan a Moscú. El servicio de información comunicó que el día 15



Una unidad de caballería atraviesa Moscú, camino del frente.

unos cincuenta carros habían alcanzado la zona de Turginovo; cerca de cien, Lotochino; otros tantos Makarovo y Karagatovo; unos cincuenta, Borovsk; y unos cuarenta, Borodino.

A causa del creciente peligro que corría la capital, el Comité Central del Partido y el Comité de Defensa del Estado decidieron evacuar inmediatamente varios departamentos del primero de ellos y del gobierno, así como la totalidad del cuerpo diplomático, a Kuybishev; se pusieron asimismo a salvo los tesoros más valiosos del estado. La evacuación comenzó la noche del 15 al 16 de octubre. Los moscovitas reaccionaron ante estas medidas con plena comprensión, pero como en todo rebaño hay ovejas negras, no podían faltar los cobardes, alarmistas y egoístas. Estos huyeron de Moscú en todas las direcciones, sembrando por doquier el pánico con su rumor de que estaba a punto de caer. Así, para movilizar a las fuerzas y al pueblo de la capital en la resistencia contra el enemigo y para atajar el pánico que habían hecho cundir los provocadores el 16 de octubre, el Comité de Defensa del Estado proclamó el 19 del mismo mes el estado de sitio en Moscú y comarcas aledañas.

La línea defensiva Volokolamsk - Mozhaysk - Maloyaroslavets - Serpukhov estaba defendida por fuerzas todavía muy débiles y en algunos puntos el enemigo se había apoderado de ella. Para impedir que se abriese paso hasta Moscú, el Consejo Militar del Frente eligió como principal posición defensiva la línea que va desde Novo - Zavidovsky, pasando por Klin, el embalse de Istra, Zhavoronki, Krasnaya Pakhra y Serpukhov hasta Alexin. En vista de la importancia de esta medida, creo que debo reseñar con detalle el plan de retirada de los ejércitos del Frente Occidental. Fue aprobado el 19 de octubre por Stalin y se preveía en él:

1. Si resultaba imposible contener la ofensiva del enemigo en la línea defensiva de Mozhaysk, los ejércitos del Frente, cubiertos por su retaguardia, retirarían el grueso de sus fuerzas, empezando por la artillería, a la línea defensiva que se estaba preparando entre Novo-Zavidovsky - Klin - Istra - Zhavoronki - Krasnaya Pakhra - Serpukhov - Alexin. Debía emplearse toda la potencia aérea para proteger esta retirada.

2. Hasta que sus unidades se hallasen desplegadas en la principal línea defensiva, los ejércitos organizarían y librarían combates por medio de su retaguardia, reforzada y provista de abundantes armas anticarro, y de unidades móviles disponibles para contraatacar al primer aviso, deteniendo al enemigo el mayor tiempo posible en la línea intermedia Kozlovo - Gologuzovo - Yelgozino - Novo - Petrovskoye - Kolubyakovo - Naro - Fominsk - Tarutino - Chernaya Gryaz - Protva.

3. Los ejércitos se retirarían dentro de sus propias líneas de demarcación, excepto el Dieciseis y el Quinto: la línea de separación entre estos pasaba por Zagorsk, Iksha, Povarovo y Tarkhanovo, localidades incluidas en la zona del Dieciseis Ejército.

4. Los servicios de retaguardia de los ejércitos se retirarían al Este dentro de sus límites, excepto los del Quinto y el Treinta y Tres, que seguirían por carreteras exteriores a la capital: la retaguardia del Quinto retrocedería por las carreteras que pasan al Norte de Khimki y Mistichi, y la del Treinta y Tres Ejército, por el Sur de Peredelkino y Lyubertsy. No se dirigiría ni admitiría un solo automóvil o vehículo a través de Moscú o su área metropolitana. Con este fin, los ejércitos Quinto y Treinta y Tres regularían firme y oportunamente su retirada, señalando las carreteras que debían utilizar los medios de transporte, los servicios de retaguardia y las tropas. Los servicios innecesarios serían evacuados de antemano.

5. Si la batalla a lo largo de la línea principal Pavlovskaya - Sloboda - Zhavoronki tomaba un sesgo desfavorable, el Quinto Ejército no se acogería al perímetro fortificado en torno a Moscú, sino que se retiraría hacia el Nordeste, al Norte de Khimki, y su flanco izquierdo hacia las unidades del Treinta y Tres Ejército al Sur de Peredekino y Lyu-

Hombres y cañones: las nuevas reservas del Ejército Rojo desfilan por Moscú.



bertsy. Estas unidades se unirían a la reserva del ejército, rodeando la zona fortificada de Moscú desde el Sudeste y el Este hasta la zona de Pushkino.

6. La base de abastecimiento del Quinto Ejército sería la estación de Pushkino, y la del Treinta y Tres la de Ramenskoye. Los ejércitos Dieciseis, Cuarenta y Tres y Cuarto establecerían sus bases de suministro en estaciones situadas dentro de sus líneas de demarcación.

7. Para cubrir la proyectada retirada de las unidades de los ejércitos por la red de carreteras Novo - Petrovskoye - Kubinka - Naro - Fominsk - Vorobya, regimientos de artillería anticarro prepararían de antemano defensas encaminadas a excluir cualquier posible penetración de Panzer enemigos hasta la retaguardia.

Parte de los ejércitos ocuparía por anticipado la principal línea defensiva en los ejes más importantes, con unidades de infantería y en particular con artillería y baterías de cohetes.

El Dieciseis Ejército desplegaría previamente los restos de la 126 División de Fusileros a la altura de Klin y Troitskoye; el Quinto Ejército haría lo mismo con las divisiones de fusileros 110 y 113 en las zonas de Davidkovo y Krasnaya Pakhra; y el Cuarenta y Tres Ejército, en la zona al Oeste de Podolsk y Lopasnya, con la 53 División de Fusileros.

8. El control de los ejércitos por parte del mando del Frente durante la retirada se efectuaría a través de la red de comunicaciones de la Comisaría del Pueblo para la Defensa; simultáneamente se establecería un centro de comunicaciones y un emplazamiento para el cuartel general del Frente en la zona de Orejovo - Zuyevo o de Likino - Dulevo.

Firmaban el documento: el comandante del Frente Occidental general de Ejército Zhukov; el miembro del Consejo Militar del Frente Occidental, Bulganin; y el jefe del Estado Mayor del Frente Occidental, teniente general Sokolovsky, a 19 de octubre de 1941.

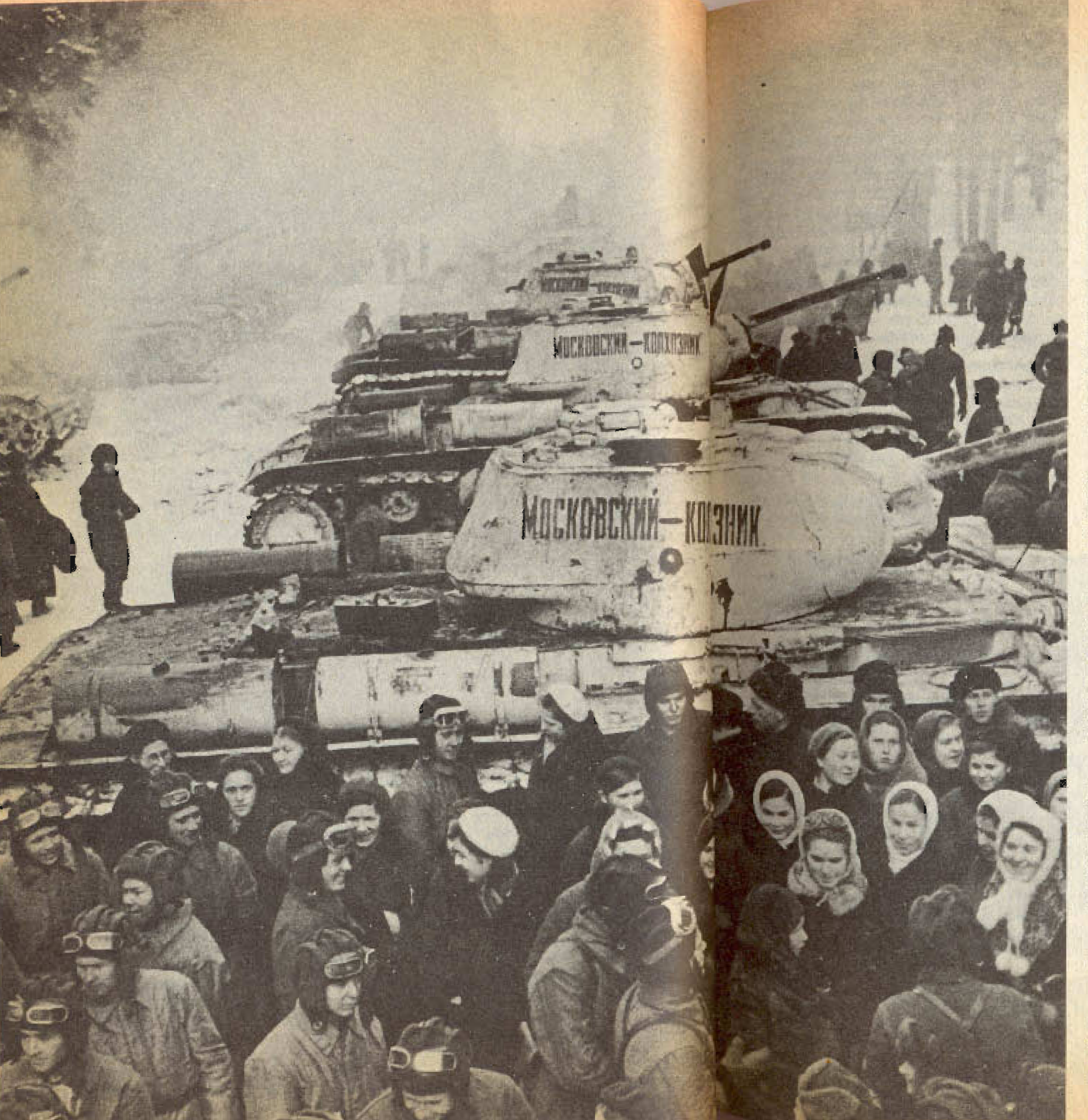
El plan se comunicó a los comandantes de los ejércitos con el más absoluto secreto, y ellos elaboraron sus propios planes en consonancia con el mismo. Sin embargo, como sabemos, aunque la STAVKA lo confirmó, las fuerzas del Frente hubieron de retirarse de las líneas Mozhaysk en medio de una lucha encarnizada, durante la cual trataron de entretener al enemigo y de ganar el máximo de tiempo para poder concentrar las formaciones que acudían de la reserva de la STAVKA y reforzar la línea defensiva de retaguardia.

El Consejo Militar del Frente publicó entonces una arenga dirigida a sus tropas, en la que se decía:

«¡Camaradas! en esta hora de peligro para nuestro estado, la vida de cada soldado pertenece a la Patria. Esta nos pide, a cada uno de nosotros, poner a contribución todas nuestras fuerzas, nuestro valor, nuestro heroísmo y nuestra tenacidad. Nos exige formar con nuestros pechos una muralla indestructible que corte a las hordas fascistas el camino de nuestro amado Moscú. Nunca han sido tan necesarias como ahora la vigilancia, una disciplina férrea, la organización, la resolución en la acción, la voluntad inquebrantable de victoria y el espíritu de sacrificio.»

No creo que haga falta describir el curso de la batalla, pues es algo que se ha hecho reiteradamente en muchas obras y libros históricos. De sobra conocido es, asimismo, el resultado de los combates defensivos librados en octubre ante Moscú. Durante un mes de encarnizados y sangrientos encuentros, los alemanes consiguieron avanzar de 230 a 250 kilómetros. Sin embargo, quedó desbaratado su plan para conquistar la capital, sus fuerzas sufrieron un serio des-

El principal bien del Ejército Rojo: un carro T-34 camuflado para luchar en la nieve.



gaste y sus grupos de asalto se vieron obligados a desplegarse demasiado. La ofensiva alemana fue perdiendo cada vez más empuje y a fines de octubre se había atascado a lo largo de una línea que llegaba desde Turginovo hasta Alexin pasando por Volokolamsk, Dorokhovo, Naro - Fominsk y el Oeste de Serpukhov. En la zona de Kalinin, las fuerzas de ese Frente habían estabilizado también la defensa por aquellas fechas. (Debido a la gran extensión del Frente Occidental y a la dificultad de controlar a las fuerzas de esa zona, la STAVKA decidió el 17 de octubre agrupar los ejércitos Veintidós, Veintinueve y Treinta en un nuevo Frente, el de Kalinin, mandado por el general Konev, con el comisario de Cuerpo D. S. Leonov como miembro del Consejo Militar y el general I. I. Ivanov como jefe de Estado Mayor).

El Frente de Bryansk, cuyas fuerzas se habían retirado el 30 de octubre a la línea Alexin - Tula - Efremov - Tim, hizo naufragar los proyectos enemigos de adueñarse de Tula, y cubrió las rutas de Yelets y Voronezh.

Cuando hablamos de resistencia no nos referimos sólo al de nuestros intrépidos soldados, oficiales y comisarios políticos. Lo que se consiguió en el frente en octubre, y luego en las batallas que siguieron, fue posible merced a la unidad y a los esfuerzos comunes de las tropas soviéticas y de los trabajadores de la capital y de su región, apoyados unánimemente por todo el pueblo ruso.

Las diversas actividades del Partido en Moscú y en su región para unir y movilizar a los trabajadores en defensa de la capital contra el enemigo constituyen una epopeya. Las consignas del Comité Central y de las organizaciones del Partido en la ciudad y el sector de Moscú movieron a cada moscovita, a cada soldado y a toda la población soviética.

Recordemos que en octubre y noviembre de 1941 sólo los trabajadores de la

Una unidad rusa de carros toma posesión de sus nuevos T-34/76 pesados, de manos de los agricultores colectivos que los han pagado con sus ahorros.

capital proporcionaron al frente cinco divisiones de refuerzo. En total, desde el principio de la guerra, habían formado diecisiete. Además de las divisiones de voluntarios de la Milicia popular, crearon y armaron centenares de destacamentos para prevenir la penetración alemana. El 13 de octubre de 1941, el Comité del Partido de la capital decidió organizar más batallones obreros en cada uno de los distritos urbanos; a los pocos días se habían formado veinticinco compañías y batallones independientes, con un total de aproximadamente 12.000 hombres, casi todos comunistas. Simultáneamente, otros 100.000 obreros se entrenaban militarmente en sus horas libres, para ser luego encuadrados en unidades de combate, mientras unas 17.000 mujeres y muchachas se preparaban como enfermeras y como componentes de equipos sanitarios.

Alimento para los cañones: unas obreras comprueban el calibre de los proyectiles acabados de fabricar.



Había entre ellos especialistas en las más diversas profesiones civiles, obreros cualificados, ingenieros, técnicos y estudiosos o trabajadores de ramas artísticas. El servicio militar era algo nuevo para ellos, y sin embargo tuvieron que entrar en acción cuando todavía les quedaba mucho por aprender. ¿Habrá que extrañarse de que estas unidades voluntarias creadas en la capital se convirtieron al fin en una formación de voluntarios, una vez que se adiestraron en el combate? Los habitantes de Moscú constituyeron el núcleo de muchas subunidades especializadas en el espionaje, fueron esquiadores y colaboraron con grupos de guerrilleros.

Los moscovitas levantaron con sus propias manos las instalaciones defensivas más de 500.000 trabajadores de Moscú y de su contorno, la mayoría mujeres, construyeron las defensas de los accesos a la capital, desde los más cercanos a los más alejados.

En los muchos años transcurridos desde la contienda, los generales nazis y los historiadores occidentales han hablado bastante, por un lado de las malas carreteras rusas y del fango de las mismas, y por otro del hielo. Semejante tipo de mitificación está ya en descrédito, pero en todo caso quiero volver a llamar la atención de los lectores hacia lo que el general Tippelskirch escribió sobre este factor, que según él impidió la toma de Moscú por las tropas nazis: «Se hizo imposible el avance por las carreteras, el barro se pegaba a los pies, a los cascos de los animales, a las ruedas de los carros y de los demás vehículos... la ofensiva tuvo que detenerse».

Cuando los generales nazis prepararon su expedición hacia el Este, ¿creyeron, acaso que iban a viajar hasta Moscú por calzadas fáciles y bien pavimentadas? Si así lo pensaron, mayor fue la sorpresa de las fuerzas invasoras, que como afirma Tippelskirch, quedaron detenidas por el barro ante los accesos de Moscú. En aquellos días pude ver con mis propios ojos a millares y millares de ciudadanas de Moscú, muchas poco habituadas a los trabajos pesados de obras públicas, que trabajaban apenas sin abrigo contra el duro clima; bajo las mismas condiciones atmosféricas y en el mismo barro se ocupaban de abrir zanjas anticarro y trincheras, de levantar obstáculos contra los carros, de instalar barricadas y alambradas y de arrastrar sacos terreros. El barro también se pegaba a su calzado y a las ruedas de los carros de mano en que transportaban la tierra, y hacía mucho más pesadas las palas que utilizaban, que, en todo caso, no habían sido concebidas para las manos femeninas... Me parece que no debo seguir con la comparación, aunque sí he de añadir, frente a los que pretenden ocultar bajo el barro las verdaderas razones de su derrota, que en octubre de 1941 la temporada en que las calzadas quedaban intransitables fue relativamente breve; el frío empezó a principios de noviembre, nevó y el terreno y las vías de comunicación se hicieron transitables. Durante los días de noviembre en que se produjo la «ofensiva general» alemana, la temperatura en la zona de combate de Moscú se estabilizó entre los siete y los diez grados bajo cero, y como todos saben, a esta temperatura el barro desaparece.

Los moscovitas siguieron trabajando sin importarles la baja temperatura, en la construcción de sus instalaciones defensivas; la del perímetro exterior fue terminada el 25 de noviembre, y en ella, como pude comprobar, trabajaron más de 100.000 personas, la mayoría mujeres. Se construyeron 1.428 emplazamientos artilleros y nidos de ametralladoras, 160 kilómetros de zanja anticarro, 112 kilómetros de triple alambrada y un elevado número de otros obstáculos. Pero no fue ésta toda la contribución ciudadana a la victoria común; la misma voluntad de sacrificio de los obreros, en defensa de su capital, produjo en las tropas un efecto moral que multiplicó sus energías y reforzó el espíritu de lucha.

A diario se recibían noticias de la tarea sacrificada de los moscovitas, que en casi todas sus fábricas habían instalado un equipo para la producción bélica, no ya sólo en las grandes instalaciones industriales, sino también en las fábricas locales y en las cooperativas industriales.

Tampoco podemos olvidar a los miles de moscovitas pertenecientes a los destacamentos y equipos de la Defensa Civil, que vigilaron día y noche sobre los tejados de los edificios. Centenares de mujeres y de muchachas trabajaron como voluntarias en los hospitales, atendieron a los heridos y les prodigaron sus cuidados. ¿Podremos silenciar, además, el favorable afecto que en el frente producían las cartas, los telegramas y los paquetes enviados por los moscovitas y por gentes de todo el país? Durante la Batalla de Moscú las tropas recibieron 450.000 paquetes y 700.000 prendas de abrigo, incluso de los obreros de la República Popular de Mongolia, que envió una delegación presidida por el mariscal Choibalsan.

El 1 de noviembre fui llamado a la STAVKA. Stalin habló así: «Además de los actos ceremoniales del aniversario de la Revolución de Octubre, queremos celebrar en Moscú un desfile militar. ¿Cuál es su opinión? ¿Permitirá la situación en el frente el que celebremos el acontecimiento?»

Le informé que en los días inmediatos el enemigo no se hallaría en condiciones



Camino del frente: los fusileros y artilleros anticarro salen de Moscú.

de iniciar una gran ofensiva, ya que había sufrido elevadas bajas durante las batallas del mes de octubre y se ocupaba afanosamente de reforzar y reagrupar sus fuerzas. En cuanto a su aviación, era muy probable que en estos días desarrollara una mayor actividad.

Se decidió, por tanto, reforzar la defensa aérea de la capital mediante el traslado de cazas de los frentes vecinos; el tradicional desfile pudo así celebrarse en la Plaza Roja. Todo se desarrolló en orden, y una vez que las tropas pasaban ante el mausoleo de Lenin seguían sin detenerse hacia sus puestos en el frente.

No cabe duda de que el desfile tuvo una enorme resonancia, tanto en el plano interno como en el internacional.

En la primera quincena de noviembre, el Mando Supremo Soviético, que esperaba la reanudación del ataque enemigo sobre Moscú, siguió adoptando todo tipo de medidas para asegurar la defensa. Las tropas del Frente Occidental reforzaron más aún sus posiciones defensivas y se efectuaron algunas reagrupaciones; a partir de las seis de la tarde del 10 de noviembre, el Cincuenta Ejército y la defensa de Tula fueron transferidos, por decisión de la STAVKA, al Frente Occidental, quedando disuelto al Frente de Bryansk, al ser incorporados sus ejércitos Tercero y Trece al Frente Sudoccidental. La transferencia a nuestro Frente del sector de Tula y del Cincuenta Ejército implicaba una considerable ampliación de nuestras líneas de defensa, sobre todo si se tiene en cuenta que el citado Ejército contaba con escasos efectivos. Sin embargo, la Reserva de la STAVKA nos enviaba constantemente nuevas unidades, equipo, armas, municiones, material de comunicaciones y suministros; a los depósitos del frente y de la vanguardia llegaban grandes cantidades de abrigos de pieles, botas de fieltro, ropa interior de invierno, guerreras de lana y gorros de piel con orejeras. A mediados de noviembre, nuestras tropas habían sido equipadas contra el frío y se hallaban en mejor situación que las tropas alemanas, que se habían enfundado todo tipo de prendas de invierno que pudieron conseguir. En aquellos días comenzaron a aparecer entre los soldados alemanes unas amplias polainas de paja que dificultaban sus movimientos. En todo caso, según la información recibida, estaban ya a punto de terminar sus concentraciones de tropas y era de esperar que reanudaran pronto su ofensiva.

Las formaciones adicionales de fusileros y de unidades acorazadas recibidas de la Reserva de la STAVKA se habían concentrado en las rutas más peligrosas, sobre todo en Volokolamsk-Klin y en Istra, por donde se pensaba que se desencadenaría el grueso del ataque acorazado. El Dieciseis Ejército se vio engrosado con las Divisiones de Caballería 17, 18, 20, 24 y 44, las cuales fueron apostadas a lo largo del eje Volokolamsk - Klin, al tiempo que otras tropas de refresco eran destinadas a la zona de Tula - Serpukhov, por donde se esperaba el ataque del Cuarto Ejército y del Segundo Panzer. El 9 de noviembre llegaban al flanco izquierdo del Frente el Cuerpo de Caballería del general P. A. Belov, las divisiones 415 de Fusileros y 112 de Carros y la 33 Brigada de Carros. Conviene subrayar que, aunque el Frente Occidental había sido reforzado en gran medida y contaba ya con seis ejércitos a mediados de noviembre, su defensa era todavía poco profunda, sobre todo en el centro, a causa de la extensión de las líneas, que excedía de 600 kilómetros. De ahí que se pensara dedicar esas fuerzas, preferentemente, a la protección de los ejes más amenazados en los flancos, destinándose a la Reserva del Frente, para poder maniobrar en caso necesario. Sin embargo, la orden del Mando Supremo recibida el 13 de noviembre nos obligó a realizar en los planes unas alteraciones radicales. Stalin había telefoneado: «¿Cómo se comporta el enemigo?» me preguntó.

«Ya ha terminado casi la preparación de sus grupos de asalto, y según parece se lanzará pronto a la ofensiva», le contesté.

«¿Por dónde se espera que realice un ataque principal?»

«Esperamos que el ataque más importante proceda de la zona Volokolamsk -

Novo - Petrovskoye, en dirección a Klin y a Istra. Es probable que las fuerzas de Guderian pretendan rebasar Tula para dirigirse hacia Venev y Kashira.»

Stalin replicó: «Shapoyhnikov (el jefe del Estado Mayor Central) y yo estimamos que debemos abortar el asalto que el enemigo prepara mediante un contragolpe previo. Uno de los contraataques debe intentar rebasar Volokolamsk por el Norte y el otro debe partir del área de Serpukhov para dirigirse contra el flanco del Cuarto Ejército alemán. Es obvio que en esas zonas están reuniendo fuertes efectivos para atacar Moscú».

«¿De dónde vamos a sacar las tropas para esos contraataques?», le pregunté. «El Frente no puede prescindir de ellas y contamos con las imprescindibles para conservar las posiciones que ahora ocupamos.»

«En la zona de Volokolamsk hay que usar las formaciones del flanco derecho del ejército de Rokossovsky, la 58 División de Carros, las Divisiones Independientes de Caballería y el Cuerpo de Ejértico de Caballería de Dovator. En la zona de Serpukhov, el Cuerpo de Ejército de Caballería de Belov, la División de Carros de Getman y una parte del Cuarenta y Nueve Ejército.»

Tuve que contestarle: «No podemos hacerlo en este momento; no podemos lanzar las últimas reservas del Frente en unos contraataques de dudoso resultado. Nos quedaríamos sin refuerzos cuando ataquen los grupos de asalto enemigos».

«Tienen seis ejércitos en ese Frente, ¿no es bastante?»

Le contesté que la línea defensiva era muy larga, y que con sus irregularidades se extendía en más de 600 kilómetros, faltando reservas en la retaguardia, sobre todo en el sector central.

«Ya hemos discutido el tema del contraataque. Envíeme esta misma tarde el plan del mismo». Y con estas palabras Stalin consideró el asunto como decidido.

Intenté de nuevo convencerle de la locura de lanzar un contraataque con las últimas reservas de que disponíamos, haciéndole ver que el terreno no nos era favorable en el sector Norte de Volokolamsk, pero me colgó el teléfono.

La conversación me había dejado deprimido, pero no porque el Comandante Supremo no hubiera coincidido con mi opinión, sino porque Moscú, que las tropas habían jurado defender hasta la última gota de sangre, se hallaba en peligro mortal en el instante en que se cursaba la orden perentoria de lanzar nuestras últimas reservas en unos contraataques dudosos. Si la agotábamos, nos veríamos imposibilitados de consolidar los puntos débiles de nuestra defensa.

Quince minutos después me visitaba Bulganin, miembro del Consejo Militar; según parece, el Comandante Supremo le había llamado por teléfono inmediatamente después de hablar conmigo, y le había dicho: «Usted y Zhukov se están dando excesiva importancia; se les ha subido el humo a la cabeza y les vamos a colocar en sus puestos». Stalin le ordenó que se reuniera conmigo y que nos pusiéramos de inmediato a preparar los contraataques.

Dos horas más tarde, el cuartel general del Frente dio la orden a los jefes de los ejércitos Dieciseis y Cuarenta y Nueve y a las demás unidades para que iniciaran los contraataques, y se remitió el correspondiente parte a la STAVKA. Se inició, pues, la operación pero, casi pisándole los talones, el 15 de noviembre el mando nazi reanudó su ofensiva sobre Moscú. El curso de la batalla en aquellas jornadas será conocido por los lectores, por lo que me limitaré a referir algunos detalles y episodios que contribuyan a explicar el cuadro general.

Como es bien sabido, el asalto enemigo al Noroeste de Moscú se lanzó contra el flanco izquierdo del Treinta Ejército del Frente de Kalinin, dotado de instalaciones defensivas muy débiles al Sur del «mar de Moscú», al tiempo que se atacaba por el sector central y por el flanco derecho del Dieciseis Ejército, el Frente Occidental. Contra esas fuerzas se lanzaron más de 300 carros, a los que sólo podían oponerse cincuenta y seis, dotados de un armamento ligero e insuficiente.



Nuevas masas de infantería pasan junto al río Moskva.

Los alemanes abrieron una brecha a través del Treinta Ejército y en la mañana del 16 de noviembre lanzaron su ofensiva, a gran velocidad, en dirección a Klin, donde no contábamos con reservas. Ese mismo día desencadenaron otro fortísimo ataque en la zona de Volokolamsk, en la ruta de Istra; 400 carros medios y pesados alemanes frente a unas tropas que contaban con unos 150 carros medios y ligeros.

El 17 de noviembre, a las 11 de la noche, la STAVKA transfirió al Treinta Ejército del Frente de Kalinin al Occidental, con lo que las defensas de éste se extendieron más al Norte aún, hasta llegar al «mar de Moscú». En la tarde del 23 de noviembre el enemigo se apoderaba de Klin después de un encarnizado combate y se dirigía hacia Dmitrov, al tiempo que algunos de sus carros se volvían hacia Solnechnogorsk. El 25 de noviembre el Dieciseis Ejército abandonaba Solnechnogorsk. El Consejo Militar del Frente trasladó a aquella zona, a las órdenes del general Rokossvsky, a todas las tropas disponibles de los demás sectores, incluso pelotones individuales y grupos de soldados y fusileros anticarro, unidades sueltas de carros, baterías de artillería y antiaéreas, procedentes del área de Moscú. La situación se hizo crítica; nuestras líneas defensivas cedían bajo la presión y en algunos lugares eran ya excesivamente débiles, de suerte que parecía llegarse a un punto irreparable. Pero no fue así; las tropas soviéticas combatieron resistieron hasta la llegada a la zona de Solnechnogorsk de la 7.ª División, procedente de Serpukhov, acompañada de dos brigadas de carros y de dos regimientos de artillería anticarros, de la Reserva de la STAVKA. Con la llegada de estos refuerzos, nuestras tropas vol-

vieron a establecer una vez más una línea defensiva infranqueable. Según se pudo apreciar en los primeros días de diciembre, por la naturaleza de la lucha y por la potencia de los ataques alemanes, parecía que el enemigo empezaba a sentirse agotado y que ya no contaba con tropas ni con recursos para sostener una seria operación ofensiva a lo largo de este eje.

Los acontecimientos en los demás ejes se desenvolvieron con la misma intensidad, pues las fuerzas enemigas realizaron en ellos sus ataques más importantes. Las divisiones del flanco derecho del grupo alemán de Volokolamsk llegaron hasta ocho kilómetros al Nordeste de Zvenigorod el 2 de diciembre, pero al día siguiente se vieron incapaces de seguir el avance. A fin de cooperar con el ataque, el enemigo pasó también a la ofensiva en el sector cercano a Naro - Fominsk, que hasta entonces había estado tranquilo; logró abrir una brecha en el frente del Treinta y Tres Ejército y aproximarse a la zona de Aprelevka, pero en los días 3 y 4 de diciembre los contraataques de las unidades de los ejércitos Quinto, Treinta y Tres y Cuarenta y Tres derrotaron a las que se habían internado y las hicieron volver a la orilla occidental del río Nara.

En los ejes de Maloyaroslavets y Serpukhov, nuestras tropas prosiguieron con su tenaz lucha desde el 16 de noviembre hasta el 2 de diciembre, a fin de desbaratar la ofensiva enemiga. Hasta el 30 de noviembre continuó la dura batalla de las zonas de Kayhira y de Mordves, y a partir de ese día el general Guderian, comandante en jefe del Segundo Ejército Panzer, colocó a sus tropas en posiciones defensivas. Las fuerzas soviéticas rechazaron todos los asaltos enemigos en la región de Tula, infligieron cuantiosas pérdidas e impidieron el avance hacia Moscú.

Los alemanes ignoraron las bajas padecidas y prosiguieron en su avance, a cualquier precio, en un intento de abrirse camino hacia la capital a través de las cuñas creadas por los Panzer. Pero gracias a la excelente cooperación entre las formaciones y unidades de todas las armas, nuestra artillería perfectamente escalonada y nuestra defensa anticarro lograron resistir el feroz ataque. En los campos de batalla yacían muchos miles de cadáveres alemanes, repartidos por todos lados, pero el enemigo no consiguió abrir el camino hacia Moscú. Durante el curso del combate, algunas fuerzas soviéticas tuvieron que ser evacuadas ordenadamente, para estacionarse en líneas previamente preparadas y ocupadas por la artillería; de nuevo volverían en estas nuevas posiciones a rechazar los ataques del enemigo.

En Moscú, el Comité de Defensa del Estado, que era una parte del directorio constituido por el Comité Central del Partido, y el Consejo de Comisarios del Pueblo seguían funcionando con normalidad. Los obreros continuaban trabajando doce o hasta dieciocho horas al día, para enviar a los frentes que defendían la capital armas, equipos, munición, otros recursos materiales, equipos de reparaciones y carros.

Stalin me llamó por teléfono, creo que fue el 19 de noviembre; la fecha exacta no la recuerdo, pero fue poco tiempo después del más importante avance alemán en el sector del Treinta Ejército, por el flanco derecho de las fuerzas de Rokossovsky. Me preguntó: «¿Está seguro de que podremos conservar Moscú? Me duele tener que formularle esta pregunta, pero contésteme con toda franqueza».

«Naturalmente que conservaremos a Moscú; pero necesito al menos dos ejércitos más y 200 carros.»

«Me alegra su confianza», respondió Stalin. «Telefonee a Shaposnikov y acuerde con él la concentración de los dos ejércitos de reserva que necesita; estarán listos para finales de mes, pero por el momento estamos sin carros.»

A la media hora Shaposhnikov y yo habíamos acordado que el Primer Ejército de Asalto, entonces en proceso de formación, se concentraría en la zona de Yakhroma, y el Décimo en la región de Ryazan.

Nueva potencia atacante: un cañón pesado ruso montado en un vehículo oruga.





El 5 de diciembre las tropas alemanas se sentían ya agotadas en todos los sectores del Frente Occidental y a partir de entonces se batieron a la defensiva frente a nuestros ataques. En pocas palabras, habían fracasado los planes hitlerianos de una guerra relámpago. La imposibilidad de llevar a buen fin todas las operaciones estratégicas en el frente ruso-alemán contribuyó a la disminución de la moral enemiga y al planteamiento de las primeras dudas sobre la victoria. El mando nazi quedó desacreditado ante la opinión pública mundial; las fuerzas soviéticas, animadas por sus éxitos en la guerra defensiva y en la conservación de Moscú, pusieron en marcha una contraofensiva, sin conceder un momento de respiro. El hecho era extraordinario y esperanzador, y se hizo sentir no sólo entre las tropas y la población soviética, sino también en otras naciones aliadas. Pero antes de llegar a este punto me gustaría hacer mención de otro particular.

Se ha afirmado en algunas obras de historia militar que los combates librados en octubre en los frentes Occidental, de Reserva y de Bryansk no debieran ser incluidos en la Batalla de Moscú. Se ha dicho también que los alemanes se habían detenido completamente a fines de noviembre o principios de diciembre ante las líneas defensivas de Mozhaysk, y que su Alto Mando tenía todavía que preparar una nueva «operación ofensiva general» para el ataque a Moscú. No puedo estar de acuerdo con estas afirmaciones.

El Alto Mando alemán, al emprender su operación de octubre, que recibió en clave el nombre de «Tifón», por la línea que llevaba a Moscú, había partido de la base de que las fuerzas soviéticas serían aniquiladas en los ejes Vyazma - Moscú y Bryansk - Moscú, con lo que la capital caería pronto al verse rebasada por el Norte y por el Sur. En cuanto a la forma y el método de llevar a cabo la operación, había planeado lograr estos objetivos estratégicos de un modo sucesivo, mediante un doble movimiento envolvente. El primero tendría lugar en la zona de Bryansk - Vyazma; el segundo, al que seguiría la captura de Moscú, se produciría con la irrupción de unos grupos Panzer procedentes del Noroeste, a través de Klin, y del Sur, a través de Tula y de Kashira, con lo que se cerraría la tenaza del cerco estratégico en la zona de Noginsk.

A principios de octubre, los alemanes lograron sus objetivos inmediatos, basándose en la superioridad numérica y material y en el aprovechamiento de los errores cometidos en los frentes. En cuanto a su objetivo estratégico final —la captura de Moscú— no pudieron alcanzarlo porque el grueso de sus tropas quedó retenido al tener que enfrentarse con las fuerzas soviéticas cercadas en la zona de Vyazma (unidades de los ejércitos Diecinueve, Dieciseis, Veinte, Veinticuatro y Treinta y Dos y del Grupo de Boldin). Los efectivos limitados que el enemigo lanzó para romper la línea Mozhaysk y para irrumpir en el área de Moscú solamente consiguieron la retirada soviética hasta la línea Volokolamsk —Dorokhovo - río Portva - río Nara - Alexin - Tula, sin lograr plenamente su intento invasor.

La argumentación de que en el mes de noviembre los alemanes tuvieron que rehacer sus fuerzas y suministros, en una elevada proporción, así como reagrupar en su flanco izquierdo algunas de sus formaciones Panzer, a mi modo de ver no puede servir de base para la conclusión de que tuvieran que preparar todavía una «nueva ofensiva general»; es sabido que tales medidas son algo normal en todas las operaciones ofensivas, por lo que no pueden convertirse en factores determinantes del principio o del final de dichas operaciones.

Desde los días de la guerra se me ha



La Wermacht lucha en un infierno de nieve y de barro. Derecha: **También los rusos sintieron el frío: La tripulación de un carro soviético en un descanso de la lucha.**





Izquierda: **En los primeros días de diciembre, el avance de la** Wehrmacht **había quedado reducido a una lentísima marcha.** Arriba: **Con las puntas de lanza alemanas en los suburbios, los miembros de la liga juvenil Comunista refuerzan las defensas de Moscú.**

preguntado con gran frecuencia sobre cómo pudieron detener las tropas soviéticas el avance hacia Moscú de aquellos fortísimos grupos de asalto alemanes. Se ha escrito mucho, y en gran parte con sujección a la verdad, sobre el curso de la batalla defensiva del frente de Moscú; de todos modos, como comandante en jefe que fui del Frente Occidental, deseo expresar también mi opinión.

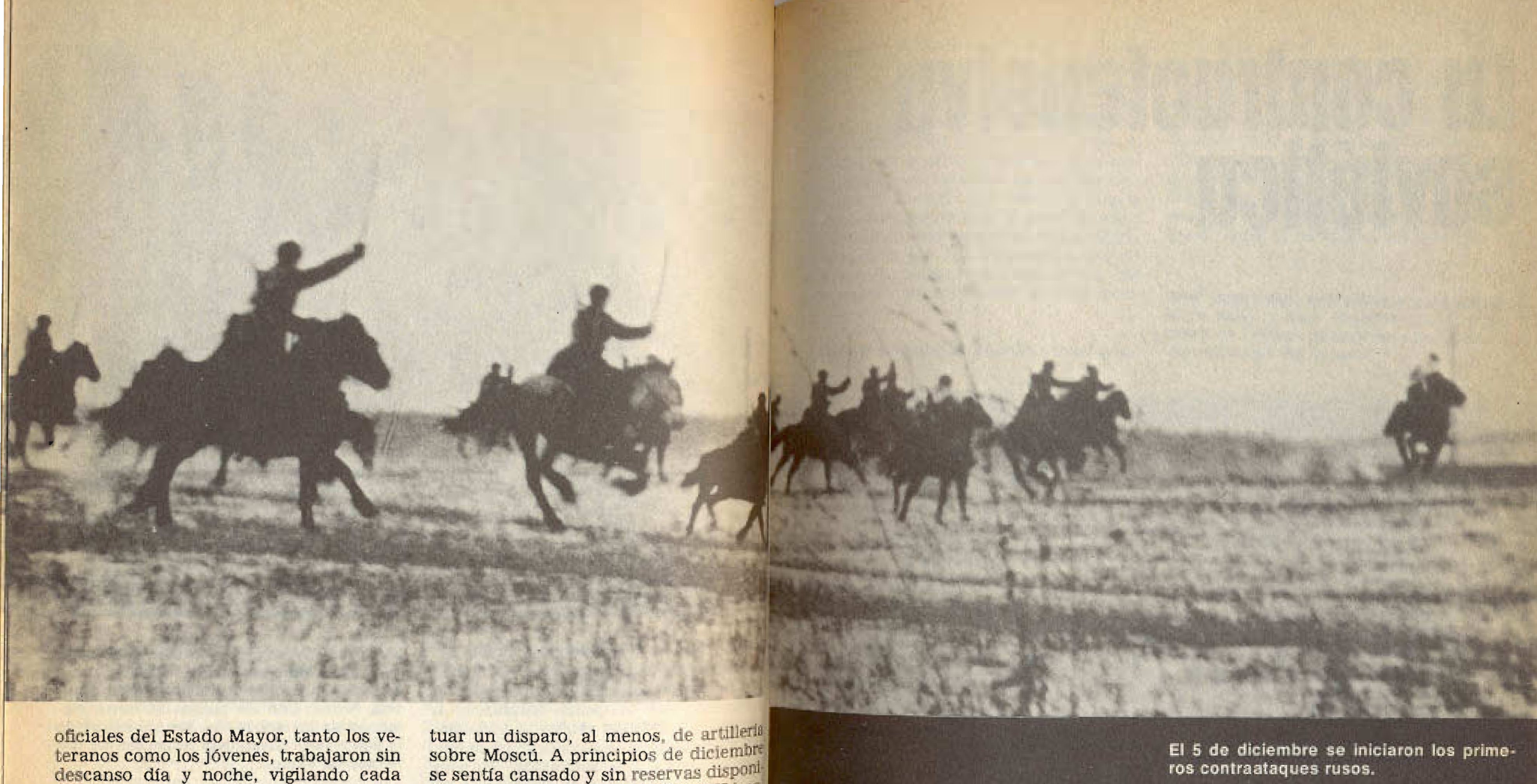
El Alto Mando nazi, al proyectar una operación estratégica complicada y a gran escala, como fue la denominada Tifón, infravaloró considerablemente las tropas, la situación y las posibilidades del Ejército Rojo en su defensa de Moscú, al tiempo que estimó en exceso la capacidad de sus propias fuerzas concentradas para la ruptura del frente defensivo y para la captura de la capital soviética. Cometió asimismo varios errores graves al formar los grupos de asalto para la segunda fase de la Operación Tifón; los de los flancos, sobre todo los que actuaron en el área de Tula, no eran potentes y disponían de pocos efectivos de infantería. Al hacerlo depender todo de las formaciones Panzer en aquella situación concreta, incurrió en una grave equivocación, porque, como sucedió en la realidad, al desgastarse en la lucha sufrirían cuantiosas bajas y perderían su capacidad de avance.

El mando alemán no preparó con la debida anticipación un ataque de distracción en el centro del frente, para lo cual contaba con fuerzas suficientes. De esta suerte nos permitió trasladar todas las reservas, incluso las de las divisiones, del sector central a los flancos. Las elevadas pérdidas sufridas, su falta de preparación para un combate invernal y la dureza de la oposición soviética causaron una profunda mella en la capacidad bélica alemana.

Ya el 15 de noviembre nuestros servicios de información militar habían logrado averiguar que los grupos de asalto se estaban concentrando en los flancos del Frente defensivo, así como determinar los ejes a lo largo de los cuales se producirían los ataques de mayor importancia. Así se pudo establecer a tiempo una defensa profunda y escalonada, relativamente bien dotada de medios anticarro y de ingeniería; en esas zonas se estacionaron asimismo las principales unidades de carros. Nuestros hombres sabían perfectamente que eran los responsables de la suerte de Moscú y de la nación, y estaban dispuestos a morir antes que permitir que el enemigo se abriera paso hacia la capital.

Desempeñó igualmente un importante papel el famoso decreto del Comité de Defensa de 19 de octubre, en el que se proclamaba el estado de sitio en Moscú y en las zonas adyacentes y se concedía la atención máxima al mantenimiento de una disciplina rígida y a la preservación del adecuado orden en todas las armas que defendían a la capital. En todos los niveles del mando y del personal mejoró considerablemente el control sobre las fuerzas, con lo que aumentó la precisión con que llevaron a cabo sus misiones de combate.

El Directorio de Operaciones del Estado Mayor Central y en especial su jefe adjunto, el teniente general A. M. Vasilevsky, realizaron un enorme y fructífero trabajo en la organización de las operaciones defensivas de las tropas del sector Occidental. Su estimación exacta de la situación en el eje Occidental de ataque durante el período del 2 al 9 de octubre y las propuestas prácticas formuladas constituyeron las bases de las medidas adoptadas por la STAVKA. Los



oficiales del Estado Mayor, tanto los veteranos como los jóvenes, trabajaron sin descanso día y noche, vigilando cada uno de los pasos dados por las fuerzas enemigas y adelantando sugerencias para la eliminación de los puntos de peligro.

El enemigo no pudo quebrar nuestras líneas de defensa; ni siquiera llegó a cercar una de nuestras divisiones ni a efectuar un disparo, al menos, de artillería sobre Moscú. A principios de diciembre se sentía cansado y sin reservas disponibles; en aquellas fechas, la STAVKA enviaba al Frente Occidental dos nuevos ejércitos recientemente creados y varias formaciones que luego integrarían el Veinte Ejército. Con ellos, el mando soviético se halló en disposición de organizar su contraofensiva; de ella me ocuparé en el capítulo que sigue.

El 5 de diciembre se iniciaron los primeros contraataques rusos.

La contraofensiva soviética

El avance alemán sobre Moscú había quedado detenido a finales de noviembre. Cualquiera que viaje por la carretera de Leningrado, entre Moscú y el aeropuerto internacional de Sheremetyevo, podrá comprobar hasta dónde llegó el enemigo; en la orilla izquierda de la calzada existe un monumento «A los Defensores de Moscú» que marca el punto de máximo progreso del avance alemán, alcanzado en una incursión sobre Khinki realizada por los motoristas del 62 Regimiento Panzer de Ingenieros. El monumento se alza junto al kilómetro 23.

Una vez terminada aquella arriesgada incursión, tanto los alemanes como Zhukov cayeron en la cuenta de que la operación Tifón se había desinflado. Los informes de las unidades del frente al OKH se habían referido una y otra vez, durante todo el mes de noviembre, a la ferocidad de la resistencia soviética; por ejemplo, los de la SS «Das Reich» calificaban los combates del 19 y 20 de noviembre como los más duros y sangrientos de toda la campaña del Este. No se

Bien abrigados, camuflados para luchar en la nieve y bien armados, los ataques rusos de invierno fueron muy distintos de los desastres del verano.

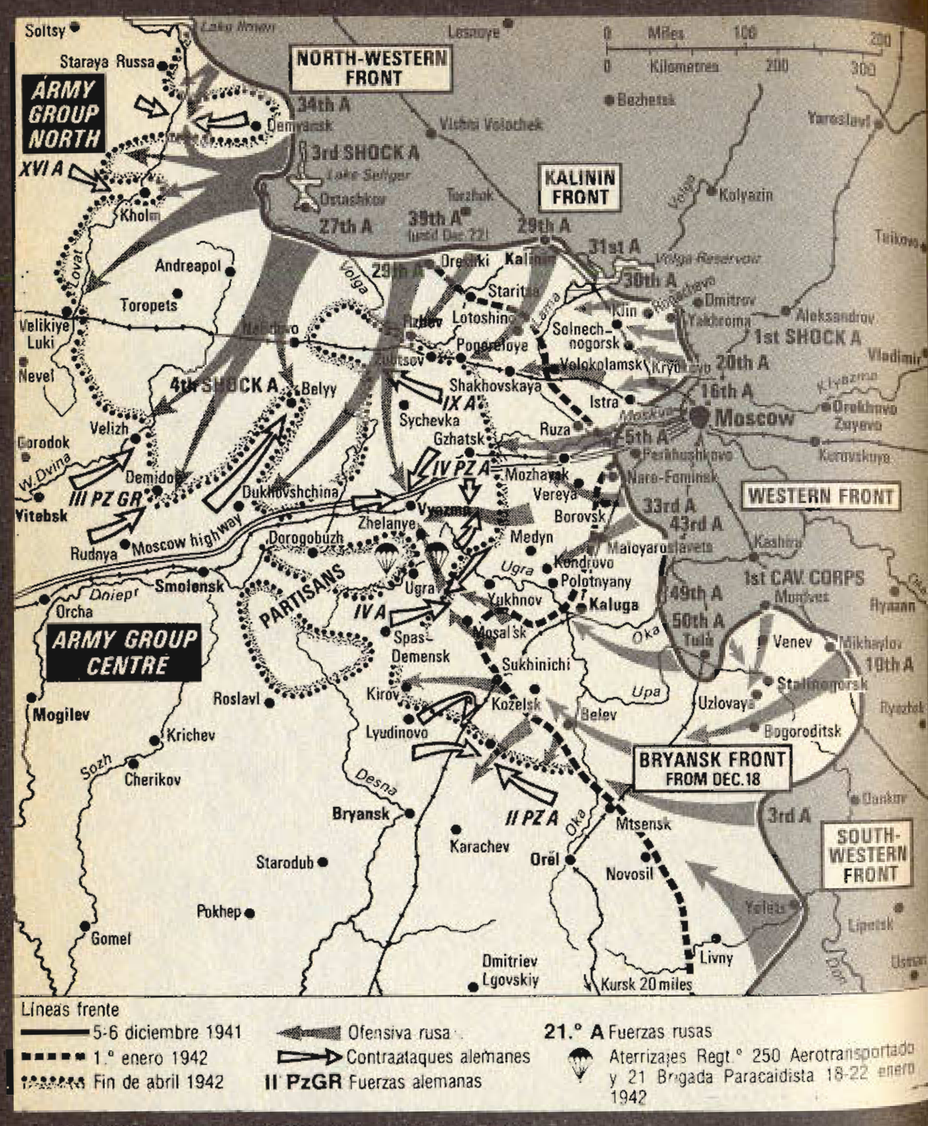


adivinaba ningún respiro ni ningún signo de que la resistencia se debilitara conforme se avanzaba hacia Moscú. Los hombres de Zhukov se mantenían en sus puestos, los defendían con ardor y, en los casos en que se veían obligados a retirarse, generalmente lo hacían de una forma ordenada, la mayoría de las veces deslizándose en la oscuridad de la noche para, finalmente, anunciar la evacuación con la voladura y el incendio no sólo de los puentes sino también de las aldeas y de los caseríos en que se habían alojado y en los que los alemanes esperaban refugiarse la noche siguiente para protegerse del intenso frío. Esta defensa tenaz se convirtió en la característica típica de Zhukov, que pudo demostrarla en Stalingrado y en Kursk y, aunque muchas veces significara una sentencia colectiva de muerte contra toda una unidad, era indudable el efecto de desgaste que producía sobre la moral del enemigo.

Pero en la fase defensiva de una batalla de Zhukov había bastante más que una simple serie de medidas preventivas, del tipo de las de Verdun, tomadas por atacantes y defensores. La tenacidad feroz, apoyada frecuentemente por la amenaza de duros castigos en el supuesto de una retirada no autorizada, no era un fin en sí misma; era un medio para lograr que el enemigo pusiera en juego sus reservas hasta terminarlas, con objeto de agotar su ofensiva y dejarla morir por falta de recursos humanos. En ese instante, cuando el adversario se disponía a defenderse, pero no se había atrincherado todavía o no había preparado sus posiciones, las reservas soviéticas, bien abastecidas y cuidadas en comparación con las unidades utilizadas en la fase defensiva, que quedaban desfallecidas, se lanzaban sobre los alemanes (unas tropas frescas sobre otras agotadas, unas unidades con todos sus efectivos sobre otras que eran restos de formaciones) y conseguían ganar terreno y avanzar hasta que, a su vez, sentían el agotamiento. La aceptación de unas pérdidas cuantiosas en la persecución de una preciada recompensa era un elemento esencial de este tipo de combate; todas las batallas en que Zhukov intervino, desde la de Moscú hasta la de Berlín, fueron duelos en los que participaron más de un millón de soldados por cada bando, y en todas ellas fue considerable el número de bajas. Rara vez, sin embargo, carecieron estas bajas de objeto, al contrario de lo acaecido en la mayoría de los combates fronterizos, en las bolsas de Bialystok, Minsk, Smolensko, Uman, Kiev y en la costa del Azov, o bien en Vyazma o Bryansk, ocasiones en las que unos efectivos soviéticos de entre 100.000 y más de 500.000 hombres fueron atrapados y capturados, muchas veces por destacamentos alemanes ridículamente pequeños, sin apenas compensación por tales pérdidas. La combinación de Zhukov hacía de la insensibilidad con el espíritu de economía iba encaminada a garantizar que la Wehrmacht también se desangraría, a diferencia de lo sucedido al principio de la campaña, en que el desgaste sólo afectó al Ejército Rojo. La diferencia entre tales bajas y las de Zhukov era que las primera resultaban inútiles y las de éste daban fruto; durante la Batalla de Moscú, Zhukov actuó con una dureza máxima, en parte quizá por las razones emotivas que se han mencionado, pero también por su falta de recursos. Como él mismo señalaba, no contaba con carros adicionales para montar la contraofensiva, por lo que tuvo que acudir a la caballería y a los esquiadores, que actuaron como puntas de lanza; tampoco era posible enviar más hombres ni cañones a los tres ejércitos que guarnecían el sector central del frente, a pesar de que ya se hallaran desprovistas de carros; ha recordado asimismo la escasez de municiones, que redujo a la artillería a disponer de uno o dos proyectiles diarios por pieza. En tales circunstancias, no cabe sino admirarse de que pudiera organizarse una ofensiva, que además alcanzó un éxito notable puesto que, aunque no lograra rodear a las unidades enemigas, dejó los campos de la zona de Moscú sembrados de equipo alemán abandonado; muchas de las divisiones de Bock perdieron más de las tres cuartas partes de sus vehículos y artillería.

No todos los alemanes sufrieron con su equipo de verano; pero las pocas unidades de esquiadores de la Wehrmacht fueron tan sólo una gota en la prolongada agonía de la Batalla de Moscú.





Los frentes de batalla: diciembre 1941-abril 1942.

La contraofensiva no fue, en sí, una empresa única, como más adelante lo sería la de Stalingrado, pero, en palabras de Zhukov, se desenvolvió a partir de los contraataques que a fines de noviembre detuvieron el avance del Grupo de Ejército Centro. A pesar de los refuerzos llegados del Extremo Oriente y de las nuevas divisiones de reserva que formaron los ejércitos Primero de Asalto, Décimo y Veinte, además de nueve divisiones de fusileros y dos de caballería, seis brigadas de fusileros y seis de carros que la STAVKA facilitó para la contraofensiva, el Ejército Rojo no tenía efectivos superiores a los del enemigo. El 1 de diciembre, el Frente Occidental contaba con 577.726 hombres en línea de combate; el Frente de Kalinin, con 118,394, y el flanco derecho del Sudoccidental con 63.398, lo cual hacía un total de 759.518 hombres; con inclusión de los servicios de retaguardia y de otros no combatientes, el número ascendía a 1.060.380. Una relación alemana de los prisioneros de guerra hechos en junio-diciembre de 1941 revela que a fines de dicho período se habían capturado 3.350.639 soldados del Ejército Rojo, más del triple de los que se alineaban en el frente de Moscú; por el contrario, el cómputo de los soldados alemanes perdidos, que incluía tanto a los prisioneros como a los desaparecidos, alcanza la cifra de sólo 35.875 para el período comprendido entre el 22 de junio y el 31 de diciembre de 1941, lo cual demuestra el fracaso de la contraofensiva soviética en su intento de cercar a formaciones enemigas de importancia. Ciertamente, las bajas por congelación durante el invierno de 1941-42 ascendieron a 133.620, casi cuatro veces más. En todo caso, sin embargo, la Wehrmacht había sido vencida y alejada de sus objetivos, viéndose obligada a retirarse en algunos sectores, entre diciembre de 1941 y marzo de 1942, cerca de 400 kilómetros.

Los comentarios de Zhukov sobre la pretensión alemana de culpar de la derrota ante Moscú al clima invernal, en lugar de al Ejército Rojo, son tan afilados como sus anteriores referencias al barro. Al fin y al cabo, lo que quiere decir es que los generales alemanes debieron haber pensado en el invierno ruso; no cabe duda de que la Wehrmacht se vio seriamente obstaculizada por la falta de ropa de invierno, como puede comprobarse por la frecuencia de los casos de congelación y por la escasez de anticongelante, de lubricantes adecuados a las bajas temperaturas e incluso de grasa apropiada para proyectiles y cartuchos (la que utilizaban se congelaba y se hacía preciso raspar cada proyectil antes de introducirlo en el cargador, con las consiguientes consecuencias desfavorables sobre la capacidad de fuego), pero tales inconvenientes, justo es decirlo, habían sido voluntariamente aceptados, ya que toda la campaña descansaba en el principio de la *Blitzkrieg*, por lo que una guerra invernal no cabía en los cálculos. Desde las jornadas iniciales del «plan Marcks» se había confiado en que los rusos fueran derrotados antes de la *rasputitsa*, en batallas que se habrían librado, sobre todo, al Oeste de la línea Dvina-Dnieper. Al finalizar la batalla de Smolensko debió haberse advertido claramente (las cifras del OKH que Halder presentó a Hitler en julio y el 1 de diciembre lo reflejan de forma muy ambigua) que ese objetivo no se había alcanzado, porque los estrategas de la operación «Barbarroja» habían estimado muy por debajo de la realidad las disponibilidades de reservas soviéticas. Ya era tarde entonces para abandonar la empresa, aunque los generales se inclinaran a ello; después de la guerra, muchos expresaron esta opinión, pero pocos la manifestaron en su día. Lógicamente, no era todavía demasiado tarde para prepararse de algún modo contra el invierno, al menos en orden a las prendas de abrigo; pero el mismo Guderian manifestó que en su momento solicitó insistentemente el suministro de ropa de invierno para sus soldados, pero que sus peticiones no fueron atendidas; muchos de sus hombres lucharon en las afueras de Moscú, bajo temperaturas de entre 28º y 35º bajo cero, vistiendo un uniforme de algodón. Si la potencia del Ejército Rojo fue un secreto cuidadosamente guardado, no podía decirse lo mismo de la crudeza del invierno ruso; tal vez así nos expliquemos el sarcasmo de Zhukov, cuyas tropas, no podrá negarse, aunque sufrieran el mismo frío que los alemanes, estaban mejor habituadas, adecuadamente vestidas y dotadas de un equipo apto para funcionar a



Las Fuerzas Aéreas Rojas devuelven los golpes: aviones Sturmovik de apoyo terrestre se preparan para el ataque.

temperaturas bajísimas. Además, los mismos informes alemanes reflejan la destrucción sistemática, por las fuerzas rojas en retirada, de todos los edificios que pudieran dar albergue al enemigo, lo cual demuestra que los soviéticos conocían las dificultades alemanas y las explotaban inteligentemente, algo que, al fin y al cabo, es también uno de los aspectos de un buen generalato.

Zhukov no pierde el tiempo en el juego de posibles alternativas al que se dedicaron después de la guerra bastantes generales alemanes y muchos historiadores militares de Occidente. Por ejemplo, no se pone a especular sobre la posibilidad de que hubiera terminado con éxito el ataque a Moscú, si se hubiera desarrollado correcta y razonablemente a lo largo de la campaña de verano y otoño. Lo más que llega a admitir es que, en la forma como fue concebida y ejecutada, la operación «Tifón» tuvo defectos, como el del ataque de las tropas de Guderian hacia Tula, en su intento por rebasar Moscú por el Sur, que no contó con suficientes efectivos, sobre todo de infantería, para la misión encomendada; otro error fue el de no haber atacado por el sector central, lo cual permitió trasladar todas las reservas a los flancos, para enfrentarlas a las fuerzas Panzer. Zhukov no menciona para nada el razonamiento de Guderian de que, si no hubiera tenido que desplazarse hacia el Sur, hacia Lokhvitsa, «Tifón» podría haberse iniciado bastante antes y habría logrado casi todos sus objetivos antes de la *rasputitsa;* tal vez nos convenga seguir este tipo de argumentación, para defender también nuestra postura. Hay que tener presente que, al plantearse, como sucede en toda guerra de importancia, una serie de acciones y reacciones recíprocas y complicadas entre adversarios, resulta totalmente imposible modificar una sola de sus variables: la guerra es mucho más que una serie de problemas matemáticos y las acciones de un bando están condicionadas por las del otro. Si el Grupo de Ejército Centro hubiera seguido un plan diverso, también la STAVKA se habría comportado de otro modo; en primer lugar, el lanzamiento de la operación Tifón en fechas más tempranas habría implicado la eliminación de la acción de cerco en Kiev de los ejércitos de Kirponos, con lo que la STAVKA habría contado con 500.000 a 600.000 soldados más y con la posibilidad de amenazar seriamente el flanco del Grupo de Ejército Centro. Igualmente habría requerido un traslado anticipado del Grupo Panzer 4 del frente de Leningrado, con la consiguiente merma de la presión en aquel lugar antes de que Stalin enviara a Zhukov, quien en tal caso no habría sido trasladado y, como debe recordarse, acababa de desalojar a los alemanes de la cuña de Yelnya, con lo que habría seguido en una posición ventajosa para atacar los flancos de cualquier fuerza enemiga que intentara penetrar hacia el Este, más allá del Frente de Reserva. Como el mismo Guderian confesó, en una situación totalmente diferente «estas elucubraciones alejan al hombre de la realidad».

La insistencia de Hitler en resistir sin ceder terreno, aunque opuesta a la opinión de casi todos los generales de la época, terminó convenciendo a muchos, que la aceptaron como acertada, y esta circunstancia impidió que la retirada se convirtiera en una desbandada. Pero al descubrir que en esa ocasión había estado en lo cierto, Hitler convirtió dicho sistema en un principio general y el año siguiente, al negarse a autorizar la retirada de sus tropas, cercadas en Stalingrado, y prohibir incluso que hicieran una salida para unirse a las fuerzas de socorro que Hoth encabezaba, condenó al fracaso a la expedición salvadora y determinó la desaparición del Sexto y del Cuarto Ejército Panzer. La misma medida que posiblemente salvó de la destrucción a una gran parte del Grupo de Ejército Centro, acosado por las fuerzas de Zhukov en los alrededores de Moscú, en 1941, contribuyó muy probablemente a hacer más redondo el triunfo del mariscal en 1942, en Stalingrado. Sigamos el relato del propio Zhukov sobre la contraofensiva soviética y la ofensiva estratégica general del invierno de 1941-42:

Cuando nos referimos al cambio de las fuerzas soviéticas situadas frente a Moscú, de una posición defensiva a otra ofensiva, debemos recordar en todo caso los rasgos concretos de la situación en que se hallaba el eje estratégico Occidental a fines de noviembre y principios de diciembre. En tales fechas, las tropas alemanas que habían atacado por el Noroeste de Moscú y por el área de Tula con el fin de desbaratar la resistencia de los flancos del Frente Occidental, desbordar a Moscú y ocuparlo, padecían un grave cansancio físico y mental, además de ocupar un frente demasiado ancho. Al no contar con reservas operativas ni tácticas, no podían confiar en el éxito final de su ofensiva, aunque por fuerza de la misma inercia siguieran atosigando nuestras defensas. En la retaguardia, por otro lado, los movimientos guerrilleros cada día se mostraban más activos.

Sin embargo, la situación de los defensores era muy tensa y apurada, ya que las tropas soviéticas, que habían sufrido pérdidas bastantes elevadas, no habían logrado aún detener al enemigo. Este se aproximaba al umbral de la capital y algunos sectores de las líneas más avanzadas de la defensa soviética se hallaban a menos de 31 kilómetros de Moscú. En consecuencia, el mando ruso no podía estimar como solucionado el problema de la batalla defensiva; había que parar definitivamente los pies al enemigo, a cualquier costa.

A la vista de esta situación, la contraofensiva de las fuerzas soviéticas en el frente de Moscú brotó del mismo curso de la batalla defensiva; no fue más que una continuación de los contraataques nuestros sobre los flancos del frente iniciados a fines de noviembre y a principios de diciembre. El desenvolvimiento ulterior se perfeccionó y se hizo más preciso conforme se sucedieron los contraataques.

Hasta finales de noviembre, ni la STAVKA ni los diversos frentes, en especial el Occidental, cuyas tropas defen-

dían Moscú, habían elaborado un proyecto de contraofensiva. En aquellos días, todos nuestros pensamientos y actuaciones se dirigían únicamente a la detención del grueso de las fuerzas enemigas que habían penetrado profundamente entre nuestras defensas, y a la consecución de alguna victoria que les obligara a abandonar su ofensiva.

El 29 de noviembre llamé a Stalin para darle cuenta de la situación y para rogarle que ordenara la incorporación a nuestro Frente Occidental de los ejércitos Primero de Asalto y Décimo, que estaban en la reserva de la STAVKA, con el fin de organizar un gran golpe contra los nazis que detuviera su avance y los alejara de Moscú. Stalin me escuchó con atención y me preguntó: «¿Está seguro de que el enemigo ha llegado a un momento crítico y de que no puede poner en juego nuevos efectivos de consideración?

Le contesté que el enemigo estaba desgastado, pero que, si no me llegaban al frente tropas de refresco, me sería imposible liquidar sus peligrosas penetraciones. Si no terminábamos ahora con ellas, el mando alemán quedaría en disposición de reforzar sus unidades con reservas creadas a costa de los Grupos de Ejército Norte y Sur, con lo que nuestra situación se haría más comprometida aún.

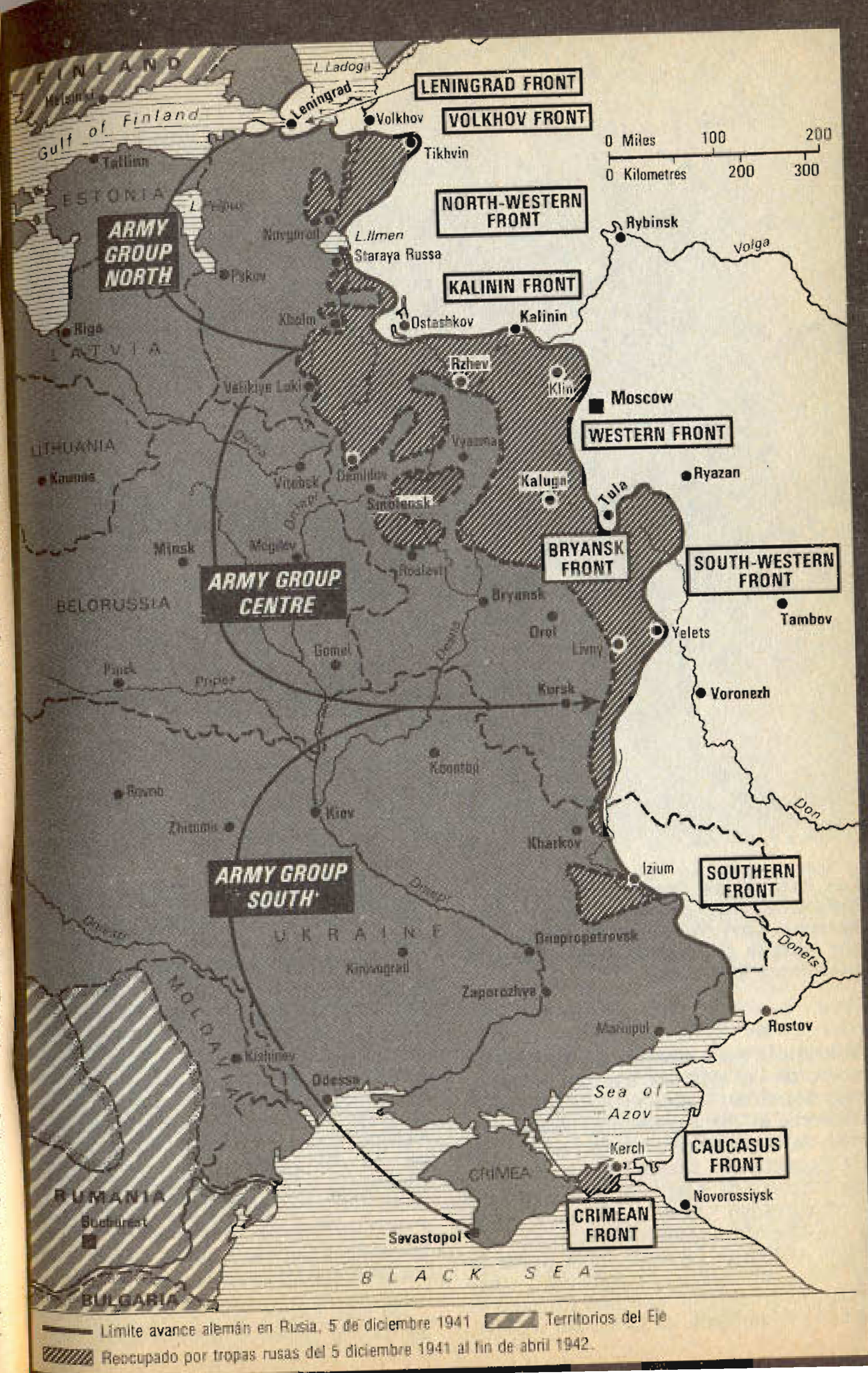
El Comandante Supremo me respondió que lo consultaría con el Estado Mayor Central. Siguiendo mis instrucciones, el jefe de Estado Mayor de nuestro Frente, general Sokolovsky, partidario también de que nos fueran entregados los ejércitos Primero de Asalto y Décimo, telefoneó al Estado Mayor Central y defendió dicha tesis. La decisión de la STAVKA nos fue comunicada en la noche del 29 de noviembre: el Primero de Asalto, el Décimo y todas las unidades que iban a formar el Veinte Ejército eran destacadas al Frente Occidental. Pero al mismo tiempo debíamos presentar un plan sobre el destino que les íbamos a dar.

Antes del amanecer del 30 de noviembre, Stalin me llamó por teléfono y me pidió la opinión del Consejo Militar sobre la contraofensiva proyectada por las tropas de nuestro frente. Le dije que todavía no contaba con fuerzas o armas suficientes para una operación de esta categoría, pero que quizás lográramos iniciar una a partir de los contraataques lanzados por los flancos.

Durante toda la jornada del 30 de noviembre, el Estado Mayor del Frente estuvo trabajando sobre un plan de contraofensiva que utilizara los ejércitos que nos habían sido enviados. La línea esencial de la decisión adoptada la podemos resumir como sigue: dependiendo del tiempo preciso para la llegada y concentración de los ejércitos Primero de Asalto, Décimo y Veinte, el Frente Occidental podría iniciar la contraofensiva entre los días 3 y 4 de diciembre; el primer objetivo sería la victoria sobre el principal grupo enemigo del flanco derecho, mediante un ataque dirigido hacia Klin y Solnechnogorsk, para seguir por el eje de Istra, así como el asalto sobre las unidades alemanas del flanco izquierdo del frente con el ataque por Uzlovaya y Bogoroditsk, hacia el flanco y la retaguardia del Ejército de Guderian. Los ejércitos del sector central pasarían a la ofensiva el 4 o el 5 de diciembre, con el objetivo limitado de entretener a las fuerzas enemigas que les hacían frente, a fin de impedir su traslado a otros puntos.

Hasta el instante en que se inició la contraofensiva, nuestro objetivo había sido la detención del avance alemán por el Noroeste de Moscú y por el eje de Kashira, para lo cual habíamos utilizado las fuerzas destacadas en la zona y, conforme iban llegando, los elementos avanzados de las formaciones que se nos transferían de la reserva de la STAVKA.

Nuestro plan para la contraofensiva, desarrollado en un mapa, fue remitido a la STAVKA el 30 de noviembre, con una nota aclaratoria; Stalin lo aprobó sin ninguna modificación. A partir de este momento, a las tropas se les encomendaron los siguientes objetivos: El Primer Ejército de Asalto (general V.I. Kuznetsov) debía aniquilar la fuerza enemiga que había cruzado el canal Moscú-Volga, y luego pasar a la zona de Dmitrov-





Los cosacos de Dovator en marcha. La Caballería rusa consiguió ciertos éxitos iniciales, pero fracasó completamente al ser lanzada ciegamente contra las ametralladoras alemanas.

Yakhroma para avanzar hacia Klin, en unión de los ejércitos Treinta y Veinte, para seguir en la dirección de Teryayera Sloboda; el Treinta Ejército tenía la misión de derrotar al enemigo en la zona de Rogachevo - Borshchevo y, en unión del Primero de Asalto, ocupar el área de Reshetnikovo - Klin, para atacar luego en la dirección de Kostlyakovo y Lotoshino; el Veinte Ejército debía partir de la zona de Krasnaya Polyana - Bely Rast, junto con los ejércitos Primero de Asalto y Dieciseis, en dirección a Solnechnogorsk, la cual rebasaría por el Sur para seguir hacia Volokolamsk; a su lado, el flanco derecho del Dieciseis Ejército debía avanzar hacia Kryukovo e Istra; el Cincuenta Ejército, que defendía la región de Tula, atacaría en dirección a Bolokhovo y Shchekino, y a partir de ahí actuaría como la situación eventual aconsejara. El Grupo Operativo de Belov iniciaría su ataque por la zona de Mordves para marchar hacia Stalinogorsk (Novomoskovsk) y Dedilovo, en colaboración con los ejércitos Cincuenta y Décimo; este último, destacado a lo largo de la línea Serebryanye-Prudy-Mikhaylov, lanzaría su ofensiva sobre Uzlovaya y Bogoroditsk, para seguir luego hasta el Sur del río Upa.

De esta forma, las tropas adicionales de los tres ejércitos que nos habían confiado desempeñarían un papel decisivo en el asalto a las formaciones alemanas de los dos flancos.

Los cuatro ejércitos del Frente Occidental que defendían el sector central (Quinto, Treinta y Tres, Cuarenta y Tres y Cuarenta y Nueve) recibieron la misión de entretener a las unidades y formaciones enemigas que tenían enfrente mediante una serie de operaciones activas que les impidieran la libertad de maniobra; como ya estaban bastante debilitados, estos ejércitos no se hallaban en disposición de emprender ninguna acción decisiva.

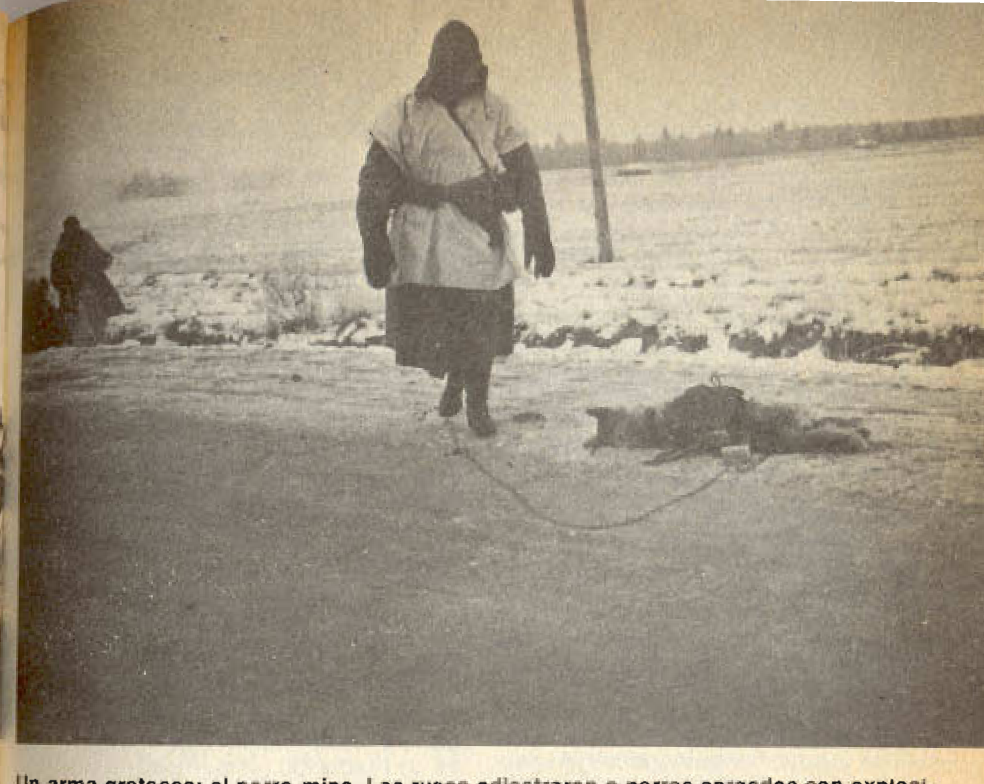
En pocas palabras, nuestro objetivo inmediato era alejar la amenaza que pesaba sobre Moscú; posteriormente, a cada ejército se le encomendaría una nueva misión, que dependería del desenvolvimiento ulterior de la situación. Con los efectivos a nuestra disposición no podíamos confiar de inmediato a nuestras tropas otras tareas más ambiciosas y decisivas. En realidad, a pesar del traslado de tres ejércitos a nuestro frente, todavía no aventajábamos numéricamente al enemigo, excepto en aviación; lo peor era la superioridad alemana en carros y piezas de artillería. Esta situación se prolongó durante todo el período de la Batalla de Moscú.

En cierta ocasión en que Stalin me llamó por teléfono (creo que fue en la mañana del 2 de diciembre, aunque no pueda afirmarlo con seguridad) me formuló la siguiente pregunta: «¿Qué opinión hay en el frente sobre el enemigo y sus posibilidades?» Le contesté que al ene-



Arriba: **Reliquia del combate: los rusos examinan un Panzer 38 (t) volcado.** Abajo: **Los carros fueron el alimento de Zhukov durante la Batalla de Moscú.**





Un arma grotesca: el perro-mina. Los rusos adiestraron a perros cargados con explosivos para que se introdujeran bajo los carros enemigos; pero estos dos fueron muertos por los disparos alemanes.



migo se le había acabado ya el aliento; era obvio que no podía reforzar sus grupos de asalto con elementos de la reserva, y que sin ellos se vería incapaz de lanzarse a la ofensiva. El Comandante Supremo exclamó: «Perfecto. Le llamaré en otra ocasión». Caí entonces en la cuenta de que la STAVKA proyectaba nuevas operaciones.

Aproximadamente una hora después volvió a llamarme Stalin para preguntarme qué proyectábamos hacer en nuestro frente en los días siguientes. Le dije que las tropas se estaban preparando para la contraofensiva del plan ya aprobado.

En aquellas fechas la STAVKA y el Estado Mayor Central trataban de organizar operaciones en otros frentes, como el de Kalinin y al flanco derecho del Sudoccidental, con el fin de cooperar en lo posible con el nuestro y lograr los más profundos efectos con los efectivos limitados de que disponíamos. El jefe adjunto del Estado Mayor Central, teniente general A. M. Vasilevsky, había defendido esta idea en las conversaciones mantenidas el 1 de diciembre con el general I. S. Konev, comandante en jefe del Frente de Kalinin: «Para quebrar la ofensiva alemana sobre Moscú, con lo que además de salvar la capital infligiríamos al enemigo una derrota inicial, habrá que sostener unas operaciones activas con objetivos decisivos; si no lo hacemos en los días inmediatos, será demasiado tarde. El Frente de Kalinin, que ocupa una posición muy favorable para nuestras intenciones, no puede quedar marginado».

En conversación telefónica celebrada el 2 de diciembre, Stalin me comunicó que había ordenado al Frente de Kalinin y al flanco derecho del Sudoccidental cooperar con nuestras acciones, para lo cual pasarían al ataque al mismo tiempo que los frentes vecinos.

La noche del 4 de diciembre volvió a llamarme por la línea directa y me preguntó: «¿Qué más podemos hacer para ayudar a su Frente, además de lo que ya se ha dispuesto?»

Es de comprender que no podíamos pedir muchas cosas, a la vista de nuestras escasas posibilidades en aquel momento. Por ello, creí que ante todo debía contar con la ayuda de las fuerzas aéreas de la reserva del Mando Supremo y de la Aviación; naturalmente, también eran muy necesarios unos 200 carros con sus tripulaciones, si queríamos desarrollar la ofensiva con rapidez, ya que el Frente disponía de muy pocos.

«No hay carros y no se los podemos facilitar», me replicó Stalin. «Pero tendrá aviación; voy a llamar ahora mismo al Estado Mayor Central. Recuerde que el Frente de Kalinin se lanzará a la ofensiva el 5 de diciembre, y que el Grupo Operativo del flanco derecho del Frente Sudoccidental lo hará igualmente el día 6, a partir de la zona de Yelets.»

Estas fueron las circunstancias determinantes de la índole de las operaciones soviéticas de fines de noviembre y principios de diciembre de 1941.

Cuando nos ocupábamos en aquellas fechas de organizar la resistencia, para pasar a continuación a un tipo más activo de operación, como es el contraataque, no teníamos una noción clara de la contraofensiva que planeábamos ni mucho menos de la magnitud que iba a adquirir. Los primeros objetivos, fijados el 30 de noviembre, perseguían una meta limitada, aunque ciertamente importante: rechazar a las fuerzas enemigas que, sobre todo, amenazaban irrumpir hacia Moscú. La profundidad de nuestros ataques deberían ser de unos 60 kilómetros en el sector Norte y de unos 160 en el Meridional. Pero en el curso de los contraataques iniciados a principios de diciembre se pudo apreciar que el enemigo se hallaba tan agotado y debilitado por las batallas precedentes que no sólo se sentía incapaz de continuar su ofensiva, sino incluso de organizar una firme defensiva. Por ello, cuando los alemanes empezaron a retirarse por los dos flancos, sobre todo por la izquierda de nuestro Frente, el Estado Mayor empezó a intensificar con órdenes concretas la potencia de los asaltos, no sólo en su amplitud sino también en profundidad, y entre el 5 y 6 de diciembre la contraofensiva era ya una realidad. Sin embargo, según lo que recuerdo, no se dio ninguna orden especial ni unas instrucciones generales para organizarla. Las misiones de combate confiadas a las tropas, tanto a plazo inmediato como más largo, constituyeron una secuencia de directrices separadas procedentes del cuartel general del frente.

La contraofensiva no tuvo, por tanto, un principio nítidamente delimitado, como sucedió, por ejemplo, en Stalingrado. Partió de una serie de contraataques; los ataques aéreos se intensificaban y unas formaciones adicionales, que combinaban varias armas, entraban en acción; y así sucesivamente. Todo estaba condicionado por el curso de los hechos precedentes; por un lado, las tropas del eje central desgastaron al enemigo y le impidieron finalizar la operación iniciada; por otro, habíamos logrado reunir nuevas tropas junto a Moscú y mediante su utilización en el momento decisivo pudimos, en primer lugar, rechazar las agrupaciones alemanas más peligrosas y, finalmente, emprender y desarrollar la misión de aniquilarlas.

En aquellas fechas, la región central de la U.R.S.S. sufrió duras heladas y tanto la cantidad de nieve como el intenso frío dificultaron la concentración de las tropas, su reagrupación y el traslado a las posiciones de partida. A pesar de todo, nuestros heróicos soldados y oficiales de todas las armas se sobrepusieron a las extraordinarias dificultades y estuvieron listas a la hora fijada para iniciar las misiones de combate que se les habían asignado.

Cuando pasamos de las operaciones defensivas a las ofensivas no aventajábamos cuantitativamente al enemigo; nuestra gran ventaja era la elevada moral de las tropas soviéticas, que explica la gran energía desplegada y que era resultado del tremendo empeño del Partido, autor, con sus directivos y agentes, de un intenso trabajo político en la víspera de la contraofensiva, en todos los niveles del frente, desde el cuartel general hasta las compañías y las secciones. En consecuencia, nuestros soldados se sintieron henchidos de confianza en sus propias fuerzas y en la gran posibilidad de que el enemigo fuera derrotado a las puertas de Moscú. Este momento cru-

En ayuda de la Wehrmacht**: un convoy con los vehículos casi tocándose, y vuelo de aprovisionamiento de los Ju-52.**

Paracaidistas rusos.



cial, que yo llamaría psicológico, aseguró en una gran medida la superación de unas dificultades sin precedente con que nuestros admirables hombres tropezaron durante la contraofensiva y la ofensiva general. A mi modo de ver, nuestros estudiosos de la historia militar y los autores de memorias debieran dedicar una mayor atención a la influencia del factor psicológico sobre el curso de las operaciones bélicas, sobre todo en los momentos cruciales o críticos de una batalla o de una operación. En mi opinión, este factor puede ser muy favorable.

El 6 de diciembre, después de unos ataques aéreos concentrados y de la correspondiente preparación artillera, las tropas del Frente Occidental pasaron a la contraofensiva al Norte y al Sur de Moscú. En la batalla que se desarrolló; la iniciativa quedó en sus manos. Simultáneamente, las unidades del Frente de Kalinin, que habían iniciado la ofensiva el día anterior, se internaban por las defensas enemigas, al Sur de Kalinin.

El 13 de diciembre, el Primer Ejército de Asalto llegó a Klin, junto con el Trece Ejército; nuestras tropas rodearon la ciudad y luego se lanzaron al asalto. Después de un duro combate la liberaron en la noche del 14 al 15 de diciembre.

Los ejércitos Dieciseis y Veinte cumplieron con éxito sus operaciones ofensivas; en la tarde del 9 de diciembre, el segundo de ellos había llegado a Solnechnogorsk, mientras que el primero ocupaba Krynkovo el día 8, para dirigir su ataque siguiente hacia el pantano de Istra. El día 12 el Veinte Ejército obligaba al enemigo a abandonar Solnechnogorsk. El avance del flanco derecho del Quinto Ejército ayudó en gran medida al Dieciseis. Las operaciones militares del flanco derecho del Frente Occidental se desarrollaron sin pausa alguna.

En el flanco izquierdo, en la región de Tula, las tropas del Cincuenta Ejército colaboraron en el ataque del Cuerpo reforzado de Caballería del general P. A. Belov, que se inició el día 3 de diciembre, dirigido contra el Ejército Panzer de Guderian. Las divisiones Panzer 3.ª y 17 y la 29 Motorizada iniciaron una precipitada retirada hacia Venev, dejando abandonados en el campo de batalla aproximadamente setenta carros. Nuestras tropas consiguieron éxitos debido a que el Segundo Ejército Panzer alemán había alargado excesivamente sus líneas, en su intento de rebasar Tula por la retaguardia, y no contaba con reservas. El 6 de diciembre nuestro Décimo Ejército entró en combate en el área de Mikhaylov, donde los alemanes trataban de resistir para cubrir el flanco del Segundo Ejército Panzer de Guderian, que se batía en retirada.

El asalto de las unidades del Cincuenta Ejército, que se produjo a continuación por la zona de Tula el 8 de diciembre, amenazó con cortar las vías alemanas de retirada de Venev y de Mikhaylov. Guderian se sentía profundamente desbordado y no contaba con efectivos que pudieran enfrentarse a los asaltos del Frente Occidental y, simultáneamente, a los del grupo que entró en acción en el Sudoccidental, por lo que empezó a retirar sus tropas apresuradamente, hacia Uzlovaya, Bogoroditsk y Sukhinichi. En la retirada, los alemanes dejaron abandonados sus vehículos, armas pesadas, tractores y carros; en diez días de lucha, las tropas del flanco izquierdo del Frente Occidental infligieron una grave derrota al Segundo Ejército Panzer y avanzaron unos 130 kilómetros. Los soldados del Cuerpo reforzado de Caballería de Belov, la 112 División de Carros (coronel A. L. Getman) y el Grupo Operativo del Cincuenta Ejército (general de división V.S. Popov) asumieron un papel destacado en los contraataques y en la contraofensiva en general.

A consecuencia de nuestra embestida, el enemigo comenzó a replegarse hacia el Oeste y el 12 de diciembre el Consejo Militar del Frente Occidental remitió al Comandante Supremo el siguiente comunicado: «El 6 de diciembre de 1941





Izquierda: **Tumbas alemanas en Klin.** Arriba: **La bandera rusa vuelve a Klin.**



las tropas de nuestro Frente, después de agotar al adversario en los combates precedentes, han iniciado una contraofensiva decisiva contra sus grupos de asalto de los flancos; como consecuencia ambos flancos han sido batidos y se retiran de forma precipitada, abandonando sus armas y equipos, y sufriendo cuantiosas bajas».

Los planes operativos para las siguientes acciones de nuestras tropas, reflejados en las consignas del mando y del Estado Mayor del período 13 a 24 de diciembre, incluían un avance rápido del flanco derecho hasta la línea Zubtsov-Gzhatsk, y de la izquierda hasta Polotnyany Zavod y Kozelsk; al mismo tiempo, las fuerzas del sector central ocuparían la línea Mozhaysk-Maloyaroslavets, en posición escalonada. En otras palabras, tratábamos de que nuestros grupos que se habían adelantado por los flancos sentaran las bases del embolsamiento del núcleo principal de los efectivos del Grupo de Ejército Centro enemigo.

Se me ha preguntado a veces por qué las tropas del sector central del Frente Occidental (los ejércitos Treinta y Tres, Cuarenta y Tres, y Cuarenta y Nueve no intervinieron en la contraofensiva sino, por el contrario, avanzaron durante la misma a un ritmo lento. La explicación está en que durante la batalla defensiva habíamos tenido que reforzar los ejércitos de los flancos para poner en práctica nuestro plan, y en que esos refuerzos procedían precisamente del sector central, que incluso después de iniciada la contraofensiva, no recibió un solo soldado adicional, ni un fusil, ni una ametralladora. Al no poderse lanzar un ataque general, aquél tuvo que esperar el desarrollo de los acontecimientos; sólo cuando los flancos del enemigo fueron desbaratados y se inició el repliegue apresurado hacia los ríos Ruza y Lama ante los ataques de los ejércitos Décimo y Cincuenta y del grupo de Belov, las fuerzas del sector central pudieron ponerse en marcha, después de efectuar algunas reagrupaciones. Su ofensiva lenta y estéril se explica también por la carencia de carros y de artillería adecuada. Todos los esfuerzos se habían canalizado hacia los flancos; de este modo, cuando las unidades principales del enemigo fueron arrolladas, dichos flancos pudieron avanzar a gran velocidad para dejar a las unidades adversarias del sector central en situación comprometida.

Las fuerzas aéreas del Frente, las de la Defensa Aérea y las de la Aviación de gran alcance contribuyeron con eficacia al éxito de la contraofensiva del frente de Moscú. Los pilotos actuaron con gran destreza y espíritu de sacrificio. Gracias a sus esfuerzos combinados, la iniciativa en el aire pasó a manos soviéticas por primera vez desde el comienzo del conflicto. La aviación atacó sistemáticamente las posiciones artilleras, las unidades de carros y los puestos de mando, y cuando los ejércitos nazis iniciaron la retirada nuestros aviones atacaron y bombardearon sin cesar a las columnas que se replegaban; en consecuencia, todas las vías de comunicación que iban hacia el Oeste quedaron sembradas de vehículos y equipo bélico abandonado.

Por regla general, nuestra aviación, unida a la que llegó para reforzarla, fue sometida a un control centralizado, y casi las tres cuartas partes de sus efectivos concentraron sus esfuerzos en el apoyo de las operaciones terrestres del flanco derecho del frente. Las demás formaciones aéreas a nuestra disposición, así como las tres divisiones aéreas que nos había asignado la Reserva de la STAVKA, cooperaron activamente desde el aire con las formaciones de Caballería de Belov y con las tropas de los ejércitos Cincuenta y Décimo. Las acciones aéreas eran controladas desde el puesto de mando del comandante en jefe de las fuerzas aéreas del Frente, el general de aviación S. A. Khudyakov, así como desde el mío propio, situado en Perkhuskovo. Tanto durante los combates defensivos como a lo largo de la contraofensiva, el general Khudyakov estuvo en todo momento a mi lado; conocía perfectamente su cometido y fue capaz de preparar rápidamente las operaciones aéreas, en el momento y en el lugar en que fueran requeridas. El teniente general F. F. Petrov, jefe de los grupos de Operaciones Aéreas, y los demás jefes del arma también se comportaron maravillosamente.

Ya que he mencionado que el puesto de mando y el estado mayor del Frente Occidental se hallaban en Perkhushkovo, quisiera, aprovechando la ocasión,

Así los encontraron los rusos.



dar respuesta aquí a una pregunta que en varias ocasiones se me ha hecho: «¿Cómo explicar que el estado mayor del Frente y los de los diversos ejércitos se hallaran tan cerca de la línea de combate, sobre todo a fines de noviembre y a aprincipios de diciembre?» Todos los cuarteles generales —del Frente Occidental, de cada ejército, división y unidad— se hallaban, es verdad, bastante cerca de las líneas, a diferencia de la práctica general aceptada que aconseja adoptar medidas de precaución en favor de los comandantes en jefe y de su estado mayor. La explicación hay que buscarla, una vez más, en la peculiaridad y excepcionalidad de la situación; a este respecto quiero recordar el episodio acaecido el 2 de diciembre, en que el enemigo se infiltró por el punto de unión de los ejércitos Quinto y Treinta y Tres. Un considerable grupo, yo diría que compuesto por un regimiento reforzado, se abrió paso hasta el cuartel general del Frente Occidental; en el bosque de abedules donde nos habíamos instalado se inició un encarnizado combate en el que intervinieron el Regimiento de la Guardia y los propios oficiales de estado mayor. Los alemanes fueron derrotados y obligados a huir. Fue ésta la única ocasión en que algo semejante sucedía, pero con ello se dan a conocer las circunstancias en que a veces tenían que trabajar los hombres del estado mayor. A pesar de ello, ni siquiera en los instantes más críticos de la guerra defensiva se nos ocurrió la idea de trasladar el cuartel general a un lugar más seguro de la retaguardia. ¿Por qué? Simplemente, porque la medida sería conocida de inmediato por las comandancias subordinadas y por la tropa y... ¿qué iban a pensar? «El mando y el Estado Mayor del Frente exigen muy duramente de los soldados que realicen lo imposible; les ordenan que resistan hasta la muerte; cientos y miles de agentes políticos, de propagandistas y de comunistas hacen ver a los hombres que detrás tienen a Moscú y que no cabe la retirada; nuestras tropas hacen todo lo que sus capacidades humanas les permiten, a veces más aún, a fin de obedecer el mandato de la Patria de detener al enemigo, de derrotarlo, de des-

El general P. A. Belov revista a su caballería.



Guerrilleros.



La lección de Finlandia: una patrulla de esquiadores rusos, prueba que el desastre causado al Ejército Rojo por las tropas esquiadoras finlandesas, en la guerra de invierno, no fue en vano.

truirlo. Y he aquí que, en este preciso momento, el cuartel general de nuestro Frente levanta de pronto sus tiendas y se instala más lejos». Lógicamente, la línea del frente no es su lugar, pero así tuvo que ser en aquellas circunstancias, para tener un control más firme de la tropa. La norma general no fue de aplicación a este caso concreto.

Además, el Consejo Militar nunca creyó que el principal ataque enemigo fuera a producirse por aquel eje; de otro lado, hay que tener en cuenta la excelente organización de las comunicaciones en Perkhushkovo. Ya lo he dicho en una ocasión anterior, pero quiero volver a ocuparme de ello, puesto que el planteamiento de la situación imprimía una huella muy profunda en la forma de dirigir a las tropas.

La cercanía de la capital y la utilización de todas las líneas de las redes de comunicaciones civil y del gobierno, gracias a la labor incansable de N. D. Psurtsev, jefe de Comunicaciones del Frente, y de sus subordinados, nos permitió conservar una estrecha unión telegráfica y telefónica con la STAVKA, con el Estado Mayor Central y con todos los ejércitos a mi mando, al tiempo que contábamos con una reserva de líneas derivadas de comunicación para caso de necesidad. El estado mayor o el puesto de mando del Frente, en caso preciso, podía ponerse en relación directa con cada una de las divisiones.

Debo añadir que la experiencia práctica de la guerra nos había demostrado de modo indiscutible la necesidad y utilidad de que los mandos, tanto jóvenes como veteranos, pasaran algún tiempo con la tropa, antes de emprender una acción o de iniciar una batalla. Así se contribuía a que los soldados comprendieran mejor la situación y pudieran organizar más adecuadamente las operaciones proyectadas; pero cuando la acción se inicia y en tanto dure, los jefes, tanto los veteranos como los jóvenes, deben hallarse en el cuartel general o en los puestos de mando, a fin de poder dirigir a sus hombres.

Estas fueron las ideas puestas en práctica durante la batalla de Moscú. Mientras se desarrollaron las operaciones de defensa, la gran amplitud de nuestro frente (de más de 600 kilómetros), la dificultad de la situación y las presiones sufridas impidieron que su comandante en jefe abandonara el cuartel general, en el que se recibían todos los datos relativos a lo que el enemigo o nuestros propios ejércitos hacían, así como la información de los frentes cercanos, y desde el que se mantenía un constante contacto con la STAVKA y con el Estado Mayor Central.

A pesar de ello, en una ocasión tuve que abandonar el cuartel general, durante la fase defensiva de la guerra, para visitar una de las divisiones del Dieciseis Ejército. Sucedió del modo que sigue.

Por algún medio, que no puedo precisar, llegó a Stalin la información de que nuestras tropas habían abandonado la ciudad de Dedovsk, al Noroeste de Nakhabino. Se halla situada muy cerca de Moscú, por lo que era bastante lógico que se sintiera muy preocupado por la noticia, tanto más sorprendente cuanto que, el 28 y 29 de noviembre, la 9.ª División de Fusileros de la Guardia (del general A. P. Beloborodov) había logrado rechazar durísimos ataques enemigos en la zona de Istra; apenas habían transcurrido veinticuatro horas y, según se afirmaba, Dedovsk había caído en poder de los alemanes.

Stalin me llamó por teléfono: «¿Sabe que Dedovsk ha sido capturada?» «No, camarada Stalin; no lo sabía». No titubeó un instante y me expresó la opinión que le merecía mi respuesta, con palabras un tanto insultantes: «Un jefe debe conocer con exactitud lo que sucede en su frente». Me ordenó que me desplazara al lugar sin pérdida de tiempo, «para organizar personalmente un contraataque y recuperar Dedovsk». Le repliqué que el abandono del cuartel general en una situación tan tensa era prácticamente inconcebible, por lo que intenté negarme.

«No se preocupe, nos arreglaremos de cualquier forma; deje ahí a Sokolovsky mientras esté fuera.»



Los habitantes de Moscú son adiestrados militarmente.

Apenas colgué el teléfono me puse en contacto con el general Rokossvsky y le exigí que me explicara por qué el cuartel general del Frente no había sido informado del abandono de Dedovsk. Inmediatamente pusimos en claro que lo que habían tomado los alemanes no era la ciudad, sino tal vez la aldea de Dedovo, puesto que en la zona de Khovanskoye-Dedovo-Snigiri y al Sur de la misma la 9.ª División de Fusileros de la Guardia se batía encarnizadamente para impedir la penetración enemiga por la carretera de Volokolamsk, hacia Dedovsk y Nakhabino. El error era obvio, por lo que decidí telefonear a la STAVKA y hacerle ver que se trataba de una confusión. Entonces caí en la cuenta de que chocaba con una muralla; Stalin terminó enojándose e insistió en que fuera a ver a Rokossvsky inmediatamente, para emprender una acción y recuperar aquella maldita aldea, que con toda seguridad estaría en poder del enemigo; me ordenó asimismo que llevara conmigo al general Govorov, comandante en jefe del Quinto Ejército, que «es un buen artillero y podrá ayudar a Rokossovsky en la organización de su artillería, para beneficio del Dieciseis Ejército».

No había forma de negarse en esta situación, por lo que llamé por teléfono al general Govorov y le comuniqué la misión que se le encomendaba. De un modo muy razonable intentó convencerme de que el viaje no era necesario, ya que el Dieciseis Ejército contaba con su propio jefe de artillería, al general Kazakov; además, su comandante en jefe sabía muy bien lo que tenía que hacer y cómo hacerlo y en tales circunstancias; ¿por qué él, Govorov, iba a abandonar su propio Ejército en una situación tan crítica? Para terminar con la discusión, tuve que explicarle que la orden procedía de Stalin.

Marchamos a visitar a Rokossovsky, quien nos acompañó a la división de Beloborodov. Este no se mostró muy contento de vernos, pues estaba ahogado de trabajo y, para colmo de males, ahora tenía que dar toda clase de explicaciones sobre un grupo de casas que el enemigo había capturado en la aldea de Dedovo, al otro lado de un barranco. Nos demostró muy convincentemente, en el informe que nos dio sobre la situación, que no había ninguna ventaja táctica en la recuperación de aquellas casas; por desgracia, no pude decirle que en aquel caso concreto yo actuaba impulsado por unas razones que no eran tácticas. Le ordené, pues, que enviara una compañía de fusileros con dos carros para desalojar a la patrulla alemana que se había instalado en la aldea; así se hizo, al amanecer del 1 de diciembre, según recuerdo.

Después me enteré de que, mientras todo esto sucedía, se me había estado buscando por todos los teléfonos disponibles; como la línea de comunicaciones entre la división y el Dieciseis Ejército había estado interrumpida durante un rato, un oficial de transmisiones tuvo que destacarse a la división de Beloborodov para avisarme. Poco tiempo después lograba establecer contacto con el general Sokolovsky, el cual me dijo que Stalin había telefoneado tres veces al cuartel general, preguntando: «¿Dónde está Zhukov? ¿Por qué no está en su sitio?» Según se sabía, en la mañana del 1 de diciembre el enemigo había iniciado una acción ofensiva en el sector del Treinta y Tres Ejército, que hasta entonces se había mantenido relativamente tranquilo.

Una vez que Sokolovsky y yo acordamos las medidas a adoptar para aniquilar la nueva amenaza, traté de ponerme en contacto con la STAVKA. Por fin logré hablar con Vasilevsky, quien me indicó que Stalin me ordenaba volver inmediatamente al cuartel general del Frente. En el intervalo la STAVKA decidiría las reservas adicionales que se nos podían facilitar para liquidar la irrupción enemiga hacia Aprelevka.

En cuanto volví al cuartel general, llamé de nuevo a Moscú y en esta ocasión me pusieron con Stalin. Le hice saber que me había informado de la situación y le comuniqué los pasos dados o que había que dar para aniquilar las unidades alemanas que habían avanzado por el sector central del frente. Stalin no hizo mención alguna a la conversación sobre mi viaje con Govorov al Dieciseis Ejército, ni a los motivos por los que nos había mandado allá. Tan sólo al final me preguntó de pasada: «Bien, ¿cómo estaba Dedovsk?» Le contesté que una compañía de fusileros apoyada por dos carros había pasado al ataque y había expulsado a un pelotón de alemanes de la aldea de Dedovo. Así terminó una de mis ausencias del cuartel general durante la batalla en defensa de Moscú.



Los alemanes, en desgracia; vestidos con ropas de poco abrigo, fueron blanco fácil sobre la nieve.

Luego, al iniciarse la contraofensiva, se hicieron muy necesarias las visitas a las tropas; tuve que desplazarme con frecuencia al Dieciseis Ejército de Rokossovsky, al Quinto de Govorov, al Cuarenta y Tres de Golubev y al Cuarenta y Nueve de Zakharkin. Las razones que lo aconsejaban eran las de ayudar a sus comandantes a una mejor coordinación de sus actividades con las de los ejércitos vecinos; les apercibía, pues, contra la posibilidad de ataques frontales, les hacía evitar los puntos fortificados del enemigo y procuraba aligerar el paso de nuestro avance. Tuve incluso que dictar una orden específica sobre este particular, aproximadamente una semana después de iniciar la contraofensiva; en ella se decía: «5. La persecución debe realizarse a gran velocidad, para no perder contacto con el enemigo. Se emplearán fuertes destacamentos avanzados para apoderarse de los cruces de carreteras y de los puntos de estrangulamiento, a fin de desorganizar la marcha del enemigo y sus columnas de combate. 6. Prohibo de forma categórica cualquier ataque frontal a los complejos enemigos fortificados; las unidades de vanguardia deberán dejarlos a un lado y emplearse para su aniquilamiento las fuerzas que vengan detrás».

La inclusión de estas normas estuvo determinada por la experiencia de los primeros días de las acciones ofensivas. Sucedía que en repetidos casos los grupos de asalto de nuestros ejércitos se veían detenidos en prolongados y sangrientos ataques frontales. En el área de



El equipo de invierno de la Wehrmacht.

Klin, por ejemplo, el avance de los ejércitos Primero de Choque y Treinta se vio demorado por esta razón. En todos los planos nuestras fuerzas demostraron en aquellos días un extraordinario ímpetu agresivo y una elevadísima moral; los soldados habían descubierto, por fin, lo que perseguían: que el ejército nazi echara marcha atrás. A pesar de todo, no debe olvidarse que seguíamos faltos de experiencia militar y que muchos de nuestros mandos carecían de preparación, sobre todo en cuanto a la organización de las operaciones ofensivas. Aunque se hubieran lanzado al ataque, algunos no confiaban totalmente en sus propios efectivos y a veces actuaban bajo el temor de verse cercados; de aquí que, con alguna frecuencia, las unidades y las formaciones irrumpieran con excesivos titubeos por las brechas abiertas en el frente. No es fácil la adquisición de la ciencia precisa para derrotar a un enemigo fuerte y experimentado; además, en aquellas fechas pesó mucho nuestra falta de formaciones móviles acorazadas que pudieran profundizar vertiginosamente una vez rota la línea defensiva.

El mando del Frente tuvo que enviar unidades de esquiadores, de caballería y aerotransportadas a la retaguardia enemiga para cortar la retirada; allí se contaba también, en coordinación con los Consejos Militares de los frentes, con grupos de guerrilleros que se mostraron muy activos ante las tropas alemanas; las acciones emprendidas por estos destacamentos complicaron gravemente la situación del enemigo.

Es fácil comprender que la caballería y los esquiadores no podían ser un sustitutivo eficaz de las formaciones acorazadas, pero a pesar de ello se batieron con heroísmo y causaron graves pérdidas al enemigo. En los combates mantenidos en el eje de Klin, la 24 División de Caballería y los Cuerpos I y II de Caballería de la Guardia se comportaron admirablemente; por desgracia, el 19 de diciembre, cerca de la aldea de Palashkino, unos diez kilómetros al Noroeste de Ruza, el jefe del II Cuerpo general L. M. Dovator, y el de la 20 División de Caballería, teniente coronel M. P. Tavliev, hallaron la muerte en el combate. Sus cadáveres fueron enviados a Moscú, para ser enterrados allí, y el Presidium del Soviet Supremo de la U.R.S.S. concedió como homenaje póstumo al general Dovator el título de Héroe de la Unión Soviética.

Debo añadir que en el curso de la Batalla de Leningrado, como en la de Moscú, se cubrieron de gloria también las Brigadas de Fusileros Navales, que contribuyeron decisivamente al éxito general de las tropas soviéticas.

Como consecuencia de nuestra contraofensiva en el frente de Moscú, la situación estratégica del Frente Occidental el 1 de enero de 1942 era como sigue:

El flanco derecho (ejército Primero de Asalto, Veinte, y Dieciséis) atacaba tenazmente la organizada defensa alemana sobre los ríos Lama y Ruza (el Treinta Ejército, por orden de la STAVKA, había sido transferido al Frente de Kalinin).

El sector central (ejército Quinto, Treinta y Tres, Cuarenta y Tres y Cuarenta y Nueve) desplegaba su ofensiva a partir de la línea de los ríos Ruza, Nara y Oka, en dirección a Mozhaisk, Borovsk, Maloyaroslavets y Kondrovo, venciendo una dura defensa enemiga.

El flanco izquierdo (ejército Cincuenta y Décimo, y el Grupo del general Belov) perseguía con éxito al enemigo, en dirección a Yukhnov, Mosalsk y Kirov.



Otra oleada de asalto rusa se lanza al ataque.

En estas fechas las fuerzas del Frente de Kalinin atacaban en dirección a Staritsa-Rzhev, y su flanco izquierdo cooperaba, como lo había hecho antes, con la derecha del Frente Occidental, frente al río Lama, ante el que el enemigo oponía una tenaz resistencia. Las tropas del recién creado Frente de Bryansk se batían en la línea de Oka, un poco más retrasadas que las del flanco izquierdo del Frente Occidental.

En estas circunstancias, los ejércitos del ala izquierda de nuestro Frente, que se habían adentrado profundamente entre las posiciones alemanas, eran los más apropiados, daba su posición, para el lanzamiento de la ofensiva. Pero para ello se precisaban fuerzas de refresco, Y en aquellos días el Frente carecía de reservas. Las pedimos a la STAVKA, pero la respuesta fue denegatoria.

En los primeros días de enero, cuando nuestros soldados alcanzaron la línea que va de Oreshki hasta Novosil, pasando por Staritsa, los ríos Lama y Ruza, Maloyaroslavets, Tikhonova, Pustyn, Kalupa, Mosalsk, Kirov, Sukhinichi, Belev y Mtsensk, llegamos a la conclusión de que la primera fase de la contraofensiva había tocado a su fin. Creímos que, en lo que respecta a los frentes del eje occidental (Occidental, Kalinin y Bryansk) la base posterior debía consistir en la prosecución de la ofensiva, una vez se recibieran los refuerzos de hombres y de material, hasta alcanzar los objetivos fijados, esto es, la recuperación de las posiciones que dichos frentes ocupaban antes de que los alemanes lanzaran las operaciones ofensivas conocidas en clave como «Tifón». Si lográbamos obtener de la STAVKA, al menos, cuatro ejércitos de refresco (uno para el Frente de Kalinin, otro para el de Bryansk y dos para el Occidental) tendríamos grandes probabilidades de causar nuevas derrotas a los alemanes, de alejarlos aún más de Moscú y de llegar a la línea Vitebsk - Smolensko - Bryansk. De todos modos, no hubo desacuerdo entre los componentes del Consejo Militar ni entre los del cuartel general del Frente en cuanto a la continuación de la contraofensiva, que debía llevarse a cabo utilizando todos los efectivos disponibles en el eje estratégico occidental, para infligir al enemigo los mayores daños posibles. Creo que esta actitud reflejaba con exactitud la opinión dominante.

No cabe duda de que la contraofensiva de diciembre había logrado un rotundo éxito en el eje central. Los grupos de asalto del Grupo de Ejército Centro habían sufrido una grave derrota y se habían replegado; pero, en general, el enemigo era todavía poderoso, no sólo en el eje occidental, sino también en los demás frentes. En el sector central del Frente oponía una gran resistencia, y las ofensivas soviéticas por el Norte y por el Sur, por Rostov y por Tikhvin, que se había iniciado con éxito, no terminaron del mismo modo, sino que se hicieron cada día más lentas. Stalin, sin embargo, se sentía dominado por los éxitos logrados y se inclinaba al optimismo; creía que los alemanes, que no estaban preparados para la guerra de invierno, no podrían ya resistir los ataques del Ejército Rojo en los demás sectores del frente. Ello alimentó su idea de lanzar una ofensiva a lo largo de todo el frente, desde el lago Ladoga hasta el mar Negro, tan pronto fuera posible.

Tanto N. A. Bulganin, miembro del Consejo Militar del Frente, como yo, íbamos frecuentemente en aquellos días a la STAVKA, ya que Stalin nos citaba con frecuencia con la idea de consultarnos personalmente sobre la situación y sobre nuestras estimaciones acerca del futuro inmediato.

En la mañana del 5 de enero de 1942 fui convocado a Moscú en mi calidad de miembro de la STAVKA, para estudiar el plan de las operaciones ulteriores. En la sesión se hallaban presentes el jefe del Estado Mayor Central, V. Shaposhnikov y, si la memoria no me falla, su ayudante A. N. Vailevsky también había sido invitado a la reunión N.A. Voznesensky (que estaba a cargo de la producción bélica). Shaposhnikov informó sobre la situación en los frentes y nos ilustró sobre el plan de operaciones. Se hizo ver que, al tiempo en que se lanzaba la contraofensiva por los frentes del eje Occidental, Stalin quería que las tropas de los demás frentes iniciaran también una ofensiva, con objeto de derrotar simultáneamente a los alemanes frente a Leningrado, al Oeste de Moscú y en el Sur del país. De esta suerte, la contraofensiva del eje central iba a convertirse en una ofensiva general.

El ataque principal se dirigiría sobre el Grupo de Ejército Centro, contra el que se lanzarían las fuerzas de los frentes Occidental, de Kalinin, el ala izquierda del Noroccidental y el de Bryansk. El Grupo de Ejército Norte debía ser derrotado también para levantar el bloqueo de Leningrado, y esta misión quedaba encomendada al Frente de Leningrado, al ala derecha del Noroccidental y a la Flota del Báltico; los frentes Suroccidental y Sur derrotarían al Grupo de Ejército Sur y liberarían la cuenca del Donbass. El Frente del Cáucaso y la Flota del mar Negro se encargarían de liberar Crimea. La ofensiva general debía empezar muy pronto.

Para resumir el informe de Shaposhnikov, Stalin añadió: «Los alemanes están ahora en situación desesperada, porque han sido derrotados frente a Moscú y no se han preparado para el invierno; es el momento más apropiado para pasar a una ofensiva general».

El plan general era bastante ambicioso, pero en aquel instante no poseíamos ni las tropas ni los recursos precisos para ponerlo en práctica.

«¿Quién desea hacer algún comentario?», preguntó Stalin, una vez que el jefe del Estado Mayor concluyó la exposición. Me levanté y afirmé que los frentes debían seguir su ofensiva en el eje estratégico Occidental, donde se habían conseguido las condiciones más favorables para continuarla y donde el enemigo no había podido aún restablecer la capacidad combativa de sus unidades. Más para ello necesitábamos aumentar los efectivos humanos y materiales y recibir refuerzos, sobre todo unidades acorazadas, sin las cuales sería bastante difícil cumplir las misiones encomendadas. En cuanto a la ofensiva de nuestras fuerzas en Leningrado y en el eje suroccidental, éstas tendrían que atravesar unas posiciones defensivas muy sólidas; sin unos recursos artilleros poderosos serían incapaces de hacerlo, y no conseguirían otra cosa que desgastarse, sufriendo bajas considerables y completamente injustificadas. En suma, deberían reforzarse los frentes del eje occidental, por donde discurriría la ofensiva más potente; en cuanto a los demás ejes, al menos de momento, debíamos renunciar a la idea de una ofensiva.

Mientras hablaba me di perfecta cuenta, por las exclamaciones de Stalin, de que la decisión había sido ya adoptada y de que no iba a ser estudiada de nuevo. Sin embargo, Voznesensky, que habló después de mí, se manifestó también en contra de la ofensiva general, aduciendo que no poseíamos suficientes recursos materiales para aprovisionar simultáneamente a todos los frentes. Stalin le dejó terminar y, entonces, dijo: «He hablado con Timoshenko (comandante en jefe en el Sur), que está en favor de pasar al ataque; debemos desbaratar a los alemanes tan pronto como sea posible, para que no estén en primavera en disposición de atacarnos».

Malenkov y Beria le apoyaban añadiendo que Voznesensky se mostraba siempre dispuesto a ver dificultades, y que éstas podían ser vencidas. Nadie más quiso exponer su opinión, por lo que el Comandante Supremo cerró el debate con estas palabras: «Con esto, creo que debemos acabar la charla».

Recibí la impresión de que Stalin había citado a los militares no ya para discutir o argumentar sobre el lanzamiento de una ofensiva general, sino para «dar un empujón a los soldados» como acostumbraba a decir. Cuando salimos de su despacho, Shaposhnikov me dijo: «Estuvo perdiendo usted el tiempo con sus discursiones; el problema estaba resuelto de antemano. Ya han salido las instrucciones para casi todos los frentes, y la ofensiva se iniciará dentro de pocos días».

«Entonces, ¿para qué me pidió mi opinión?« No lo sé, mi querido amigo; no lo sé», me respondió Shaposhnikov con un profundo suspiro.

Por lo que me dijo y por las frases que he transcrito, estaba ya claro que el plan para la ofensiva general no había partido del Estado Mayor Central.

Las operaciones ofensivas de invierno en los frentes de Leningrado, de Volkhov y Noroccidental, como todos saben, quedaron muy lejos de alcanzar comple-

tamente sus objetivos, ante todo por la falta de los efectivos humanos y materiales precisos para quebrar la resistencia enemiga. La ofensiva de los frentes Sur y Suroccidental perdió asimismo en seguida su ímpetu inicial, al no contar con superioridad en hombres ni en material, y sobre todo al tropezar con una oposición muy tenaz.

Lo que ahora afirmo subraya las oportunidades que desaprovechamos y afecta a la planificación estratégica y a la utilización de las reservas. En todo caso, nada de lo sucedido con posterioridad podrá disminuir la importancia de la victoria de las tropas soviéticas en la Batalla de Moscú; los alemanes perdieron en conjunto, en toda el área de Moscú, más de 500.000 hombres, 1.300 carros, 2.500 cañones, más de 15.000 vehículos y gran cantidad de equipo, al tiempo que fueron obligados a retirarse entre 140 y 300 kilómetros.

En su relato de la Batalla de Moscú, el general Westphal tuvo que admitir que «el ejército alemán, que hasta entonces había sido considerado como invencible, se halló al borde del aniquilamiento». Otros generales alemanes, como Tippelskirch, Blumentritt, Manteuffel, y otros, coincidieron con esa opinión.

La contraofensiva de 1941-42 se desarrolló en las duras condiciones de un invierno severo y con abundantes nevadas, sin una superioridad numérica clara sobre el enemigo. Teníamos más ejércitos que él, pero cada uno de ellos venía casi a equipararse, en hombres y armamento, a un Cuerpo de Ejército alemán; el Frente, además, carecía de formaciones numerosas de infantería acorazada o motorizada. Toda acción ofensiva moderna con objetivos decisivos y ambiciones lejanas está condenado al fracaso si aquellas faltan; así lo ha demostrado la experiencia. Solamente con unas formaciones poderosas de infantería acorazada y motorizada se puede aventajar al enemigo en capacidad de maniobra, rebasar con rapidez sus flan-



Los observadores rusos patrullan cerca de la línea del frente alemán.



Cañones anticarro cerca de Moscú.

cos, interceptar sus vías de comunicaciones de retaguardia y cercar sus tropas.

Muchas veces se me ha preguntado: «¿Dónde estaba Stalin durante la Batalla de Moscú?» Stalin se quedó en la capital para organizar los hombres y los recursos que debían derrotar al adversario; ciertamente debemos reconocerle lo que hizo. Con la asistencia del Comité de Defensa del Estado, de los componentes de la STAVKA y del equipo creador de los miembros más veteranos de las Comisarías del Pueblo, llevó a cabo la empresa al organizar las reservas estratégicas y los efectivos materiales, que eran los recursos técnicos precisos para el conflicto armado. Se puede añadir que no habría logrado lo que alcanzó si no hubiera sido por su meticulosa exactitud; durante la Batalla de Moscú prestó siempre un oído atento al asesoramiento, aunque por desgracia tomara ciertas decisiones que no eran las más apropiadas a la situación, como por ejemplo el pase del Primer Ejército de Choque a la reserva y el lanzamiento de la ofensiva en todos los frentes.

En la Batalla de Moscú, el Ejército Rojo causó, por primera vez en los seis meses de guerra, una gran derrota estratégica al grupo principal de las tropas alemanas. Con anterioridad había logrado éxitos locales, pero no eran comprables en magnitud con los resultados de la batalla frente a Moscú, en la que una defensiva sólida y bien organizada contra un enemigo superior y el repentino lanzamiento de una contraofensiva enriquecieron el arte soviético de la guerra y revelaron la creciente madurez operativa y táctica de sus mandos militares.

En la feroz y sangrienta Batalla de Moscú, todas nuestras subunidades y formaciones demostraron una enorme tenacidad. Los combatientes soviéticos, desde el soldado raso hasta el general, cumplieron con su deber ante la patria, protagonizaron actos de heroísmo y no escatimaron sus energías ni su vida. Hay que citar, junto a ellos, a nuestros guerrilleros, hombres y mujeres, así como a los obreros que prestaron una valiosa ayuda a las tropas. Y no hay que olvidar los servicios rendidos por el partido comunista, que logró movilizar las incalculables fuerzas nacionales e inspiró el espíritu de victoria en el pueblo.

Cuando se me pregunta qué es lo que recuerdo mejor de toda la guerra última, siempre contesto que «la Batalla de Moscú». Ya ha transcurrido un cuarto de siglo, pero aquellos hechos y batallas históricas han seguido vivos en mi memoria. En unas circunstancias duras, a veces catastróficamente difíciles y complicadas, nuestras tropas se endurecieron, se envalentonaron, acumularon experiencia y, en los momentos en que se les entregó un mínimo imprescindible de recursos técnicos, dejaron de retirarse y defenderse para pasar a una potente ofensiva. No se olvidarán aquellos días duros del pueblo ruso, como tampoco los logros militares de sus combatientes. En la Batalla de Moscú se echaron los sólidos cimientos de la derrota ulterior de la Alemania nazi.

El final de muchos miles de alemanes: la rendición en la nieve.



Bibliografía

The Red Army before Barbarossa; History of the Second World War, volumen 2.º Malcolm Mackintosh (Purnell, Londres).
The Werhmacht before Barbarossa; History of the Second World War, volumen 2.º John Erickson (Purnell, Londres).
Battle for Moscow: the German Wiew; History of the Second World War, volumen 2.º General de división (AD) Alfred Philippi (Purnell, Londres).
Battle for Moscow: the Russian View: History of the Second World War, volumen 2.º Coronel D. M. Proektor (Purnell. Londres).
The Russian Recovery: History of the Second World War, volumen 2.º John Erickson (Purnell. Londres).
Kiew. Die Grösste Kesselschlacht der Geschichte: W. Haupt (Podzun Verlag, Alemania).
V Nachate Voyny, Mariscal A. I. Yeremenko (Moscú).
Besprimerny Podvig, Mariscal Zhukov, Koner, Sokolovsky, Yeremenko y otros, (Moscú).
Inside Hitler's Headquarters 1939-1945, General W. Warlimont (Weidenfeld & Nicolson. Londres. Praeger, Nueva York).
Russia at War 1941-1945, Alexander Werth (Pan. Londres, Dutton, Nueva York).
Barbarossa, Alan Clark (Hutchinson, Londres, New American Library, Nueva York).

SAN MARTIN
HISTORIA DEL
SIGLO DE LA
VIOLENCIA

batallas
libro nº 9

En este preciso y escueto relato de la defensa de Moscú, un historiador inglés combina sus relevantes dotes con las del mariscal Zhukov, obteniendo un resultado nada común. La obra aparece así como uno de los escritos más autorizados sobre una de las campañas mayores y más terribles de este y de cualquier otro siglo.

